

JORNADA
SUPLEMENTO ESPECIAL
22.08.22

MASACRE DE TRELEW

A 50 AÑOS DE LOS FUSILAMIENTOS,
LAS CRÓNICAS DEL HISTÓRICO JUICIO



MOTIVOS DE UN SUPLEMENTO

Crónicas de un histórico acto de justicia



INOLVIDABLE. EL JUICIO ORAL Y PÚBLICO POR LOS 16 ASESINATOS EN LA BASE ZAR DE TRELEW FUE UN MOJÓN PARA LA HISTORIA JUDICIAL ARGENTINA Y UN EPISODIO QUE MERECE VARIAS LECTURAS.

“En los dos años que siguieron, no pasó semana alguna sin que alguien sucumbiera por haber sido ejecutor, juez, abogado, sobreviviente o defensor de esa tragedia. La destrucción de la Argentina empezó entonces, en aquella madrugada aciaga de 1972, y fue sucia, sorda, canallesca, como una pesadilla de fin de mundo”.

Tomás Eloy Martínez
“La pasión según Trelew”

El excabo Carlos Amadeo Marandino se mudó este año con su esposa Rita Delgado a una casa de la calle Presidente Perón en Paraná, Entre Ríos. Allí cumplirá su detención domiciliar, condenado a prisión perpetua por los 16 fusilamientos del 22 de agosto de 1972. La Masacre de Trelew.

Es el último movimiento procesal que tuvo la causa. Pero el expediente no es la historia, que sigue allí, interpelándonos. Viva, alborotada. Cerrando algunas grietas y, para qué negarlo, abriendo otras.

Pasó medio siglo y era necesario un aporte. ¿Cómo se cuenta un episodio interminable? ¿Cómo se piensa

una tragedia sin sobreactuar el análisis? Es tan fácil pensar que ya todo está dicho. Es tanto el riesgo de los lugares comunes.

Jornada estuvo de principio a fin. En su archivo caben desde la fuga del 15 de agosto hasta la mudanza de Marandino. El recorrido incluye cada audiencia del juicio oral y público que empezó el 7 de mayo y terminó el 15 de octubre en el Cine Teatro “José Hernández” de Rawson.

La decisión fue rescatar aquellas crónicas y aquellas fotografías para una relectura. Era material construido con el apuro de un cierre de edición que ahora merece otro aire.

La mirada cambia, definitivamente: ya no son artículos compartidos con otros artículos en un diario; ya no es una cobertura atada a la rutina, que depende de que una audiencia se suspenda. Ahora son testimonios que ensamblados cuentan la verdad de aquella madrugada. Adquieren una lógica para entender la génesis, los motivos y la mecánica de la matanza.

Son textos que tienen mucho más de historia de vida que de jurisprudencia y teoría del Derecho. Son el

amor, el odio, la angustia, el dolor, la justicia, la militancia, la represión puestas en palabras por sus protagonistas, en muchos casos por primera vez.

La Masacre fue el primer juicio por lesa humanidad realizado en Chubut. Y el primero que fechó el Terrorismo de Estado en 1972, cuatro años antes de la última dictadura militar. Por eso fue una arriesgada jugada jurídica. Valga el apunte para el juez federal de Rawson Hugo Sastre, que impulsó la construcción artesanal de un expediente en una causa donde no parecía haber evidencias.

Los nombres de los marinos acusados ya son historia: los capitanes Luis Emilio Sosa, Emilio Del Real, Jorge Bautista y Rubén Paccagnini, y el cabo primero Carlos Marandino.

También el tribunal: Enrique Guanziroli, Nora Cabrera de Monella y Pedro de Diego, reemplazado sobre el final por Juan Velázquez.

Quienes acusaron: los fiscales Fernando Gélvez, Horacio Arranz y Dante Vega; la querrela del Centro de Estudios Legales y Sociales, en representación de las víctimas, con Eduardo Hualpa, Carolina Varsky y

Daiana Fusca, y la Secretaría de Derechos Humanos de la Nación, por la querrela del Estado, con Germán Kexel y Martín Rico.

Y quienes defendieron: los penalistas Fabián Gabalachi y Gerardo Ibañez y los abogados públicos Sergio Oribones y Marcos González.

Hubo testigos que se quebraron y contaron entre lágrimas secretos profundos que atormentaron sus vidas familiares durante cuatro décadas. Era la sensación de una pequeña ciudad que demasiado tiempo se pensó tranquila bajo el “de eso no se habla” y que ahora rompía esa trama. Muchos de ellos ya no están.

Y si de secretos revelados se trata, nada más evidente que aquel sobre anónimo que llegó al Juzgado Federal de Rawson: dos fotos poco nítidas pero igual impresionantes de cuerpos acribillados, tomadas el día del episodio y con sello de la Armada Argentina. Seguramente fueron parte del sumario militar que jamás apareció. Inquieta saber que se trata del único registro directo del crimen. Moviliza entender que alguien tuvo acceso a ese material y decidió aportarlo.

Otro dato que pocos recuerdan es que mientras se juzgaba a los marinos, en el mismo recinto en otros horarios seguía el proceso contra otros militares, responsables del espionaje ilegal en la Base.

A 50 años, ¿qué queda? Sólo Marandino vive. Bautista y Paccagnini, que habían sido absueltos, murieron esperando enfrentar un segundo juicio que nunca llegó. Y el teniente Roberto Guillermo Bravo aguarda en EE.UU. saber si hace su último viaje a la Argentina para enfrentar un tribunal penal.

También queda y quedará la columna vertebral: las familias de las víctimas. Sospecharon, dieron testimonio y buscaron justicia desde el minuto cero. Es fácil deducir que no bajarán los brazos en la pulseada por el destino de Bravo.

La Masacre es la herida que nunca dejará de lamerse, un infinito objeto de interpretaciones, un relato que abre links con cada acto y cada discurso.

Siempre alguien hablará de Trelew del 72, pesadilla de fin del mundo reconvertida en un enorme acto de justicia. #

IDEA, TEXTOS Y EDICIÓN

ROLANDO TOBAREZ

FOTOGRAFÍA

DANIEL FELDMAN

NORMAN EVANS

SERGIO ESPARZA

ALBERTO EVANS

GERENCIA COMERCIAL

ALEJANDRO URIE

EMILSER PEREIRA/ARCHIVO JORNADA

IMAGEN ROBERTO BRAVO:

LYNNE SLADKY PARA AP

FUENTES PARA “UN FANTASMA LLAMADO BRAVO”:

ASSOCIATED PRESS Y CENTRO DE ESTUDIOS LEGALES Y SOCIALES.

MASACRE DE TRELEW

A 50 AÑOS DE LOS FUSILAMIENTOS,
LAS CRÓNICAS DEL HISTÓRICO JUICIO

LOS HECHOS

Memoria en cuatro actos sin final



REGISTRO HISTÓRICO. MARÍA ANGÉLICA SABELLI TENDIDA EN LOS CALABOZOS DE LA BASE, EN UNA IMAGEN CON SELLO DE LA ARMADA QUE LLEGÓ AL JUZGADO DE RAWSON EN UN SOBRE ANÓNIMO.



POR GONZALO PÉREZ ÁLVAREZ
DOCENTE E INVESTIGADOR
UNP-CONICET

Especial para Jornada

5o años es mucho tiempo. Pero también es un instante. Para los familiares de los compañeros asesinados es un presente continuo. Recordar la Masacre de Trelew no es hablar del pasado, sino de este presente y nuestros posibles futuros. Es mantener la memoria, hacer justicia, seguir construyendo verdad histórica. Pero, sobre todo, es construir otro presente y sembrar semillas de futuros alternativos ante los supuestos destinos inexorables que pretendieron imponernos los asesinos y sus herederos.

Primer Acto: La Fuga

La fecha del 22 no puede opacar la jornada del 15 de agosto, el día de la fuga del penal de Rawson, desarrollada por el Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo, las Fuerzas Armadas Revolucionarias y Montoneros. Fue la acción más relevante de las organizaciones guerrilleras en Argentina, por la valentía e inteligencia, por la preparación necesaria, por el golpe que significó para la dictadura, y, especialmente, porque plasmó la necesaria unidad de las organizaciones revolucionarias, algo que luego no se consolidó. Esa falta de unidad fue una de las causas que explican la derrota.

La enseñanza de esa unidad de los de abajo es un legado clave. Y lo es

también la decisión de los 19 militantes de entregarse sin poner en riesgo la vida de la población civil en el Aeropuerto Viejo de Trelew. Teniendo las armas en sus manos resolvieron no tomar rehenes, ni usar a nadie como escudo humano, ni generar enfrentamientos: negociaron con las autoridades y pactaron su entrega, buscando garantizar la vida.

Segundo Acto: La Masacre

La valentía y honestidad de quienes se fugaron contrasta con la cobardía y la mentira de los asesinos. Traicionando lo acordado, la Armada los trasladó a la Base Aeronaval Almirante Zar, en lugar de regresarlos al penal de Rawson. Los tuvo prisioneros desde el 15 al 22 de agosto.

Ese 22 de agosto, a las 3:30, los 19 militantes fueron despertados con patadas y a los gritos. El capitán Luis Sosa, los tenientes Roberto Bravo y Emilio Del Real, el capitán Herrera, y los cabos Carlos Marandino y Marchand les obligaron a formar dos filas en el pasillo, con la cabeza hacia el piso. Luego abrieron fuego, descargando sus ametralladoras. Al finalizar las ráfagas, quienes seguían vivos fueron rematados con tiros de gracia.

Sus nombres son emblema: Carlos Heriberto Astudillo (FAR), María Antonia Berger (FAR), Rubén Pedro Bonet (PRT-ERP), Alberto Miguel Camps (FAR), Eduardo Adolfo Cappello (PRT-ERP), Mario Emilio Delfino (PRT-ERP), Alberto Carlos Del Rey (PRT-ERP), Ricardo René Haidar (Montoneros), Alfredo Elías Kohon

(FAR), Clarisa Rosa Lea Place (PRT-ERP), Susana Lesgart (Montoneros), José Ricardo Mena (PRT-ERP), Miguel Ángel Polti (PRT-ERP), Mariano Pujadas (Montoneros), María Angélica Sabelli (FAR), Humberto Segundo Suarez (PRT-ERP), Humberto Adrián Toschi (PRT-ERP), Jorge Alejandro Ulla (PRT-ERP) y Ana María Villareal (PRT-ERP).

Seis sobrevivieron: Berger, Haidar, Camps, Polti, Kohon y Bonet. Luego de desangrarse sin atención médica, fueron llevados a la enfermería, donde los dejaron por horas esperando que mueran. Kohon y Polti fallecieron a la mañana y Bonet al mediodía, rematado con un tiro en la cabeza. Berger, Haidar y Camps sobrevivieron y dieron testimonio relatando la Masacre en entrevistas y declaraciones judiciales. Los tres siguieron luchando en sus organizaciones y los asesinó la última dictadura.

La Masacre fue el primer acontecimiento donde el terrorismo de Estado sistematizó su maquinaria de muerte y terror. Se ocupó militarmente Trelew y la región, y se creó una versión que culpabilizaba a las víctimas. Un relato increíble que tenía en esa característica su núcleo duro de terror: no importaba que todos supieran que los militantes fueron masacrados; lo único que se podía escuchar, una y otra vez, fue que murieron intentando fugarse en un tiroteo generado por su culpa.

Tercer Acto: El Trelewazo

El 11 de octubre de 1972 se desencadenó, sobre nuestra región, el

“Operativo Vigilante”: las fuerzas represivas secuestraron un numeroso grupo de militantes de las Comisiones de Solidaridad con los Presos Políticos. Ante ello, en Trelew y las ciudades cercanas se generaron asambleas, marchas y huelgas, que provocaron una gran conmoción local y nacional. Fue un hervidero de acciones obreras y populares.

La Asamblea Popular era el polo dinamizador de la lucha: desde allí se convocó un paro general para el 13 de octubre, que impactó en salud, comercio, bancos, estaciones de servicio, transporte público y educación. Se paralizaron las obras de construcción y las fábricas textiles cerraron desde la mañana. Los obreros que construían la planta de aluminio en Puerto Madryn se retiraron al mediodía.

Nuevas huelgas generales se realizaron el 16, 20 y 27 de octubre y las protestas no se detuvieron hasta lograr la libertad de todos los detenidos: el 14 de noviembre Mario Abel Amaya (secuestrado el 18 de agosto) llegó a la ciudad. Concluía así la página más gloriosa de la historia de Trelew: la de un pueblo digno que, a través de la movilización, derrotó a la dictadura y liberó a los militantes de la solidaridad.

Cuarto Acto: el Juicio

El 7 de mayo de 2012, a 40 años de la masacre, comenzó el juicio para condenar a los culpables que seguían con vida. Miles nos congregamos para exigir justicia; la consigna de una bandera simbolizaba la con-

tinuidad del reclamo: “1972-Trelew: un pueblo que lucha-2012”.

La condena por delitos de lesa humanidad a los acusados y la sanción del hecho como parte del terrorismo de Estado y de una praxis genocida, evidenció la mentira de quienes habían sostenido la “versión” de los masacradores. Los que mantuvieron la Memoria y la Verdad tuvieron, al menos un poco, de Justicia.

La historia de los familiares construyó allí un nuevo capítulo. Ese juicio fue un punto clave en estos 50 años de larga marcha. Pero no fue ni punto de partida ni de llegada: expresaba la permanencia de su lucha y, también, de la solidaridad de Trelew.

Ante cada masacre nuestro pueblo, tarde o temprano, vuelve a levantarse. Así lo hizo Trelew cuando entre agosto y octubre del 72 le respondió al terror con miles en la calle, exigiendo la libertad de esos “militantes de la solidaridad”. Contra quienes quieren imponer la muerte, siempre el único remedio es poner el cuerpo.

Se cumplen 50 años de esos días. Mucho y, a la vez, un instante. Hace unos meses fue enjuiciado Bravo en EE.UU.: tampoco ese asesino morirá impune. La lucha sigue, sin finales y siempre con nuevos comienzos.

La Masacre de Trelew ya es parte de nuestra historia. Debemos transformarla, definitivamente, en el pilar de nuestra memoria colectiva, como impulso vital para luchar por una sociedad distinta, justa y liberada: la que buscaban construir aquellos militantes. #



ALBANQUILLO. UNA POSTAL QUE MUCHOS CREYERON JAMÁS SE DARÍA: LUIS EMILIO SOSA SE SIENTA FRENTE A UN TRIBUNAL DE LA DEMOCRACIA PARA DAR CUENTA DE SUS ACTOS DE AGOSTO DEL 72.

LA PRIMERA VEZ QUE LUIS SOSA CONTÓ SU VERSIÓN DEL 22 DE AGOSTO DE 1972

“Lo triste es que todos los marinos me tienen como héroe y no quiero serlo”

El capitán dijo que sus pares lo veían como “un individuo decidido” pero que “nadie me cree que no di ninguna orden de abrir fuego”. Su testimonio insistió con que Mariano Pujadas lo dejó casi inconsciente para sacarle el arma y que los militares dispararon para defenderse del ataque.

La historia lo señaló como el símbolo absoluto y definitivo de la Masacre de Trelew. Pero el capitán de fragata Luis Emilio Sosa lo tomó con pinzas. En el juicio no habló pero sí se escuchó por primera vez su relato de esa madrugada del 72.

Fue la breve historia de un militar disciplinado pero que se definió conciliador y sin rencores. Sabedor de su importancia histórica aunque despreciándola como si nada supiera. El marino retirado aseguró que todo lo dicho tras esa noche “me afectó muchísimo” pero que “en ningún momento reconoció la culpabilidad”.

Según Sosa, como todos piensan que comandó al grupo de fusiladores “voy a pecar de inmodesto porque no me creen: lo triste es que todo marino, sin excepción, me tiene como un individuo decidido, un héroe. Y yo no quiero ser héroe; fue una cosa que no tuvo nada que ver con eso. Si me dijeran que di la orden, vaya y pase, pero yo no di ninguna orden”.

Al inicio del histórico juicio 4 de los 5 exmarinos acusados se negaron a prestar declaración indagatoria. Por eso se leyeron sus testimonios origi-

nales, tomados en 2008 durante la etapa de instrucción de la causa por el juez federal de Rawson, Hugo Sastre. El único imputado que hablaría ante el tribunal fue el excapitán de navío Jorge Bautista. Pero sólo cuando lo consideró “oportuno”.

En el segundo día del proceso, además de Sosa, el capitán de fragata Emilio Del Real; el capitán de navío Rubén Paccagnini y el cabo Carlos Marandino se pusieron de pie y le dijeron al juez Enrique Guanziroli que mantendrían silencio frente a la acusación fiscal. A excepción del cabo sus relatos de 2008 avalaron la versión oficial de la Armada Argentina, que habló de un intento de fuga de los presos políticos y negó ejecuciones. Sólo faltó el testimonio de Del Real, que nunca declaró.

Ante apenas 50 personas en el Cine Teatro “José Hernández” de Rawson, la declaración de Sosa recordó que eran la 1 y miraba TV en su camarote de la Base cuando el teniente Roberto Bravo le avisó que “esta gente se está portando muy mal”, en referencia a los presos. “Interpreté que la situación estaba muy tensa pero creí que

no tenían ningún resentimiento por su entrega en el Aeropuerto”.

El relato de Sosa insistió con la versión de que esa madrugada recorrió los calabozos para tranquilizar los ánimos de los militantes presos, que no paraban de quejarse. Que pasó por el medio de la fila, ida y vuelta, rozándoles los hombros en el pasillo estrecho y cara a cara para “darles una perorata” que los calme.

Pero en esa inspección Mariano Pujadas lo golpeó de espaldas y le sacó el arma reglamentaria. “Sentí que me levantaban de atrás con un movimiento imprevisto y caí boca arriba. Él era cinturón negro y quedé totalmente conmocionado”, alegó.

Marandino, Del Real y Bravo —que formó en fila a los presos antes de llamar a Sosa— abrieron fuego para contener el posible desbande y fuga.

“Vi cuatro bocas de disparos muy intensos en apenas tres metros pero no di ninguna orden ni de abrir ni de cerrar el fuego”. Alguien gritó que Sosa estaba herido. Pero no sintió el típico ardor de un balazo. “Luego me informaron que me habían intentado sacar el arma”. El recinto escuchó

la lectura en silencio, al igual que el tribunal.

Sosa se definió como “un militar precavido” que esa noche sólo intentó “enfriar los ánimos”. Aseguró que no caminó entre los presos para provocarlos. “Quería estar cerca para convencerlos de que no hicieran nada y cuando llegué ya estaban alineados en el pasillo”. Según le dijo a Sastre, no reflexionó antes de hacer ese paseo arriesgado en un pasillo de apenas un metro de ancho porque “no me pareció imprudente”. Pero sí admitió que el personal de la Armada no está educado para cuidar presos.

El capitán tenía 37 años y llevaba 21 como marino. “Mi prioridad era templar los ánimos y solucionar el problema de los presos”, insistió. “Que no estuviesen en mala situación en ese turno de la guardia”.

El juez le preguntó qué opinaba de Montoneros y otros grupos revolucionarios. “No hago distinciones de ideologías porque eran bastante comprensivos y siempre colaboraron en todo”, respondió.

Admitió que la decisión del presidente Agustín Aramburu de llevar los

presos a la Base no fue la más adecuada, pero no se pudo hacer nada para cambiarla. Le pidió a Paccagnini que “reconsidere la orden de Lanusse de llevar a la Base a los presos que se habían entregado” ya que esos calabozos eran “deficientes”. Pero no hubo alternativa. “Me ocasionó molestias en la conducción del Batallón porque era terrible la cantidad de horas que debí trabajar de más. Indudablemente llevarlos a la Base fue un error total. Lo dejé traslucir y no me quedé con eso. Pero también es cierto que nunca entré a un correccional ni tuve un familiar preso ni leí novelas ni libros sobre el tema, porque no es algo que me guste”. El capitán remató que la estadía en esos calabozos le pareció “algo completamente inhumano”.

Sosa no especuló acerca de qué habría sucedido si los detenidos se fugaban. “No lo puedo prever porque aunque las medidas de seguridad estaban bastante bien tomadas, siempre hay huecos”. En noviembre del 72 ya estaba en Puerto Belgrano. “Mi estado anímico era terrible”, graficó.

No contestó preguntas acerca de su huida del país. #

EL RELATO CLAVE DE CARLOS MARANDINO

Nervios y olor a alcohol: el testimonio que derrumbó la versión de la fuga

El cabo dijo que los presos dormían sin disturbios. Le ordenaron entregar su arma y abrir los calabozos. Escuchó gritos, ráfagas de metralla y hasta los tiros de gracia. Rubén Paccagnini, jefe de la Base Zar, dormía a 200 metros pero “no escuchó nada” pese a su oído de aviador naval.



VERSIONES. MARANDINO, DE INFALTABLE BOINA, FUE EL CABO QUE RESPONSABILIZÓ A SUS SUPERIORES Y NEGÓ LA FUGA; RUBÉN PACCAGNINI ASEGURÓ QUE NO ESCUCHÓ NINGÚN TIROTEO.

Transcurrió el juicio alejado del resto y al llegar sólo saludaba a su abogado Marcos González. Se sentaba de espaldas al público, bien pegado a la cortina a la derecha del escenario. Bajaba la cabeza cubierta con la boina y parecía dormir, en su propio silencio y penumbra. La lluvia de flashes lo molestaba y cada tanto se tapaba el perfil con una mano. Durante días iba vestido igual. Nunca sonrió.

Así de oscuro, el excabo Carlos Marandino fue clave para la causa: el imputado que derribó la versión oficial de la fuga y recordó ráfagas de metralla y presos indefensos. Su relato leído fue el más comprometedor para los marinos, que ni lo saludaban.

El cabo estaba de guardia de los detenidos y eran 3.15, a 45 minutos de culminar su turno. Hasta que aparecieron Sosa, Bravo, Del Real, Herrera y un quinto que no identificó ni pudo ver bien. Le ordenaron entregar su arma. “Pensé que me había mandado alguna macana y que me había metido en un lío”, le dijo al juez Hugo Sastre.

Le dieron la llave para abrir los calabozos y que se retirara. Sí señor, cumplió. Los presos dormían y en su guardia “en ningún momento sentí ni observé nada y siempre había silencio”. El dato desmintió al teniente Bravo, que según la Armada sacó a los presos de su prisión por el revuelo que hacían.

Marandino notó “pasados de copas y nerviosos” a sus superiores. Caminaban y hablaban bien pero “olían a alcohol”. Hizo caso y caminó fuera del pabellón. En ese instante escuchó a sus espaldas gritos y discusiones entre militares y subversivos. Le pareció que los detenidos cantaban el Himno Nacional. Luego una ráfaga de ametralladora, un silencio profundo y otra ráfaga intensa. Y disparos aislados de calibre 45, los presuntos remates a los presos que agonizaban. Hizo cuerpo a tierra.

Envuelto en olor a pólvora y humo, le ordenaron revisar los cuerpos tirados de costado uno sobre otro pero no aguantó la impresión y se descompuso. Se sintió “muy nervioso y confuso, temí por mi vida”. Terminó en la Enfermería, sedado.

Marandino ratificó que no hubo gritos ni quejas ni desmanes de los presos que justificaran sacarlos de los calabozos. Y que se protegió detrás de una mampara de madera que separaba la cárcel de la guardia.

“Quedé en estado de shock y vi mucha sangre en el pasillo. Se sentían muchos quejidos de dolor y me sentí muy mal”. Los agresores se quedaron en el lugar.

Marandino había llegado el 10 de agosto a la Base. Dos días después del incidente, un capitán de fragata que no conocía le ordenó que para el sumario repitiera la versión de la fuga y desmintiera cualquier otra historia.

Que a Sosa lo habían golpeado para desarmarlo, aunque no lo vio herido y siempre con su metralla y su pistola en la cartuchera de la cintura. “No tenía que decir más nada pero la versión de la fuga no es creíble”, admitió.

El cabo recibió “órdenes claras y precisas”, aunque no sabe de dónde vino la instrucción de ejecutar a los 19 prisioneros. “Eso viene de los niveles superiores y no se lo consultan a un cabo de segunda en su primer año”, advirtió.

Un año después lo mandaron de comisión a EE.UU. y lo pasaron a retiro. Estuvo un año y medio sin actividad. “Pienso que me enviaron para evitar que los militantes se tomen venganza o represalias conmigo”, admitió. Terminó su carrera como chofer del agregado naval en tierra norteamericana.

El jefe no escuchó nada

El capitán de navío Rubén Paccagnini era el jefe de la Base Zar de Trelew. Fue acusado de cómplice necesario ya que habría transmitido la orden de Horacio Mayorga para ejecutar a los presos.

Según su declaración leída en el recinto, en 1972 la Base estaba a medio construir y su pista era de tierra. Cuando se produce la fuga de la U-6 de Rawson y la entrega de los 19 militantes en el Aeropuerto, “llegan órdenes de la Presidencia de la Nación

de no restituirlos al penal debido al alboroto que había quedado, y llevarlos a la Base. La U-6 estaba colapsada, su jefe cuestionado tras la fuga y por eso se ordenó dilatar el traslado hasta tanto volver a la normalidad”.

Paccagnini aseguró que no escuchó quejas de los detenidos pero que casi no tuvo contacto con ellos. Dormía cuando se produjo la balacera: “Estaba en mi casa a 200 metros de los calabozos con mi esposa y mis tres niñas”. No escuchó nada. Le preguntaron si tenía problemas auditivos. “Soy aviador naval y no podría serlo en absoluto si los tuviera”, explicó.

El oficial de guardia, Agustín Magallanes, le avisó lo sucedido por teléfono. Se puso un capote sobre el pijama y en 3 minutos llegó al sector de los calabozos. Fue el primero en entrar: halló muertos y heridos. Se limitó a pedir atención médica y solicitar que se tomen declaraciones de inmediato “para que todo quedara absolutamente claro”. Sosa, Bravo y el capitán Raúl Herrera (un contador que fue imputado pero falleció) ya no estaban allí.

No recordó más detalles más debido al poco tiempo que estuvo en el área –vestido con pijama– y los años que pasaron. Tampoco ingresó de nuevo a los calabozos ya que “sería morboso volver a ver los cadáveres. “Se hizo responsable el Estado Mayor Conjunto y no firmé ningún boleto de pago de los 16 cajones”.

Tras el hecho, Herrera le contó a Paccagnini la versión oficial: por hacer un “escándalo de proporciones”, Bravo sacó a los presos enojados al pasillo para una inspección de rutina de Sosa; un detenido intentó copar la guardia y no quedó más remedio que gatillar.

Aunque compartió poco tiempo con Sosa, Paccagnini lo definió como “un buen hombre que sabía tratar a su gente”. El exjefe de la unidad militar subrayó que jamás escuchó de malos tratos en los calabozos y que nadie interrogó a los detenidos. Pero admitió que la prisión trelewense era precaria y pensada para castigar disciplinariamente a conscriptos, no para alojar civiles. Los 19 fusilados fueron los únicos no militares que fueron encerrados en el lugar.

“Nunca fui a la justicia por esto porque no intervine y no puedo denunciar algo que no vi –advirtió–. Pero nunca di en absoluto ninguna orden de matar a nadie”. Paccagnini era el oficial de más antigüedad ese agosto. No volvió a saber de sus pares.

Según su relato, antes de la fuga “nadie andaba armado en la Base” y no era nada habitual sacar a todos los presos de las celdas en simultáneo. “La excepción era si alguien quemaba un colchón”, concluyó Paccagnini. Ante el juez federal Hugo Sastre ayudó a completar un croquis de dónde estaban los calabozos y dónde los cadáveres tibios. #

JORGE BAUTISTA, EL SUMARIANTE

“Ni se me pasó por la cabeza que lo que vi haya sido un intento para fugarse”

El militar enviado a Trelew para investigar el episodio declaró en el juicio que al ver tantos muertos en los calabozos no le pareció un intento de fuga. Comprometió a los otros marinos al decir que esa madrugada vaciaron los cargadores de las ametralladoras y que hubo disparos de un solo lado.

Ni se me pasó por la cabeza y nada me sugirió que lo que vi en los calabozos haya sido un intento de fuga”. El Cine Teatro “José Hernández” de Rawson enmudeció al escuchar la declaración del capitán de navío Jorge Bautista, el responsable de la investigación militar de la Masacre de Trelew. Estaba acusado de encubrir los fusilamientos.

Por más de tres horas el marino retirado mostró una estrategia despegada de los otros cuatro acusados. “Para mí esa noche les vaciaron el cargador de las ametralladoras”, le dijo al tribunal. Cada cargador tenía 32 balas y la orden de un militar es tirar a matar hasta quedarse sin municiones.

Como se probó que al menos Luis Sosa, Emilio Del Real y Roberto Bravo usaron esas ametralladoras, los presos habrían recibido al menos tres ráfagas de casi cien disparos en total. Sin contar las pistolas calibre 45 que también se usaron y que según Bautista, Carlos Marandino gatilló aunque el cabo lo niegue. Otros dos marinos ya fallecidos, Marchant y Raúl Herrera, también habrían participado pero se ignora con qué armas. Si usaron metralas, la ráfaga fue mucho peor.

Su investigación de 400 fojas nunca se encontró. Se sospecha que la Armada Argentina lo ocultó o lo destruyó para restar evidencias a la reapertura del expediente. Bautista opinó que “no hubo tiros de los dos lados”, dato que desbarata la hipótesis de una fuga a los tiros. Pero negó un fusilamiento a sangre fría.

Lo despertaron en su casa y desde Puerto Belgrano llegó a Trelew entre las 12 y las 13 del mismo 22 de agosto para investigar. Viajó con un escribiente, dos médicos y tres enfermeros. El decreto para designarlo lo firmó el presidente de facto Agustín Lanusse. “Nunca lo conocí pero si me hizo llegar el apuro porque quería saber cuándo terminaría el sumario y qué recomendaciones daría”.

A Bautista le avisaron que en la Base había muertos y heridos. No conocía Chubut. “Lo más natural era ir a los calabozos y empezar por ahí. Indudablemente fue un cuadro impactante por la cantidad de muertos y de sangre en un hecho desgraciado; ni me imaginé la magnitud de lo que vi. Entré sorteando cuerpos y piernas”.

Mientras revisaba el famoso pasillo, Sosa y compañía esperaron su interrogatorio aislados en sus camarotes. Revisó paredes y pisos y halló huellas de balazos y proyectiles usados, que recolectó. En la entrada había al menos 13 cuerpos. Otros 6 presos ya estaban en la Enfermería.



INVESTIGADOR. BAUTISTA, EL SUMARIANTE MILITAR DE LA MASACRE.

“La cantidad de heridos y de marcas de balas bajaba a medida que uno se acercaba al final del pasillo”, ratificó. “A los cuerpos no los revisé porque estaban vestidos y yo no podía ver las heridas. Había un muchacho con 4 orificios en el gamulán, la ropa que se usaba. Los cadáveres ya tenían rigor mortis y no es natural en esa circunstancia ponerse a revisar”.

Vio rastros de sangre de los heridos, que tras la balacera reptaron buscando refugio en los calabozos. “Me dijeron que lo más razonable era no interrogar en ese momento a los sobrevivientes y me pareció algo humano. No quise forzar nada”, subrayó.

Para no quedarse sin balas, los marinos de la Base habían ideado un “método ingenioso”: pegar las puntas de dos cargadores con cinta adhesiva. Si uno se terminaba, bastaba dar vuelta un extremo y encastrar el de abajo, sin maniobras extras.

Dijo que los militares acusados “estaban acuartelados” y sugirió lo que sucede cuando un grupo de militares —algunos solteros— se reúnen en el Casino de Oficiales. “Van a pasar el tiempo, toman, juegan, hasta que se hace tarde y Sosa decide una inspección”.

Aunque no la fuga, Bautista no descartó que Mariano Pujadas haya atacado a Sosa y esto haya generado la reacción militar. “Los hechos que me relató el personal naval es uniforme y sin fisuras”, aseguró.

La noche lluviosa del 23 de agosto vio en la Base cómo cargaban los féretros con cada cuerpo rumbo a su provincia natal. El piloto del avión era un tal teniente Martí.

En el juicio sacó mucha documentación de su valija negra. Se quejó por su procesamiento y advirtió de posibles culpas de sus superiores. “Muchos fallecieron pero las instituciones no se cerraron —graficó en referencia a las Fuerzas Armadas—. ¿Se investigó si alguien sabía algo más? ¿o acaso todo pasó por Bautista?”. El anciano dijo que no se lo podía condenar con pruebas que se obtuvieron después de los hechos y que él no tuvo disponibles hace 40 años. “Aunque el tribunal concluya que actué incorrectamente, con negligencia o equivocado, jamás se podrá decir que mi trabajo fue doloso, intencional o direccionado a favorecer a un miembro de la Armada. Desde que me procesaron, a la figura de imputado había que rellenarla con alguna prueba que nunca existió”, dijo.

En el 72 Bautista tomó declaración a los tres sobrevivientes, María Berger, Ricardo Haidar y Alberto Camps. “Con una sola campana, ¿qué clase de dilucidación podría hacer? Lo que

dicen es una falacia y una mentira y no influyó para nada en mi concepto inicial ni debilitó la narración naval”.

Bautista fue el único de los 5 imputados que declaró. Pero también se leyó una extensa declaración que incluyó sus escritos.

Su relato reflejó mucho enojo ya que pasó de testigo a imputado por encubrimiento. Insistió con que su pesquisa agotó las evidencias disponibles. “Una persona que haya estado dispuesta a aceptar o comprometer su colaboración para lavar culpas de un gravísimo hecho ajeno que se iría a cometer es indudablemente de una catadura moral impresentable”, advirtió.

Como su investigación nunca apareció, “tengo que recurrir a una mixtura de lo poco que recuerdo y compararlo con los documentos de la causa. Es lamentable que la búsqueda del sumario haya sido infructuosa porque me obligó a doblegar esfuerzos. Pero que lo hayan extraviado o destruido no es mi responsabilidad”.

Ordenó varias pericias y una reconstrucción del hecho. El personal de la Base ocupó el lugar de los presos muertos. Se sacaron fotos. “Los análisis desacreditaron las versiones de los guerrilleros, demostraron su falsedad y las desvirtuaron”. Pero admitió que esta afirmación “sería mucho más contundente si tuviese el sumario”.

No halló “conducta criminal” pero Bautista sí aconsejó severas sanciones para Sosa y Bravo. “Obraron con ostensible negligencia porque sabían que no se debía sacar a los presos todos juntos de sus calabozos al mismo tiempo”, admitió. Al ver a los detenidos en fila, Sosa caminó con su arma entre ellos. “Fue una actitud temeraria; fue una torpeza formar a la gente en un pasillo tan angosto pero el auditor discrepó con mi visión y el castigo para ambos nunca se aplicó”.

El trabajo de Bautista duró 45 días. “Jamás encubrí ilícito alguno ni presioné a nadie”. Por eso se declaró “totalmente ajeno a todo cuanto haya sucedido ya que es una acusación injusta y sin asidero”.

“No existe ni existirá jamás indicio alguno que pruebe mi responsabilidad. Es absurdo e infundado y no hay mínima prueba objetiva que avale semejante presunción: ser parte de tamaño acto de barbarie y malicia. Esta alambicada y rebuscada visión de los hechos no resiste el más mínimo análisis”.

Bautista sería absuelto. La Cámara Federal de Casación Penal revocó ese fallo y ordenó otro juicio para él. El capitán de navío dejó este mundo antes de enfrentarlo. #

UNA INSPECCIÓN OCULAR QUE QUEDÓ EN LA HISTORIA

El día que Bautista volvió a la Base

El capitán de navío acusado de encubrimiento fue el único acusado que eligió colaborar con la justicia y entrar al sector de calabozos al que nunca había regresado. Dijo que hubo al menos 6 sobrevivientes y recordó detalles clave para entender la mecánica de la tragedia.



BASTÓN. JORGE BAUTISTA, YA FALLECIDO, LA MAÑANA EN QUE REGRESÓ A LA BASE ZAR. SU TESTIMONIO COMBINÓ DETALLES PRECISOS ACERCA DE LOS RASTROS DE LA MATANZA CON DATOS QUE OLVIDÓ.

La PAM era un arma maldita", dijo con su voz de abuelo, que sabe por experiencia propia que esa pistola ametralladora se toca y la ráfaga casi que se dispara solas. El mediodía del 22 de agosto del 72 el capitán de navío retirado Jorge Bautista aterrizó en la Base para investigar. Vio la pila de cuerpos, la sangre en el pasillo, los restos de balas en el piso, en las paredes. Escribió un sumario militar sin la palabra "fusilamientos". El papel se perdió o lo perdieron. El 9 de mayo de 2012 regresó. "Conocí un lugar nuevo porque veo este edificio y ni me acuerdo dónde dormí esa vez", le murmuró a **Jornada**. Dio los buenos días, inesperadamente amable, sostenido en el bastón, abrigadísimo. "Aquella Base ni siquiera se la podía llamar Base de lo pequeña que era", agregó.

Bautista quiso estar en la inspección ocular que ordenó el tribunal. El resto se fue de Chubut para seguir el proceso por videoconferencia.

El acusado de encubrir la Masacre esperó el recorrido solo en un banquito. Cuando lo descubrió, la prensa lo miraba sin atreverse a más. "Ya tengo 86 años, soy del 25 y estoy bas-

tante averiado, no sé si podré volver al juicio". No mostró alguna emoción.

Esta Base no es aquella, insiste. Su cara es casi blanca. El bastón era una extensión de su mano derecha. Cara de nada cuando lo filman, le sacan fotos, lo miran como una atracción extra e inesperada para esta inspección de rutina.

Papeles en mano, los abogados entran al sector que era de celdas. Uno se da cuenta donde estaban las paredes gracias a cintas azules en paredes, piso y techo. En los muros blanco pálido hay papelitos diminutos con números, letras, códigos: son las marcas de los calabozos que halló el peritaje científico.

Más papeles explican quién estaba en cada celda, diminutas todas: primero y a la izquierda, "Pujadas-AstudilloCapello". Luego "Ulloa-Suárez-Mena", "Berger-Villarreal de Santucho-Sabelli", "Toschi-Bonet", "Del Rey- Polti", "Kohon-Haidar", "Lea Place-Lesgart" y así. Una faja de seguridad protege el sector y el piso está mugriento de tierra.

Bautista entra, recorre, señala con el bastón, a falta de regla mide el piso

con los dedos o con el bastón. Es casi su segunda investigación, 40 años después.

Se para frente a la placa de "Nunca más" pero no la nota y si la nota, ni la mira. A él sí lo miran los nombres impresos en dorado de los fusilados.

"Las colchonetas y las mantas estaban en el hall con las armas que se usaron, pero a mí nadie me las entregó ni vi quién las usó". En la entrada se encontró "más densidad de cadáveres" que al fondo del pasillo. "Indudablemente los dejaron para que los viera el juez", supone y aporta un dato clave: "Creo que había un séptimo herido; apenas inicié la instrucción me dijeron 'Bonet acaba de morir'. Pero sólo fueron evacuados los tres sobrevivientes (Ricardo Haidar, María Berger y Alberto Camps). No es lo mismo asimilar la cantidad de heridos que la cantidad de sobrevivientes: los sobrevivientes iniciales fueron más que los finales".

Ese mediodía halló cápsulas detonadas por todas partes. Pero dentro de los calabozos "no había nada, ni sangre ni marcas de balas, sí en el pasillo y en el resto". Alguien le dijo que los presos heridos, al fondo, se

arrastraban como podían para meterse en los calabozos. Dejaban huella de sangre. "Reptaban", le dijeron. Moribundos desesperados, tirados, impotentes, caminando con los codos para huir del tiro de gracia.

Bautista precisa en detalle los dúos o tríos de presos en cada celda.

-¿Cómo sabe en qué celda estaba cada preso?

-Investigué y de la Enfermería me llegaba una tarjeta con el nombre de cada uno y los proyectiles que le habían sacado. Tenía que saber dónde estaba cada nombre que me llegaba.

-¿Y dónde estaba ese biombo donde se escondió Marandino?

-Eso que nombró Marandino es una fantasía.

Según su memoria, la puerta de entrada que ahora separa a este sector del hall de entrada no existía. Y el hall que conecta con la puerta principal de la Base era mucho más grande. "Pero de este hall no me pregunten nada porque casi no me acuerdo". Como la única cama de cemento de cada celda era muy angosta, cada noche los presos se turnaban para usarla. Uno en el piso, otro arriba. "En la entrada había una habitación

donde se guardaba material de tiro pero no armas".

Es como cuentan, como se lee en los libros y relatan los documentales: el pasillo dibujado en el suelo es angostísimo. Debió ser una fila de presos apretados, el grupo de marinos y el fuego que aturde. Sobrevivir en ese túnel de balas debió ser un milagro. Si el capitán Sosa como dice fue hasta el fondo y volvió, fue un tipo valiente para caminar con centímetros de espacio. O un tipo imprudente que mereció la sanción que este anciano aconsejó aplicarle, a él y a Roberto Bravo. Pero es difícil creer que más de dos personas entraran en un par de baldosas.

Rodeado de gente Bautista no se inmutó. Su abogado le había aconsejado soportar el asedio judicial y periodístico. Ya no es el hombre que le pegó duro a la Justicia Federal por convertirlo de testigo en imputado.

La recorrida duró una hora. El personal de la Base miró curioso, supervisó, pidió permiso, fue firme pero gentil. Tampoco es más aquella Armada. Todos vuelven a Rawson. Su abogado le dice al oído a Bautista que no hable con la prensa. #

EL TESTIMONIO DE SU VIUDA ALICIA

Bonet, el fusilado que sobrevivió la balacera pero lo asesinó un tiro de gracia 9 horas después

El cadáver está en un nicho de Pergamino, provincia de Buenos Aires. La querellante presentó autopsias que confirman que lo remataron 9 horas después de recibir ráfagas de ametralladora. Y le dijo al tribunal que si no había condena para todos los marinos “yo igual seguiré luchando”.

Cuando le tocó declarar, Alicia Bonet le ofreció al tribunal que exhume el cuerpo de su marido, Rubén Pedro, que reposa en un nicho de Pergamino, provincia de Buenos Aires. Así los médicos verificarían que su esposo recibió un tiro de gracia en la nuca luego de sobrevivir 9 horas en la morgue militar. Se creía que restos como el cráneo seguían intactos con la huella de aquel balazo mortal. El Tribunal Oral Federal de Comodoro Rivadavia dio por presentada la idea, que nunca se concretó.

Durante 4 horas y ante más de un centenar de personas en el Cine Teatro “José Hernández” de Rawson, Bonet repasó su vida de casada, la fuga de Rawson, los hechos de la Base, su pase a la clandestinidad y su búsqueda de justicia. La escucharon hasta alumnos del Colegio Padre Juan Muzio de Trelew. “Juro decir la verdad y nada más que la verdad en memoria de los 19 asesinados en Trelew”. De bufanda azul y vestida de negro, así se presentó Bonet.

Ese día se enteró por radio en Capital Federal de que su esposo estaba en la lista de heridos de un tiroteo tras un intento de fuga. No lo creyó. “Si no era debajo de las piedras en ese Trelew era imposible esconderse. En ese segundo supe que no era verdad porque ninguno de los presos era loco, irreflexivo, inmaduro o prepotente. Todos tenían sólida formación política”.

Al taxista que la llevó a Aeroparque le pidió más fuerte la radio para escuchar de nuevo la lista. Es mi esposo, le comentó. Hubo silencio hasta el fin del viaje. “No me pague, señora, lo mataron por luchar por nosotros”, se despidió el hombre.

Alicia debía explicar cada mala noticia a sus neños Hernán y Mariana. Cuando su padre fue encarcelado en Rawson tras pasar por Villa Devoto, les dijo que “se había ido a un castillito”.

Tras la fuga y el traslado a la Base les contó que “se había mudado de casita”. Y con la novedad de los fusilamientos, antes de viajar a Trelew les dijo: “Papá y los tíos (los otros presos) se pelearon con la policía y les llevo curitas y mejoralitos”. ¿Cómo explicó el crimen? “No pudimos curar ni a papá ni a los tíos”. Sus hijos le preguntaron “por qué papi no se defendió”. Como no sabían escribir, dejaron dibujitos en el cajón.

Bonet escuchó de primera mano en la cárcel de Villa Devoto el relato de los sobrevivientes

María Berger, Alberto Camps y René Haidar. Y siguió en persona varios otros trámites. “Nunca bajé los brazos”. Hasta escribió cartas en inglés a presidentes norteamericanos, in-



LUCHA. ALICIA BONET RECORRIÓ TODOS LOS CAMINOS PARA TENER JUSTICIA.

cluido Barack Obama, para decirles “quién era el Bravo al que protegían” al negar la extradición.

Sólo Kirchner

Pidió a todos los presidentes constitucionales que reabran la causa de la Masacre. “Sólo respondió Néstor Kirchner en 2005, cuando nos aseguró a mí y a la madre de Eduardo Capello”, uno de los asesinados, que haría todo a su alcance para que se haga el juicio.

En el 72 Rubén fue enterrado pero ahora comparte nicho con sus padres. “Siempre estuve dispuesta a hacer todo lo que fuera necesario para demostrar que lo que declaré es verdad y por si quedaba alguna duda me quedaba la última instancia: que tomen los huesos porque el agujero que tiene es imposible de borrar. Ya di lo máximo que pude”.

Alicia recordó que, por ejemplo, el Equipo de Antropología Forense identifica restos óseos de víctimas de la dictadura en peores condiciones que los de su exesposo. “Sólo hace falta mostrar que tiene una entrada de bala enorme que le rompió el cráneo. Es un tiro de gracia y con eso, ya no se puede pedir más testimonio”.

Archivo personal

Bonet fue testigo y a la vez querellante. Presentó amplia documentación de la Masacre, su archivo personal. La mayoría consta en la causa pero su valor como prueba fue relativo: muchas son fotocopias de originales perdidos o destruidos. Por ejemplo, a la semana de la balacera, Bonet inició juicio a la Armada Argentina por el asesinato de su esposo. En esa época, a esa acción se adhirieron otros familiares. Pero fue una causa civil que la justicia destruyó por el paso del tiempo, como es regla. Lo confirmaría el Archivo General del Poder Judicial de la Nación.

Ese expediente contenía una autopsia clave, del 26 de octubre del 72. Además de balazos en el pecho, brazo derecho y abdomen, los médicos hallaron un tiro de gracia que entró cerca de la oreja izquierda y salió por encima de la ceja. Tantos datos no se hubiesen perdido si hubiese iniciado una causa penal y no civil. “Pero lamentablemente ignoro por qué se tomó este camino y están todos los abogados muertos. Nadie puede responder”, se resignó.

Según la pericia –fue destruidas las primeras lesiones fueron con Bonet de pie. Pero el último balazo fue con arma de puño, de atrás hacia adelante y a muy corta distancia. Él estaba caído y su cabeza apoyada en el piso. El tiro de gracia. Los forenses

lo describieron pero no lo nombraron así. Como “no llamaron las cosas por su nombre”, la viuda impugnó la pericia, hasta que los médicos le dieron la razón a regañadientes en una segunda autopsia. “Me di cuenta que más no podía hacer, ni yo ni los médicos ya que era muy arriesgado para todos. Comprendo esas situaciones porque las viví”.

Certificado clave

Otro dato clave: el certificado de defunción de su esposo –firmado por médicos de la Base– dice que falleció el 22 de agosto a las 12.55 por “muerte violenta” a causa de ese balazo en el cráneo. Pero el supuesto intento de fuga de los calabozos ocurrió a las 3.30. Había dos alternativas: el certificado de defunción es falso y a Bonet lo remataron de madrugada tras el tiroteo, o sobrevivió herido durante 9 horas y lo mató el tiro de gracia al mediodía. Ella cree lo segundo aunque ambas hipótesis derriban la versión militar.

“Quiero que algún día alguien me responda quién y por qué asesinó a mi esposo a las 12.55 –dijo Bonet–. Tras el fusilamiento, en ese momento lo mataron por segunda vez y definitivamente. En él se sintetiza la Masacre: la decisión de aniquilar a un grupo de jóvenes desarmados porque eran la semilla de la oposición”.

Hubo una orden militar para que los cuerpos sean enterrados de inmediato, en féretros herméticamente soldados y en sus provincias de origen. Pero en la morgue de Pergamino logró una excepción y entró sola, con lápiz y papel, a reconocer el cadáver de su esposo. Había un enorme despliegue militar porque se creía que el Ejército Revolucionario del Pueblo quería recuperar el cadáver.

“Todavía escucho el soplete que abre el cajón –se emocionó–. Era un hermoso muchacho y yo nunca había visto un cuerpo desnudo con balazos. Parecían lunares grandes en el brazo, el pecho y el abdomen. Su cabeza la habían arreglado como si fuese plastilina porque estaba destrozada”.

Sobre el final de su presentación, Bonet miró fijo a los jueces Enrique Guanziróli, Pedro De Diego y Nora Cabrera de Monella: “Sea cual sea su sentencia, ustedes van a escribir una página fundamental y sus nombres quedarán inscriptos en la historia. Si los condenan, ese día los familiares que quedamos vivos podremos enterrar en paz y dignidad a los 19 muertos de Trelew. Y si no, seguiré luchando como hace 40 años”.

La sala entera la aplaudió al bajar del estrado. #

EL TESTIMONIO DE ILDA BONARDI DE TOSCHI

Un cara a cara con el dictador Lanusse tres meses antes de la matanza

La viuda de Humberto Toschi detalló una reunión de los familiares de presos políticos con el presidente de facto en Rawson. Le pidieron acelerar los procesos y terminar con las torturas. Años después la testigo entendió que la visita presidencial fue una punta de lanza para preparar el terreno.



CONVENCIDA. ILDA BONARDI TUVO LA CHANCE DE PEDIR FLEXIBILIDAD AL PRESIDENTE LANUSSE PERO LA RESPUESTA TRÁGICA LLEGARÍA UNOS MESES DESPUÉS CON LOS FUSILAMIENTOS.

Ilda Bonardi de Toschi brindaría un dato clave e inédito: una reunión en Rawson con el presidente de facto Agustín Lanusse. El encuentro se concretó en Casa de Gobierno, en la primera quincena de mayo de 1972, 3 meses antes de la Masacre. Enterados de su visita a Chubut, familiares de los presos políticos de la Unidad 6 pidieron una audiencia que el militar concedió. Estuvieron los ministros del Interior, Arturo Mor Roig, y de Bienestar Social, Francisco Manrique, ambos del gabinete de la dictadura. Bonardi agregó la presencia de Nores Martínez, ministro de Bienestar Social en Chubut.

“Le pedimos a Lanusse que se aceleren los procesos contra los presos políticos y que volvieran a tener a sus jueces naturales ya que entonces estaban a disposición de la Cámara Federal (conocida como ‘Camarón’), declaró la viuda. Le exigieron que no haya más torturas a los detenidos en cárceles y comisarías.

Lanusse respondió entonces que los presos seguirían bajo jurisdicción de esa Cámara porque era decisión tomada. Pero a cambio –de acuerdo a la versión– garantizó a sus familiares la integridad física de los militantes. “Lo que en apariencia fue lo más positivo que nos dijo, resultó ser la gran mentira a juzgar por lo que sucedió después”.

Cuarenta años después, Bonardi dijo que esa visita de Lanusse en realidad se organizó como un reconocimiento del área para preparar el operativo de eliminación de los guerrilleros. “Vinieron a ver el terreno para saber en qué condiciones estaba y saber cómo terminar de cortar sus vínculos, aislarlos más o desaparecerlos”.

“No me cabe duda de que la decisión de fusilarlos fue parte de un plan ordenado, muy bien pensado y tramado para asestar un golpe a quienes burlaron las decisiones del poder militar”. Para la viuda de Tos-

chi, mediante los fusilamientos la dictadura “logró instalar la pedagogía del terror que ya practicaban y no me cabe ninguna duda de que fue la génesis del terrorismo de Estado que se comprobó después”.

El tribunal también citaría como testigo a Eduardo Toschi, cuñado de Hilda. Es porque después de los fusilamientos, el hermano del fusilado reconoció su cuerpo en una comisaría y una escribana que lo acompañaba certificó sus heridas en una escritura oficial: 2 balazos sin orificio de salida en el abdomen, magulladuras en el hombro y en las rodillas y maceramiento en los dedos. “La mortaja estaba completamente empapada de sangre”, dijo Hilda. “Y cuando esos datos se cotejan con las autopsias de Rubén Bonet y otros testimonios, se verifica que los disparos vinieron de un solo lado”.

Durante los días del juicio, en la puerta del Hotel Touring Club de Trelew, la viuda de Toschi debió cederle

el paso a “un señor anciano de bastón”, describió. Era Jorge Bautista, el marino que investigó los fusilamientos y que está acusado de encubrirlos. Lo acompañaba su abogado, Gerardo Ibáñez. “Tuve que soportar cruzarme con uno de los partícipes del asesinato de mi marido, que encima anda libre por la calle”, se quejó la testigo. El dato causó un silencio profundo en las 50 personas que escucharon el testimonio, con muchos jóvenes de La Ciénaga incluidos.

Con copias de Jornada en la mano, aseguró que los familiares que participan del juicio “tenemos mucho miedo” cuando leen que “una institución como la Armada tiene como héroe a Sosa, a un asesino, porque si tienen como héroe a alguien así quiere decir que lo van a proteger y que van a destruir a todos aquellos que lo puedan atacar”.

“No tengo ningún vínculo con estas personas”, le dijo Bonardi al juez Guanziroli cuando le preguntó por su

relación con los acusados. Juró decir la verdad “por la memoria de los fusilados y por el compromiso y solidaridad que mostró el pueblo de Trelew”.

Sobre el final, mirando fijo al tribunal, Bonardi se envalentonó: “Aunque tengamos miedo vamos a atacar a estos héroes. Ellos tienen a sus familias pero yo tengo un hijo sin padre y un nieto sin abuelo. Tuve que reinventarme cada día y por eso les pido encarecidamente que aceleren este proceso hasta llegar a una condena, y que la cumplan como corresponde”.

Recordó que Roberto Bravo no lo graba ser extraditado de EE.UU. y que Horacio Mayorga había quedado fuera del juicio por razones de salud. “No queremos restar más imputados y que tengan un juicio como no tuvieron los fusilados”.

Tras unas tres horas de testimonio, bajó del escenario con brillo en los ojos pero tranquila. Ayer, hoy y siempre será una referencia de los familiares de la Masacre. #

EL RECUERDO DE RUBÉN SUÁREZ

Para un preso que no pudo fugarse de la U-6, en la Base hubo “un escuadrón de la muerte”

Fue uno de los militantes varados en el penal de Rawson mientras el resto se iba rumbo al aeropuerto. Declaró convencido de que para decidir los fusilamientos, la Marina actuó como los paramilitares de Brasil. Admitió que nunca pensó que le podía desear la cárcel a un grupo de hombres.

Aquellos camiones que nunca llegaron impidieron que el 15 de agosto del '72 Rubén Suárez pudiera fugarse de la Unidad 6 de Rawson junto con los otros 25 militantes que sí pudieron. Con mucho frío y en la puerta del penal, fue uno más del grupo de casi 100 presos que tuvo disciplina militante para volver a la celda y encerrarse por su cuenta.

Al regresar al penal, al caer la noche del 15 de agosto, hubo una gran requisita. Les sacaron todo: ropa, libros, utensilios, instrumentos, música, jaboneras. “Por las ventanas vimos una gran hoguera en el campo de deportes donde quemaron todo. Nos quedamos sin nada”.

Alguien rescató una radio. Fue el único entretenimiento mientras esperaban el regreso al penal de los 19 compañeros que se habían rendido en el Aeropuerto. Una semana después la radio estaba agotada pero alcanzaron a escuchar la versión de la fuga y el resto del relato militar. “Lamentablemente en ese mismo momento nos dimos cuenta de inmediato de que los habían fusilado”, le contó al tribunal.

Explicó que ante la represión un preso político está entrenado para planificar y resistir, no obrar a tontas y a locas. Y que sólo un improvisado podía pensar en escaparse de la Base. Esos 19 no improvisaban nunca. “Los conocí a todos y la fuga era una mentira desde el vamos porque tenían

otra expectativa de vida. En el penal sabíamos perfectamente que había sido una masacre”.

Según Suárez, tarde o temprano los presos políticos de Rawson serían liberados. Lo mismo pensó Agustín Tosco, el cordobés líder de Luz y Fuerza, que avaló la fuga pero no se sumó. “Decía que a su Sindicato no le sería útil si pasaba a la clandestinidad”. La Masacre le dio la razón.

Enterados de la balacera, los presos de la U-6 gritaron como poseídos de impotencia. Tosco arengó y los calmó. “Nos sacó de la locura y nos dijo que si nosotros nos dejábamos caer, nuestros compañeros iban a morir en serio”.

Hubo una elección interna para saber quiénes tendrían prioridad para escaparse del penal. Primero, los 6 líderes que tomaron el avión de Austral; luego, los 19 que serían fusilados y el resto. “Cada uno dijo a quién prefería y quién se merecía la libertad. Hasta hoy me siento culpable de haberlos elegido porque luego los eligió el escuadrón de la muerte”. Suárez era un metalúrgico principiante de 21 años, no un activista experimentado.

El testigo interpretó que en esos años los militares se dividían en dos: los laderos del presidente Agustín Lanusse, que apoyaban el Gran Acuerdo Nacional, y los uniformados que ansiaban un golpe a la brasilera. “Eran agresivos, bárbaros que querían la eliminación física del ene-

migo con escuadrones de la muerte y paramilitares, que fueron los que actuaron en Trelew. Su deseo era mantener el poder aterrizando a la gente”. Se sabe cuál grupo prevaleció esa madrugada.

Suárez relató sus años de activismo político y de torturas, como todos en cada audiencia. “Pasé los mejores años de mi vida en la cárcel, que no enseña ni educa sino que te hunde más. Y aunque me lo planteé seriamente porque no se la deseo a nadie, lamento mucho tener que decir que a los animales y a determinadas personas hay que encarcelarlas”.

Dejó claro que los presos decidieron fugarse sin aguardar amnistías porque lo sentían su deber. Y que mientras corrían a la puerta de salida escucharon los disparos que mataron al guardiacárcel Juan Gregorio Valenzuela, aunque no lo supieron hasta después.

-Una sola pregunta: ¿el jefe militar de la zona quién era?, lo interrogó Fabián Gabalachi, defensor de Paccagnini.

Leí que en el momento de la negociación era Betti, no sé si es correcto, respondió Suárez.

-¿Y quién colocó a un gendarme al frente de la U-6?

-Desconozco. Y ya van dos preguntas, ironizó el testigo.

-Es verdad, no hay más preguntas, concedió con una sonrisa el penalista. #



JUECES. GUANZIROLI Y DE DIEGO DURANTE UNA PROYECCIÓN EN RAWSON.

HERNÁN BONET, EN TELECONFERENCIA DESDE FRANCIA

“El nene de 5 años al que le mataron al padre sigue presente dentro mío”



EL RECUERDO. LA VIDA DE BONET, MARCADA POR EL CRIMEN DE SU PADRE.

Lo primero que impresionó cuando apareció en pantalla fue su parecido a Viggo Mortensen, el actor hinchado de San Lorenzo que protagonizó la trilogía “El Señor de los Anillos”. Hernán Bonet es el hijo de Rubén Pedro, fusilado en el '72. Declaró por teleconferencia ya que reside en Francia.

De saco y camisa negra, sin corbata, sentado en una oficina del Consulado argentino, Hernán admitió que su relato tiene escaso valor probatorio para el juicio: en ese agosto tenía poco más de 5 años. Todo lo reconstruyó con algo de memoria, lo que le contaron amigos y lo que leyó.

Con el acento francés en su castellano, dijo que hablar del caso “para mí es muy importante porque viví la clandestinidad, el exilio y el refugio político”.

Con hablar pausado le subrayó al tribunal que cada etapa ya es parte de su vida. Al declarar tenía 3 hijos pero “el nene de 5 años al que le mataron el padre sigue presente dentro mío. Siempre fui consciente de eso. Por eso esta lucha que no vamos a

abandonar y por eso pedimos justicia”.

En la familia nunca hubo secretos de militancia y los nenes sabían que su apellido real era peligroso y que los perseguían para exterminarlos, como a los Santucho y varios más. “Tenía claro que mi padre luchaba por la injusticia y por una sociedad con menos pobreza y con mi madre siempre nos contaron lo que hacían”.

Hernán tiene una hermana un año y medio menor, Mariana. Recordó los esfuerzos de Alicia, su mamá, para explicarles por qué el jefe de la familia estaba preso. Y tras la balacera, qué significaba que estuviese muerto. Los nenes le preguntaban cómo era posible respirar dentro un féretro o cómo no se defendió si sabía manejar armas.

Pidió permiso y leyó un par de cartas carcelarias de Rubén Pedro. “Me contaba que en la cárcel hacían gimnasia, tocaban la guitarra, jugaban fútbol y vóley y que como el hombre de la casa tenía que cuidar a mi mamá y a mi hermana”. Para Hernán los demás presos políticos eran sus

“tíos y tías”. Y había preferidos, como Eduardo Capello, que para Mariana era “tío Chupete”.

Un mes después del 22 hubo más cartas, esta vez de su madre, escritas para hijos que serían padres años después. “Ahora van a pedir por su papá y no habrá respuesta porque sus 30 años fueron agujereados por las balas y fue un mártir que apenas tuvo tiempo de ser héroe”, decía una.

Hernán volvió a Trelew en noviembre de 2006. Lo conmovió que los viejos conocidos lo hayan recibido como uno más de aquella tragedia.

Su hijo mayor, el nieto de Rubén Pedro, conoció Chubut en 2011. “Descubrió de manera directa la solidaridad y cómo la memoria de esto sigue viva”.

La historia de Hernán dijo poco de los fusilamientos pero mucho del aire de represión que ese chico respiró. Luego un profundo silencio de su parte. No se supo si era su emoción personal o el delay del otro lado del Atlántico. Ambas cosas suceden con las teleconferencias. #

ESCUCHÓ DE PRIMERA MANO LA VERSIÓN DE LOS SOBREVIVIENTES

Para una testigo, la mayoría “pensaba que no iba a poder salir con vida de la Base de Trelew”

Alicia Sanguinetti fue otra detenida que no pudo fugarse del penal de Rawson. María Berger le contó en persona qué pasó esa madrugada. En el juicio se lo relató al tribunal y admitió que los presos sospechaban su final. La militancia y las vejaciones que soportó en la cárcel.



SECRETOS REVELADOS. SANGUINETTI ESCUCHÓ DE LA PROPIA BERGER LO SUCEDIDO LA MADRUGADA DEL 22 DE AGOSTO Y EN 2012 TUVO LA CHANCE DE CONTÁRSELO AL TRIBUNAL.

Cuando compartían el baño en la cárcel de Villa Devoto, con señas o papelitos, María Antonia Berger le reconstruyó a Alicia Sanguinetti su versión de los fusilamientos. Berger sobrevivió junto con Ricardo Haidar y Alberto Camps. Según la testigo, esa madrugada no fue la primera en la cual los presos fueron sacados todos juntos y puestos en fila. Y sentían que algo les podía pasar.

Emocionada, Sanguinetti recordó la fuga a medias del penal de Rawson. Tras el 22 de agosto, terminaron juntas con Berger en el pabellón que compartían otras presas políticas. Allí se enteró de todo. “Nos contó la llegada al aeropuerto, la entrega y la negociación”. De cómo terminaron en un bus rumbo a la Base cuando la promesa era regresar a los 19 a la U-6.

De las celdas mínimas y el frío trelewense sin ropa, insultos y algún que otro golpe.

Berger le contó a Sanguinetti que “la mayoría pensaba que no iba a salir con vida de la Base” y que sacarlos a todos de sus celdas para formarlos no era raro, como siempre se dijo. De esa noche “nos contó que fueron despertados y obligados a bajar la cabeza y mirar al piso”.

Berger sospechó lo peor cuando vio puesta una metralleta en la entrada al pasillo, cerca de la mesa donde siempre un marino los vigilaba. “Eso le llamó la atención. Pensó que los querían amedrentar pero sintió que iba a pasar algo fiero. Un militar pasaba y los insultaba cuando de repente se iniciaron los disparos. Algunos se arrastraron a sus celdas pero María escuchó los tiros de gracia, uno por uno”.

Ella quedó con vida y consciente. Reptó lo que pudo. Al borde de la muerte se empapó el dedo de sangre y quiso escribir en la pared de su

calabozo nombres y algún Patria o Muerte. Dejar alguna pista. No escribió nombres porque los que alcanzó a ver no tenían identificación. Vio muerta a María Angélica Sabelli.

“Esta yegua está con vida”, alcanzó a escuchar de un uniformado con una calibre 45, ansioso de un remate más. “Le disparó cerca de la cara y sintió que la cabeza le estallaba. Pensó que se moría y no sabe cómo se salvó”, relató Sanguinetti.

Como ni se desmayó, Berger pensó que su parte alemana en la sangre la había salvado. En esa duermevela le pareció que alguien entró como queriendo interrumpir el crimen. María Antonia escuchó el grito fuertísimo de un “¡¿qué pasó acá?!”, que venía de la puerta del pasillo.

Además de Haidar y Camps, en la sala de enfermería vio todavía vivos a Rubén Pedro Bonet y Alberto Kohan.

El balazo le destruyó la mitad de la mandíbula y le dejó una mueca. “Quedó desfigurada como para poder hablar”, graficó Sanguinetti. No hubo ningún tratamiento médico ni apósito ni calmantes. Recién cuando volaron a Bahía Blanca recibieron atención.

Ante el tribunal la mujer desgranó su historia personal, igual y distinta a todas. Precisó que para escaparse del penal había una lista de 121 presos políticos.

Sanguinetti inauguró su vida carcelaria cuando la detuvieron por un atentado frustrado: intentó quemar el palco que compartían los presidentes Agustín Lanusse y el uruguayo Juan María Bordaberry, para un desfile del 9 de julio. “Me detuvieron en un bar frente al Luna Park y terminé en la comisaría 22. Allí vi a Roberto Quieto terriblemente torturado por su primera detención”. Desde las re-

jas le gritó que por favor aguantara lo que le esperaba.

Un silencio ocupó el recinto cuando Sanguinetti recordó que la violaron varias veces. “En defensa de mi género debo decir que las guardiacárceles mujeres son mucho más violentas y agresivas que los hombres”, sorprendió.

En febrero de 1972 inauguró el pabellón de presos políticos de la cárcel capitalina, en Chubut. Tenía pistas de su nuevo destino. “Entre las organizaciones se decía que en la Base Zar había un núcleo de élite reforzado y se sabía en esa época que lo más represivo y sanguinario era la Marina, que estaba ahí”. Tras la Masacre el régimen en la U-6 fue mucho más duro.

Como fue costumbre de los testigos que pidió la querrela, Sanguinetti deslizó ante los jueces: “Espero que el tribunal sea justo con lo que pasó y juzgue a quienes debe juzgar”.#

ELISA MARTÍNEZ Y SU ÚLTIMO RECUERDO DE MARIANO PUJADAS

“No me dejó ni mover y días después me di cuenta de que se estaba despidiendo”

Postales de la apoderada del preso al que la versión oficial de la Marina acusó de iniciar el intento de fuga. Ciudad tomada y recuerdos oscuros.

El último jueves de visita en la U-6 antes de la fuga, Mariano Pujadas no dejó que su apoderada de Trelew, Elisa Martínez, hablara con nadie ni que se mueva entre los presos. Era un hombre parco pero afectuoso. La tomó suavemente de los hombros y charló con su marido Horacio Mallo. “No me dejó mover por el resto del pabellón para conversar con el resto como yo hacía en esos días de visita general”, contó ella. Días después “entendí que se estaba despidiendo aunque en ese momento no me di cuenta”.

Durante mucho tiempo antes Martínez le llevó cajas de remedios y elementos de limpieza para luchar contra las pulgas y las chinches del calabozo, como fundadora de esa Comisión de Solidaridad con los presos políticos. Llevaba tantas aspirinas que un día les preguntó: “¿Tanto le duele la cabeza?”.

Su primer protegido fue un joven mendocino que estuvo pocos días. Luego le tocó Pujadas, el hombre al que la Marina acusó de golpear al capitán Sosa e iniciar el intento de fuga en la Base.

Apoderada y preso no se eligieron: la prioridad eran dar una mano a quienes más lejos estaban de su pro-

vincia. Ambos se interesaron mucho por la familia del otro. “De entrada nos unió que ambos éramos argentinos naturalizados porque éramos de España, aunque era mucho más joven que yo. Algo mucho más afectivo que intelectual”.

Tras aquella última visita de jueves lo vio una vez más pero por TV: no podía creer a Mariano entregándose en el aeropuerto. “Mis neuronas no se juntaban y no podía unir esa imagen con lo que vi en la cárcel”, le confesó al tribunal.

Llegó el 22 y una nebulosa le tapó recuerdos hasta de su propia detención en el Trelewazo. Era una ama de casa sin activismo político más que esa ayuda a los detenidos. “Luego de la Masacre Trelew era una ciudad tomada y había mucha gente extraña que en el pueblo no conocíamos, estábamos todos vigilados y nadie se movía con libertad. Era un clima de agobio”.

Tras su detención en Devoto, Martínez retomó el contacto con la familia Pujadas. Recuerda reencuentros en Trelew, abrazos y un regalo de los padres del fusilado para su beba por nacer. “No recuerdo tanto porque todo eso está oscuro”, admitió ante el pedido del tribunal.

Horacio, su marido escultor, les obsequió un busto de Pujadas. “Pero cuando asesinan a todos los miembros de la familia, ese busto también va al mismo pozo donde tiran a todos”. Sólo se salvaron un chico de 11 años y una nena de tres meses, escondidos en el baño. El resto fue fusilado y sus cuerpos destruidos con explosivos.

La testigo pensó durante mucho tiempo que ya no quedaba ningún Pujadas. “Creí que los habían matado a todos pero mucho tiempo después mi hija más chica encuentra al sobrino de Mariano, que se llama igual, hijo de uno de sus hermanos”. El Mariano bis se encontró con Elisa poco antes de 2004. “Nos queríamos conocer y yo deposito en él muchas características personales porque es afectuoso y muy cariñoso, parece que te conociera de toda la vida y te cuenta cosa de su familia sin que le preguntes”.

El bache histórico se llenó cuando conoció a la cuñada de Pujadas, Ana María Bigi. “En realidad es ella la que me junta todo porque me cuenta cómo fue diezmada esa familia y cómo se salva ella; aún hoy nos vemos y nos escribimos”, le explicó al tribunal sobre el final. #



PENSATIVA. MARTÍNEZ DIO SENTIDO A LOS EPISODIOS QUE VIVIÓ AQUELAÑO.

POR EL “RIDÍCULO” DE LAS FF.AA.

Según la versión de Duhalde, la decisión la tomó el presidente Agustín Lanusse



GRABACIÓN HISTÓRICA. EN VIDA, EDUARDO LUIS DUHALDE PUDO DAR CUENTA DE LOS HECHOS EN UNA GRABACIÓN.

El juicio incluyó el testimonio grabado de Luis Eduardo Duhalde. El fallecido exsecretario de Derechos Humanos de la Nación fue abogado de presos políticos de la Unidad 6 de Rawson y uno de los impulsores centrales de la reapertura de la causa. En el recinto estuvo su hermano, Marcelo Duhalde, quien escuchó el relato sentado en primera fila.

“Fue muy emotivo y muy fuerte escuchar el testimonio. Viví estos hechos como colaborador de mi hermano pero verlo con esa firmeza fue sin ninguna duda muy importante porque es uno de los testimonios más claros que se pueden aportar para esta causa”, le dijo a **Jornada** aquel día de junio.

Costó escuchar la mayoría de la grabación por la poca nitidez de los micrófonos que la registraron. Su versión fue que los fusilamientos fueron una orden del presidente de facto Agustín Lanusse tras un 21 de agosto plagado de reuniones en la Casa Rosada para decidir qué hacer con los 19 militantes de organizaciones armadas. “La decisión se tomó en el marco de una dictadura desgastada en la que Perón quería regresar y

Lanusse decía que no le daba el cuero”, dijo Duhalde.

La fuga de la U-6 de Rawson “puso en ridículo al gobierno, que había dicho que se trataba de una cárcel de máxima seguridad de la que nadie se ponía escapar”. El 22 agosto “fue un intento de reafirmar su autoridad y un escarmiento por ese escape”.

Duhalde recordó que en 1970 comenzó una escalada de violencia estatal que “ya hacía presumir que se marchaba hacia el terrorismo de Estado”.

Describió un escenario de represión y desapariciones forzadas. “Una completa degradación del sistema jurídico, en el cual los abogados de presos políticos teníamos una absoluta impotencia y una imposibilidad física de ser recibidos por las autoridades para defender los derechos más elementales de los detenidos”.

En cuanto a la Masacre, repasó las 3 versiones oficiales contradictorias entre sí y la protección de la Marina para los imputados. “Si se suma que los sobrevivientes desaparecieron, se entiende que el temor de los abogados y de las familias no era arbitrario sino por la lógica de la dictadura”. #

DETALLES REVELADORES

Solari Yrigoyen reveló que el jefe de la Base Zar intentó suicidarse tras los fusilamientos del 72

Según relató el exsenador el dato se filtró por un alto militar amigo del fallecido periodista de Puerto Madryn, Héctor "Pepe" Castro. Fue un edecán que esa mañana trágica caminó entre los cadáveres y le confesó que "tuve que aguantar el conato de suicidio" de Rubén Paccagnini.

Momentos después de los fusilamientos, el jefe de la Base, el capitán Rubén Paccagnini, intentó suicidarse. Lo reveló en su testimonio el exsenador radical Hipólito Solari Yrigoyen, como testigo e el juicio. El dato no era muy conocido pero consta en la causa.

Una fuente directa del episodio fue el recordado Héctor "Pepe" Castro. El 22 de agosto el periodista intentó ayudar a la esposa de un preso político de la U-6 para que pudieran verse. En Rawson y todavía sin saber de la balacera, Castro le pidió ayuda directamente al mayor Eduardo Borzone, edecán del general Eduardo Betti, jefe militar de la zona. Era su amigo y notó a Borzone muy exaltado, como loco, nerviosísimo. Se señaló las manchas en los borceguíes: "Ahora no te puedo ayudar, ¿sabés que es esto? Sangre". Esa mañana el edecán había entrado a los calabozos, vio los cadáveres y caminó entre ellos. Escuchó los quejidos de los presos moribundos. "Hasta tuve que aguantar el conato de suicidio del jefe", le confesó a Castro, en referencia a Paccagnini.

Solari declaró que "felizmente" el jefe de la unidad no se quitó la vida pero que ese dato -que entonces no trascendió oficialmente- "demuestra el malestar en la Base por los fusilamientos".

El dirigente de la Unión Cívica Radical consideró que la versión de la fuga siempre fue "inverosímil". Recordó el célebre discurso del contraalmirante Horacio Mayorga, exjefe de Operaciones y superior de Paccagnini. "Dijo que lo hecho bien hecho estaba, como justificando los fusilamientos, y consideró que era lo correcto". Solari interpretó que el presidente Agustín Lanusse "hizo suya" la versión de la fuga. Y que a esta hipótesis la hizo oficial y la defendió el almirante Hermes Quijada.

Casi 100 personas siguieron el testimonio. Hipólito les dijo a los jueces que Trelew "no fue un

hecho aislado" sino otro eslabón de aquella política represiva general y sistemática.

Solari fue amigo del entonces juez federal Alejandro Godoy, quien le dijo que Bautista, autor del sumario militar del episodio, "tuvo procedimientos distintos y que en principio no aceptaba las versiones del intento de fuga". Godoy fue bajado de apuro del bus de presos en la puerta

de la Base. Siempre intentó garantizar la vida de los fusilados, según el testimonio. Con Solari eran vecinos en Puerto Madryn y tras su muerte, la amistad se continúa con su hijo.

Para el testigo, Trelew fue parte de un plan grande, tejido por los militares para quedarse. Recordó a Juan

Carlos Onganía ("No tenía capacidad ni para ser concejal suplente" lo definió) para quien los uniformados tenían objetivos pero no plazos. "Tenían ambiciones imperiales", aseguró el exsenador. Desde su óptica los fusilamientos no se pueden entender sin el proceso represivo y viceversa.

Solari fue muy amigo de Ramón Huidobro, embajador de Chile en Argentina. "Me contó que su gobierno había sufrido muchas presiones de Buenos Aires para que Salvador Allende devolviera a los 6 fugados". Pero el país trasandino actuó según su tradición de entonces.

El día de la toma del aeropuerto, otro gran amigo, el abogado radical Mario Abel Amaya, estaba allí de casualidad. En ese avión viajaba una sindicalista docente y se debían papeles administrativos.

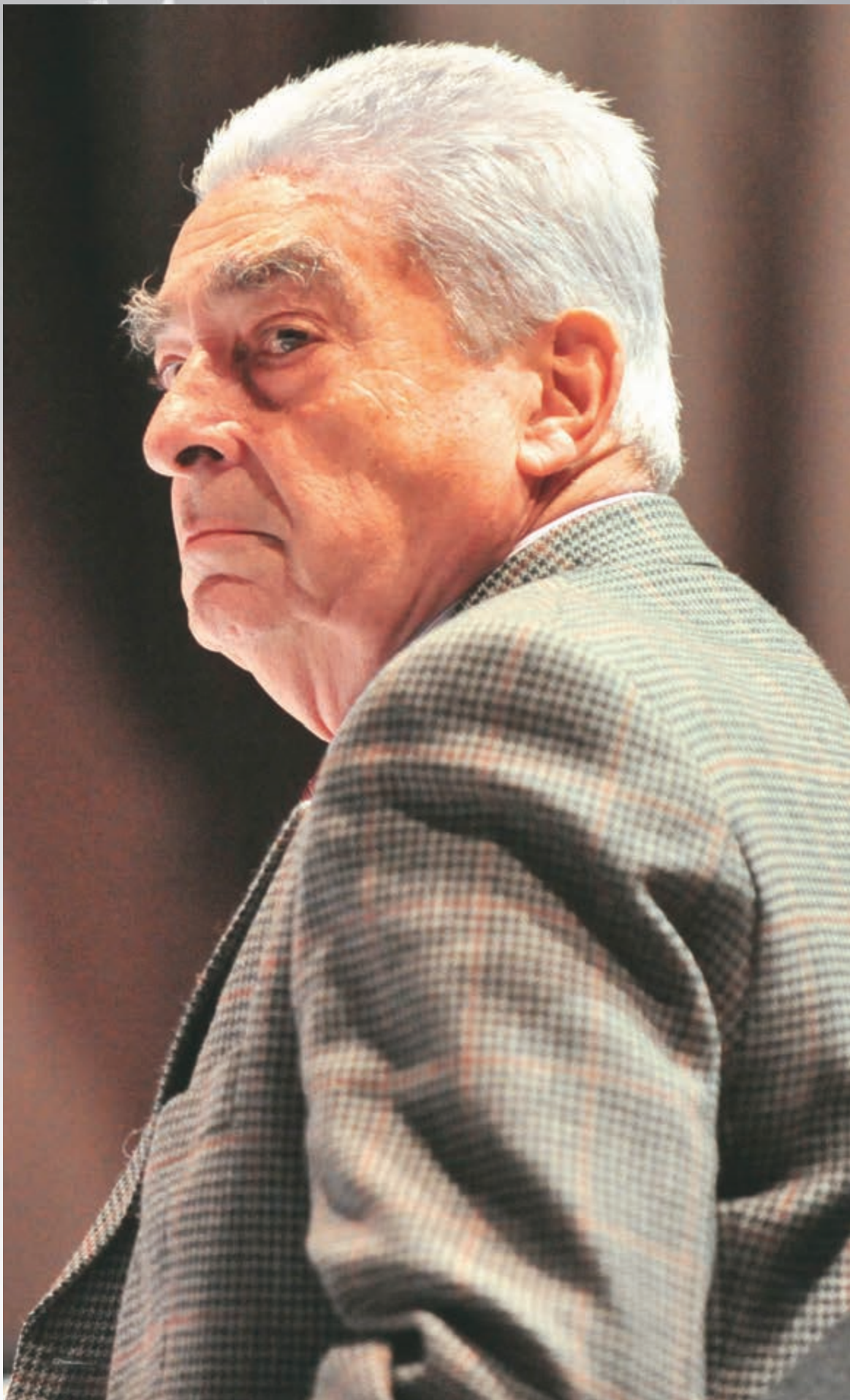
Ese año Solari defendía al legendario cordobés de Luz y Fuerza, Agustín Tosco que ayudó en la fuga pero prefirió quedarse. La noche del 16 de agosto ya fue imposible que los abogados vieran a sus clientes en la U-6. "Se pasó a un sistema represivo para presos de máxima peligrosidad; Héctor Cámpora levantó ese régimen pero Estela Martínez de Perón lo reimplantó", describió.

En esos días almorzó con otros abogados en el Hotel Provincial de Rawson. En otra mesa comían militares, entre ellos Leopoldo Fortunato Galtieri. Uno de verde se levantó, avisó por teléfono y enseguida, los abogados cayeron presos sin probar bocado. Los salvó un amparo verbal ante el Juzgado Federal de Rawson. El único que quedó más de cien días preso fue Amaya.

Con las organizaciones armadas "coincidíamos en la defensa de los presos políticos pero no en la aplicación de la violencia. Yo en mi vida usé un arma". Solari condenó el crimen del guardiacárcel Gregorio Valenzuela durante la fuga.

Tras la Masacre estuvieron un mes sin ver a los presos. Cuando pudieron encontró a un Tosco mucho más flaco y rapado, con uniforme de preso, como nunca antes. "Era un sistema típico de un campo de concentración, cruel, inhumano y degradante". Hipólito lo supo cuando estuvo preso: perdió 14 kilos por comer un zapallito relleno por día y ni tocar un caldo de grasa que era intomable.

Con el estado de emergencia militar, al menos 2 mil soldados en la zona buscaron cómplices. "Los que estaban presos en la Base, si habían cometido un delito, tendrían que haber sido puestos a disposición de la justicia. Yo pedía para ellos un juicio justo y trato humano", concluyó Hipólito. #



PERFIL. HIPÓLITO, UN REFERENTE DE LA LUCHA CONTRA LA REPRESIÓN, Y UNA POSTAL DE SU TESTIMONIO.

UNO DE LOS TESTIMONIOS MÁS SÓLIDOS DEL JUICIO

Masacre: según Mattarollo, los fusilamientos fueron un “salto de calidad” en la represión

El abogado de la fusilada María Sabelli interpretó que los episodios de la Base y de la U-6 le sirvieron a la dictadura para “difundir su pedagogía del terror” y anticiparon el genocidio que vendría. Consideró que la fuga dejó en ridículo a los militares. El presidente Salvador Allende y otras anécdotas.



SIN FISURAS. RODOLFO MATTAROLLO Y UN TESTIMONIO CONTUNDENTE SOBRE LO QUE SIGNIFICÓ LA MASACRE COMO PREPARACIÓN PARA EL TERRORISMO DE ESTADO QUE SE ACERCABA.

El presidente chileno Salvador Allende desoyó el insistente reclamo argentino y decidió no devolver a los seis líderes guerrilleros fugados de la Unidad 6 de Rawson para que pudieran volar a Cuba. Pero varios de sus ministros querían regresar rápido a los evadidos para mantener una buena relación con el gobierno de Agustín Lanusse, luego de la Masacre.

Metido en esa discusión ya que había viajado a Santiago para gestionar por sus defendidos, el abogado Rodolfo Luis Duhalde primero perdía las esperanzas, se deslizaba por su silla y se hacía cada vez más chiquito. El clima en ese Consejo de Ministros se tornaba difícil para los argentinos, con muchas opiniones a favor de la extradición.

Allende escuchó a todos pero finalmente con un gesto enérgico golpeó su puño en la mesa: “¡Pero éste es un gobierno socialista, mierda, no se entrega a ningún compañero y esta misma noche se van para La Habana!”. Así Fernando Vaca Narvaja, Roberto Quieto, Enrique Gorriarán Merlo, Mario Roberto Santucho, Marcos Osatinsky y Domingo Menna salvaron su vida.

Lo testimonió Rodolfo Mattarollo, quien lo oyó del propio Duhalde, exsecretario de Derechos Humanos de la Nación, ya fallecido.

Mattarollo fue abogado de María Angélica Sabelli, una de las 19 fusiladas. Tenía 23 años y profesora de Matemáticas. “Era militante de una organización armada peronista. Yo no era peronista pero defendíamos presos de todas las ideologías. Aún recuerdo la forma en que sus padres buscaban justicia”. Sus padres iniciaron un juicio al Estado por daños

y perjuicios. La causa no se halló y hubiese sido material valioso para el juicio.

Mattarollo declaró dos horas ante el tribunal. Era embajador de la UNASUR en Haití. Dueño de una cultura para repartir, contó las penurias de los abogados tras la fuga. “Siempre recuerdo la angustia de los familiares de las víctimas porque Trelew fue el primer ensayo del terrorismo de Estado, en una escala amplia y visible para imponer la pedagogía del terror; fue un salto cualitativo en la represión”.

El temor nació cuando el grupo que perdió el avión y no regresó a la U-6. “Esa promesa se violó de entrada. Tenían una indefensión total y todo indicaba una situación de alta vulnerabilidad y de alta sospecha y alarma”. Para el abogado, matar a esos detenidos fue la respuesta al “ridículo” en que quedaron las FF.AA. “Se habían escapado de un penal que suponían inexpugnable, enclavado en la estepa patagónica. ¿Hacia dónde podían ir?”.

Mattarollo consideró que la cárcel capitalina fue otro engranaje de un sistema represivo “pensado para desgastar la moral de los detenidos en una escala que no se había conocido antes en el país”.

La semana entre el 15 y el 22 de agosto del 72 los abogados porteños buscaron a los jueces locales y a los secretarios judiciales “a sol y sombra” e “hicimos todas las gestiones posibles”. Habían viajado desde Capital Federal en dos remises polvorientos. Nadie les quiso vender pasajes aéreos. En Trelew y Rawson tiraban los hábeas corpus por debajo de las puertas. “Lo intentamos todo pero aquí no quedaba nada por hacer: era nuestra voz contra un muro infranqueable”.

Su versión es que esa madrugada en la Base “se accionaron todos los dispositivos de un sistema preparado para sembrar el escarmiento”. Calificó los fusilamientos como “un crimen horrible” y restó importancia a que hubo tres sobrevivientes, lo cual según la Marina era imposible si había intención de eliminar a todos. “Ningún crimen es perfecto y siempre hay un elemento de azar que no se domina, actúa en las circunstancias más complejas y hace que las cosas no resulten como se pretende”.

Para el testigo, si María Berger, Alberto Camps y Ricardo Haidar tuvieron atención médica posterior “fue inevitable para la junta militar si quería limitar los daños. No podía ser de otra forma”. Ese trío “era la vidriera que había que atender porque de lo contrario sería un escándalo mayúsculo y ya bastante había pasado en Trelew. Albano Harguindeguy decía que no se podía fusilar como Franco porque eso traía muchos problemas”.

A los 6 fugados en Chile le quitaron el radio. Se sorprendieron con temor. Fue la estrategia para que no se enteraran de la Masacre por los medios y la noticia la dieran sus abogados. Para Mattarollo, es muy difícil que Lanusse no estuviese involucrado en la decisión de eliminar a los 19. “Con ese episodio se dibujó el escenario que vendría luego, inspirado en la escuela francesa de la guerra contra Argelia”.

Esa guerra contrarrevolucionaria repetida en Chubut giraba sobre tres ejes: dividir al país en zonas y subzonas; uso ilimitado de la tortura y la inteligencia como arma fundamental. “Los presos eran torturados desde el momento de su detención”.

La Marina difundió al menos 4 versiones contradictorias de la Masa-

cre, que al regreso del exilio Duhalde incluyó cuando la editorial Contrapunto publicó “La patria fusilada”, de Paco Urondo.

Con lucidez y altura intelectual, el testigo combinó recuerdos de época con jurisprudencia, cultura popular, ironía y humor. Como cuando le aportó al tribunal una foto en Trelew del grupo de abogados porteños que tras la fuga deambuló por el pueblo sin poder ni hablar con sus presos. “El de la derecha soy yo, con barba y bastante más joven. Los ultrajes del tiempo, como dijo Jorge Luis Borges”, acotó ante la sonrisa de las partes.

Al enterarse de la Masacre, los defensores improvisaron una ronda de prensa en Suipacha y Viamonte, en Capital Federal. “Por una bomba en nuestra sede debimos hacerla cerca de la mueblería Maple. Se veían los muebles de estilo inglés y por ahí anda un video sin sonido de ese día”.

Pese a lo sistemático de las sesiones de torturas con picana, a los letrados les sirvió la “regla de exclusión”, principio legal venido de EE.UU.: las pruebas obtenidas por métodos ilegales no sirven. “Descubrimos que se le podía pedir a la Cámara Federal Penal (el célebre Camarón), que era parte del sistema de legalidad restringida, un peritaje médico de los tejidos necrosados por el paso de electricidad”.

Esa prueba revelaba que el estado de los tejidos era compatible con las quejas de tortura y así el detenido aliviaba su situación. La picana la inventó Polo Lugones, hijo del poeta Leopoldo y jefe de Policía del golpe de Estado de José Uriburu contra Hipólito Yrigoyen. “Esto que era patrimonio de una sección especial en los 30 se convirtió en una práctica común en los 70”, agregó.

Mattarollo fue amigo del abogado Rodolfo Ortega Peña, asesinado el 31 de julio del 74. Le habían advertido que corría peligro. “La muerte no duele”, les respondió y la frase aún le resonaba al testigo, que con ese asesinato sintió una cuenta regresiva inevitable hacia el desastre. “La Triple A fue el germen de los métodos represivos que ampliaría la dictadura. El terrorismo de Estado oculta su responsabilidad directa pero lanza su mensaje de terror, parálisis y apatía”.

En su exilio francés, el testigo descubrió que la historia argentina innovó en un terror que no le era propio. “Un decreto de Adolf Hitler reglamentó el modo en que los nazis ejecutaron la desaparición forzada de personas, con el espíritu sistemático de la cultura alemana”. Se conoció como Decreto Noche y Niebla, nombre que le dio Hitler inspirado en una ópera de Richard Wagner. “Fue un criterio definido y estricto que se tomó en Latinoamérica. Habla de hacer desaparecer en la noche y la niebla a resistentes en los países de Europa Occidental ocupados por el Tercer Reich”. Este secuestro no debía dejar rastro y sería cuando los tribunales no pudieran dictar rápida sentencia de muerte. “Debían ser trasladados en secreto a Alemania sin contacto alguno con familiares o abogados, para sembrar terror eficaz y duradero”.

El método lo perfeccionaron los dictadores latinos. Trelew fue un mojón. “Las desapariciones en Centroamérica duran pocos días y aparece el cadáver arrojado al borde de un camino. Pero mantener detenidos desaparecidos en centros clandestinos y por largos períodos es un invento argentino ya que esa magnitud y proporción no se dio en otros países”.#

UNA DE LAS AUDIENCIAS MÁS CONCURRIDAS

El último mensaje de Mariano Pujadas en el relato emocionado de Héctor "Pepe" Castro

Quien fuera dueño de LU 17 se quebró al recordar la madrugada que los padres del fusilado vieron su mensaje grabado por Canal 3. Los militares la buscaron pero esa cinta desapareció para siempre. Dijo que los presos quedaron conmovidos cuando supieron que los llevaban a la Base Zar.



EL RECUERDO DE "PEPE". HÉCTOR CASTRO FUE UN TESTIGO PRIVILEGIADO DE LOS EPISODIOS Y NO SE GUARDÓ NADA EN EL JUICIO, ADEMÁS DE DISCUTIR CON ALGUNOS DE LOS DEFENSORES.

Un recinto en silencio y una voz quebrada por la emoción. Héctor "Pepe" Castro lloró al recordar la madrugada que les mostró a los padres de Mariano Pujadas el tape de la última y célebre proclama de su hijo, minutos antes de entregarse en el Aeropuerto Viejo de Trelew junto con otros 18 presos políticos. En esos pocos minutos explicó los motivos de su militancia.

Al ver y escuchar a uno de los fusilados en blanco y negro en la pantalla, sus familiares se fundieron en un abrazo apretado de lágrimas. Igual que el dueño de LU 17, cuarenta años después. Necesitó un largo respiro y varios sorbos de agua para poder seguir testimoniando.

"Para mí fue una escena muy fuerte porque era el último mensaje de su hijo y fue muy duro, era una situación complicada", dijo el testigo (hoy ya fallecido) ante el tribunal. Los Pujadas llegaron al Valle tras los fusilamientos y quisieron ver esa filmación del viejo Canal 3, que gerenciaba José María Sáez. Él junto con Castro los recibiría en los estudios, a las 2.

Los padres del preso asesinado se llevaron una copia de la filmación.

Pero la cinta se destruyó cuando la familia Pujadas fue asesinada y sus cuerpos volados con dinamita, en Córdoba. "Esas imágenes tuvieron un gran impacto político y molestaron mucho al gobierno militar", aseguró Castro. El registro se conservó pero cuando Castro se enteró de que los militares lo buscaban, la cinta se ocultó. En 1973, el general Juan Domingo Perón estuvo a punto de verla en su exilio de Puerta de Hierro, en Madrid. Pero la cita se frustró. En 1976 la filmación original se perdió.

Castro habló casi una hora. Más de medio centenar de personas escuchó su testimonio. El 15 de agosto del 72 estaba en el Aeropuerto para despedir a otra persona. Vio cómo el avión de Austral carreteó y se detuvo en la pista. Tres militares pasaron corriendo a su lado rumbo a la pista y empujaron fuerte al periodista antes de llegar a la pista y subirse a la nave. Uno era Fernando Vaca Narvaja, disfrazado y recién fugado de la Unidad 6 de Rawson.

Testigo directo de la negociación entre los marinos y el grupo de 19 que no logró fugarse, Castro confirmó que "no querían ser llevados a la Base porque decían que allí su suer-

te corría peligro. Pero los militares decían que volver a la U-6 no era posible porque el penal estaba sublevado". Dónde llevarlos era el eje de la discusión.

Los guerrilleros ofertaban regresar a la cárcel y garantizar que sus compañeros depusieran la toma. Hubo acuerdo y entregaron las armas en la playa de estacionamiento. "Es la famosa foto de la Masacre. En el silencio de la noche se escuchó el ruido de las armas cayendo sobre el pavimento y es un ruido especial que nunca más escuché en mi vida", describió "Pepe".

Uno por uno los presos fueron revisados. Cuando le tocó el turno a Ana María Villarreal de Santucho, "al militar le dio pudor revisarle la zona de los genitales, pero el capitán Sosa se lo ordenó a los gritos".

Castro, el juez federal Alejandro Godoy; el subdirector de "El Chubut", Adolfo Samyn; el director de Jornada, Bernardo Feldman y el abogado radical Mario Abel Amaya subieron al micro junto con los presos. Diez minutos después los bajaron sorpresivamente. Había llegado el jefe de la Base, Rubén Paccagnini, con la orden del presidente de la Na-

ción, Agustín Lanusse, de declarar la zona de emergencia y llevar a los detenidos a la unidad militar y no a la cárcel. Godoy se quejó porque la negociación había sido otra. "Soy militar, me dieron una orden y debo cumplirla", le respondió Paccagnini.

Cuando Goody les dijo a los presos que irían a la Base, "quedaron impactados porque se habían rendido en otras condiciones". Castro describió que ese viaje fue corto en kilómetros. "Pero se convirtió en un camino interminable por ir con gente que se había resistido de todas formas a que los lleven ahí y después les dieron vuelta todo. Era una situación tensa y cortante y nunca olvidaré la dureza en la mirada que tenía la mujer de Santucho".

En la Base los civiles fueron devueltos al centro de Trelew. "No tienen nada que hacer acá", les dijo un guardia. El periodista explicó que esa semana de agosto "fue de gran conmoción; era una ciudad sitiada, tensa y con un clima duro".

Lo sufrió la prensa de Buenos Aires: Armando Vidal, de Clarín, y Horacio Finoli, de Associated Press. Castro los llevó a conocer la U-6. Estaban en la esquina de SEROS, el fotógrafo

Manuel Martínez apuntó su teleobjetivo al penal y recibió una lluvia de balas de metralleta. Finoli fue herido en la espalda. Debieron custodiarlos hasta el Hospital Santa Teresita.

Los periodistas se quejaron ante el general Ignacio Betti, jefe militar de la zona, por la poca libertad de trabajo. "¿Esto es Vietnam?, desafió uno. "Sí, es Vietnam, acá tampoco hay garantías para los periodistas", respondió el militar.

Marcos González, defensor del cabo Carlos Marandino, le preguntó a Castro su opinión política de los guerrilleros. "Se refiere a los muchachos con un sentido admirativo", inquirió. "Por preguntas de ese tipo se hizo mucho daño en el país", le retrucó el testigo mirando fijo al abogado y con un dedo levantado. Estallaron aplausos. No respondió.

En otro cruce, el fiscal Dante Vega le advirtió a Castro que Tomás Eloy Martínez, en su libro "La pasión según Trelew", publicó datos que no coinciden con su relato. "Hay mucha gente que estuvo en esos lugares que nunca estuvo en esos lugares", ironizó el testigo para revalidar que lo que contó lo vivió en carne propia. #

EL TESTIMONIO DE RAÚL FITTE

“Mayorga quedó shockeado, sorprendido y muy impactado ante los cadáveres”

Es el oficial que la mañana del 22 acompañó al responsable máximo de la Base Zar de Trelew a los calabozos. Se toparon con una pila de cuerpos.

La mañana del 22 de agosto del '72, el oficial de la Marina Raúl Fitte estuvo apenas una hora en la Base Zar de Trelew. Recorrió los calabozos y el pasillo. Había pasado muy poco tiempo de los fusilamientos. “Vi un montón de cadáveres apilados uno arriba del otro, en la entrada del pasillo. Mi impresión fue como si hubiesen salido corriendo y que fueron cayendo uno encima del otro”.

Ya retirado y con 83 años, Fitte le dio su versión al tribunal que juzga los fusilamientos y su relato se escuchó grabado.

El testigo llegó a la ciudad como compañía de Horacio Mayorga, el marino ausente en el juicio por el delicado estado de salud que atravesaba. Es el teniente de navío de quien dependía la Base Zar y por eso procesado.

Ambos iniciaban una inspección de rutina de unidades de la Armada. Pasaron por el Valle y despegarían de Comodoro Rivadavia rumbo a Río Gallegos. Hasta que el Ejército lo anotició a Mayorga de que en Trelew “había un problema”. Regresaron urgente.

“En el tiempo que estuve no llegó ninguna autoridad militar a la Base y noté que Mayorga quedó con un ánimo muy impactado, shockeado y sorprendido”, reveló. No alcanzó a ver huellas de balazos en las paredes. “Entiendo que no hubo militares heridos porque me hubiese enterado”, afirmó Fitte, que regresó a la Base Espora cuando el plan de inspecciones se frustró ante la novedad. Mayorga debió quedarse en Trelew. Fitte volvió en un avión bimotor de 5 plazas. Era miembro del área de transporte aéreo.

Aunque no escuchó demasiado durante su brevísimo paso por Trelew, “recuerdo que todos tenían un grado de excitación y sorpresa”. Le contaron la versión del intento de fuga. “Que tras recorrer el pasillo el oficial de guardia (Luis Sosa) fue tomado de atrás por los civiles y mientras caía al suelo habría gritado que disparen”.

Fitte se retiró como contraalmirante y su carrera en la Marina incluyó jefaturas del área de aviación y agregadurías navales en EE.UU. y Canadá. Se declaró subordinado primero y “luego amigo” de Mayorga, y “compañero” de Bautista, el hombre que hizo la investigación militar de la Masacre.

Definió su paso por Trelew como “una escalita” en la cual fue muy poco lo que pudo saber. Nunca había declarado por el tema. “No era de mi incumbencia porque la Base no dependía de mí”, le dijo al tribunal. #



IMPRESIONADO. A FITTE SE LO ESCUCHÓ GRABADO. FUE MUY GRÁFICO PARA DESCRIBIR EL ESTADO DE ÁNIMO DE MAYORGA AL ENCONTRARSE CON UN DESASTRE.

EL CAMARÓGRAFO DE LA FUGA

Un whisky y un fusil

Eduardo Busi fue el camarógrafo de Canal 3 que grabó la proclama de los guerrilleros en el aeropuerto. “De acá no salimos vivos”, fue su primer pensamiento al ingresar al lugar.

Vio una azafata desmayada en un sillón y a una presa política con un fusil y una botella de whisky. “Percibí mucha tensión y nerviosismo; subían y bajaban de la torre de control hasta que el avión aterrizó en Chile”, contó al tribunal. La ciudad de Balmaceda no aceptó el vuelo, Puerto Montt sí.

Busi, hoy fallecido, nunca olvidó la cara de los tres guerrilleros que hablaron en esa conferencia histórica. Les pidió síntesis porque tenía sólo 20 minutos de tape. Le hicieron caso. Los grabó uno por uno tras la revisión médica. Le decían a la cámara su nombre y a qué organización pertenecían. Grabó la fila de presos con las armas tiradas. Subían al micro cantando la Internacional Socialista. Pero por un descuido se desenchufó el cable de audio. Quedaron 19 rostros hablando sin voz. #



ESTUVO ALLÍ. EDUARDO BUSI, TESTIGO DEL HISTÓRICO 15 DE AGOSTO.

LA DECLARACIÓN DE GREGORIO HIRIGOYEN

De eso no se habla: el pacto de silencio en la Base Zar luego de la Masacre de Trelew

Era conscripto y participó de ruedas de reconocimiento junto con los presos que fueron luego fusilados. Nadie nunca le informó nada oficialmente y sólo se enteró por rumores de pasillo. “Después del 22, por varios años me quedó grabada la imagen de un capitán Sosa al que veía cabizbajo”.

Un exconscripto confirmó el cerco informativo que se produjo al interior de la Marina la semana trágica que se inició con la fuga del 15 de agosto de 1972 y que culminó con los fusilamientos. Por su trabajo cotidiano en la unidad naval aportó pistas de primera mano acerca de lo que en verdad sucedió la madrugada del 22. Y participó de ruedas de reconocimiento con los 19 presos de las organizaciones armadas.

Clase 1951, Gregorio Hirigoyen perteneció a Marinería: furriel con trabajos administrativos. Como dactilógrafo lo destinaron a una máquina de escribir. Ante el tribunal contó que el 16 de agosto, con sus colegas colimbas supieron que había detenidos en la Base. “Por comentarios sabíamos que estaban en los calabozos pero no tuvimos contacto. Desde ese día quedamos acuartelados”.

Participó de una rueda de reconocimiento esa semana. “Nos ordenaron que nos vistiéramos de civil y nos mezcláramos con otra gente”. Fue una fila india de 20 personas que alternó civiles, militares y presos, en una sala del edificio principal. “Ninguno de los guerrilleros mostró agresividad para nada y tuvieron una actitud totalmente pasiva”.

Hirigoyen reconoció fotos del expediente aunque “hay lugares de la Base que se me borraron de la mente”. La custodia de los presos no eran colimbas sino oficiales y suboficiales de la Infantería de Marina.

La madrugada del 22 de agosto él y sus compañeros durmieron. Ninguno escuchó disparos ni gritos. Al levantarse “nos enteramos que había pasado algo con derramamiento de sangre, heridos y muertos”. El rumor general fue el intento de fuga. Pero según el testigo, “uno razonaba que no podía ser que hayan querido tomar la sala de armas; sonaba ilógico”. Al mediodía él y muchos otros vieron a suboficiales de Infantería sacar los ataúdes del edificio central, rumbo al hangar. “No era un espectáculo para quedarse y me volví a la oficina”, relató.

Circuló el rumor de que se habían usado armas cortas. “Escuchamos que no había sido una orden de ninguna autoridad interna sino venida de afuera”, aseguró. Nadie nunca le informó nada oficialmente. “Nadie hablaba delante nuestro y tampoco nos correspondía pedir explicaciones”, razonó.

Hirigoyen se cruzó varias veces a Sosa en los pasillos de la Base. “Después del 22 y por varios años me quedó grabada la imagen de un capitán al que ve cabizbajo”.#



DECLARACIÓN. HIRIGOYEN TENÍA TAREAS ADMINISTRATIVAS PERO IGUAL GUARDÓ VARIAS POSTALES QUE SIRVIERON PARA EL TRIBUNAL.

EL RECUERDO DE LA JEFA DE SUELDOS

“No nos decían nada”

Norma Carreté trabajó 47 años en la Base. Era jefa de sueldos y de movimiento de personal en una Base que entonces contaba con al menos 500 personas, con apenas unos 40 civiles. Ella les pagaba. Esa semana trágica trabajó como siempre pero después del 22 de agosto las autoridades navales les pidieron no ir por un tiempo. Participó de una rueda de reconocimiento de hora y media con dos grupos de mujeres. La compartió con Ana María Villarreal de Santucho y María Antonia Berger, a quien reconoció por la televisión. “Ametralladora en mano, el teniente Bravo nos hizo desfilar por un pasillo en el hall de entrada y alguien nos miraba desde una mirilla”, detalló. “Había llegado el juez Jorge Quiroga y no pasó nada anormal. Yo era joven e inconsciente, hoy tal vez no aceptaría participar”. De la rueda participaron empleados del aeropuerto y de Aerolíneas Argentinas.

Cada mañana a las 8 un vehículo la llevaba a la Base. El 22 lo esperó

media hora en una esquina, se cansó y tomó un taxi en la plaza. No le subieron la barrera y no entró: “Nos dijeron que no volviéramos hasta nuevo aviso”.

Pasó una semana. “Al volver al trabajo nadie hablaba del asunto, ni preguntábamos ni nos decían nada”. Pocos días después le pidieron la ficha de revista de Luis Sosa, Roberto Bravo, Carlos Marandino y Marchand. “No volví a verlos en la Base y decían que les habían dado el pase al exterior. Pero de eso no se hablaba”.

En su primera declaración Carreté le había dicho al juez Hugo Sastre: “¿Por qué me preguntan a mí habiendo tanta gente en Trelew que sabe lo que pasó?”. En el juicio el querellante Eduardo Hualpa le exigió que aclare esa queja y dé nombres. La mujer explicó que sólo había sido un ejemplo. “Hay muchos militares retirados que tienen casa en la ciudad”. Sin embargo no recordó a ninguno.



MEMORIA. CARRETÉ HASTA ESTUVO EN UNA RUEDA DE RECONOCIMIENTO.

EL REVELADOR TESTIMONIO DE CARLOS ROVETA, EXCONSCRIPTO DE LA BASE

“Estaban alterados y tensos y recomendaron que dijéramos que fue un intento de fuga”

El excolimba dijo que la mañana del 22 de agosto a los jefes se los notó muy nerviosos. El mismo día de su baja pidió ir al baño y observó los calabozos repletos de balazos y reveló que hubo una orden para que la noche previa al fusilamiento todos los guardias externos se fueran a dormir.



MUERTE EN LA BASE. LA POSTAL EN BLANCO Y NEGRO DE MARIANO PUJADAS EN UNA DE LAS DOS FOTOS DE LA ARMADA QUE LLEGARON EN UN SOBRE ANÓNIMO PARA EL JUZGADO FEDERAL DE RAWSON.

Fin de agosto de 1972. El concripto Carlos Roveta saboreaba su baja del servicio militar obligatorio parado en una vereda de la Base. Esperaba el micro que lo llevaría a Trelew.

Pidió su último permiso para ir al baño, que estaba enfrentado al sector de calabozos. “Al salir vi muchos agujeros de balazos en el fondo del pasillo y en las paredes laterales donde estaban las puertas de las celdas; no era normal porque nunca había estado así. Eran muchos impactos pero no podría decir la cantidad”. No encontró disparos en la pared de enfrente. No parecían rastros de un enfrentamiento.

Originario de la localidad bonaerense de Las Flores, Roveta el 15 de agosto disfrutaba su franco con una familia amiga de Trelew, sin TV ni radio. Alguien compró cigarrillos en un kiosco y al volver le avisó de la fuga y que la Base convocaba a todos los colimbas. “Llegué en taxi y estaba todo custodiado. En ese momento los presos que venían del aeropuerto ba-

aban del micro. Me ordenaron vestirme, armarme y esperar instrucciones en la cuadra”. Desde ese día de fuga los colimbas quedaron incomunicados. Razones de seguridad, les dijeron.

Roveta participó de los rastrijes en zona de chacras en busca de subversivos o colaboracionistas de la fuga. “Llegábamos en camiones al puente de Trelew y de ahí seguíamos caminando casi hasta Gaiman. Ingresábamos a las propiedades privadas armados con FAL pero nunca por la fuerza”.

El 22 de agosto los levantaron a todos, los formaron en la Plaza de Armas y los concentraron en el casino de concriptos. Ninguno había oído los disparos de la madrugada anterior. Le llamó la atención fue la cantidad de oficiales: estaban los de guardia y varios más. “Allí nos cuentan la primera versión de lo que había ocurrido: que se habían querido fugar, que el señor Pujadas sabía artes marciales, lo había hecho prisionero al capitán Sosa, le había sacado la pis-

tola, le había disparado y lo había herido; las fuerzas de seguridad habían repelido la agresión, habían salvado a Sosa y pasó lo que había pasado”. Según su versión, la noticia la dio un tal teniente Troitiño, de Infantería de Marina.

Entre los concriptos “evidentemente ninguno lo podía creer”. Roveta miró fijo a los jueces Enrique Guanziroli y Nora Cabrera: “Yo lo estaba mirando y Sosa estaba tan herido de bala como están ustedes dos ahora”, ironizó. “Cualquiera se da cuenta cuando alguien está herido de bala. No les creímos y nos causó mucha indignación porque era una mentira muy evidente”.

Tras esa única explicación, “nos recomendaron que si hablábamos con alguien del tema le teníamos que contar la versión de la fuga”.

En esa reunión militar estaban todos los protagonistas: Rubén Pacagnini, Luis Sosa, Roberto Bravo y el resto. “Se los veía alterados, no era la actitud normal que les notábamos las pocas veces que los veíamos, la

mayoría estaban más tensos”. Según supieron luego, a los presos heridos nadie les dio atención médica. Y que un avión los trasladó al Hospital Naval de Puerto Belgrano.

El día de su baja vería las paredes acibilladas y todo tomó sentido. Hasta el dato que le pasaron los chicos que debían hacer guardia la noche del 21. “Lo que nos comentaban los otros colimbas que generalmente hacían guardia por fuera del edificio es que esa noche no habían estado: les habían dado la orden de que se fueran a dormir”.

Locuaz

En su declaración Roveta levantó la voz, ironizó y hasta retó a los abogados y a los jueces. Fue el testigo más locuaz y desinhibido. Como cuando el querellante Germán Kexel lo apuró para reconocer fotos: “¡Pará!”, le reclamó el hombre, entre molesto y confanzudo.

Desacostumbrado, varias veces chocó la boca con el micrófono. “A

esto me lo como en cualquier momento”, se quejó.

También bromeó con el juez Pedro De Diego, conocedores ambos del mundo colimba. “Ustedes los infantes la pasaban mal pero los de Marinería mejor, ¿no?”, deslizó el magistrado. “Generalmente ocurría eso, era como River-Boca”, se rió el testigo. Luego se disculpó porque “pasaron muchos años y la neurona no funciona tanto”.

En otro tramo el querellante Eduardo Hualpa lo notó con la boca seca. “Le invito agua a cuenta del tribunal”, dijo. “Hace rato estoy mirando el vasito vacío pero nadie se dio cuenta”, respondió Roveta. “Pasa que es muy fácil invitar con la plata ajena”, retrucó el abogado.

Ante la insistencia de otras preguntas, el excolimba le dijo a todas las partes casi enojado: “Es como si yo les preguntara qué pasó tal día de hace 40 años. Si les digo que no me acuerdo es porque no me acuerdo, no tengo por qué mentirles”, les advirtió. #

LA DECLARACIÓN DE ALDO VEGA

“Era una Base con 800 personas: la única forma de escaparse era en avión o si venía la OTAN”

El conocido vecino de Rawson, propietario de FM Bahía Engaño, testimonió que la noche de la matanza durmió bien y no escuchó armas. Estuvo en la formación que escuchó la versión de la fuga de boca de sus superiores. “Estaban muy nerviosos y se miraban entre ellos”, recordó de esa reunión.



REFLEXIÓN. ALDO VEGA PINTÓ EL CRUDO CUADRO DE SITUACIÓN DE UNA UNIDAD MILITAR FUERTEMENTE VIGILADA EN TRELAWY DE LA REALIDAD DE LOS COLIMBAS QUE ESTABAN A PUNTO DE IRSE DE BAJA.

Aldo Vega era un colimba más en la Base Zar. La noche del 21 de agosto del 72 durmió bien pero como al resto, lo despertaron con la noticia de los acribillados. Ninguno escuchó la balacera. “Con el tiempo se dijo que nos habían puesto algo en la comida. Pero la cuadra donde dormíamos estaba muy distante de los calabozos, unos 150 metros”.

Para el conscripto del Batallón de Infantería de Marina N° 4 no era raro no haber escuchado los disparos: “Las paredes de la guardia eran gruesas y hay que sumar el ruido del viento en la zona”.

El 22, muy temprano y formado en la Plaza de Armas con el resto, escuchó la explicación oficial de los superiores: había sido un intento de fuga. Ninguno de los jóvenes les creyó. “Siempre creímos que intentar un escape era imposible por la custodia y porque en la unidad había al menos 800 personas”, le dijo al tribunal. “En esa situación la única forma era que un avión los esperara en la ruta 3 o que viniera la OTAN”.

Esa mañana estaban todos los jefes. “Estaban muy nerviosos –describió-. Caminaban de un lado al otro y

no se los veía tranquilos. Se miraban entre ellos hasta que uno decidió dar una explicación”.

Varios colimbas lloraron al saber de los muertos. “Yo no, me cuesta mucho”, apuntó. “Fue un día muy especial para todos los que estábamos allí y para los mismos oficiales”. Le pareció que el de la explicación fue el teniente Roberto Bravo.

Después todo fue precaución de colimbas. El actual propietario de FM Bahía Engaño de Rawson recordó que en esos días se charlaba el tema entre ellos pero en voz muy baja, cuidadosos de represalias. “Hay que entender que éramos conscriptos de la clase 50 y que el 28 de agosto nos íbamos de baja, nadie quería quedarse hasta diciembre”, admitió Vega. Declaró que Paccagnini era “el que manejaba la cosa”.

“Era un momento duro del país y había que andar con pies de plomo. Imponían miedo y nos dieron a entender que de ese tema no había que hablar. Además éramos de la zona, teníamos apenas 22 años y no nos íbamos a otro lugar después de la baja”.

Según su descripción, la unidad naval trelewense era “una estancia

donde se podía ingresar por cualquier lado siempre que uno supiera el santo y seña”.

Semana movida

Ya de civil, Vega escuchó al exjefe de la Armada Argentina, almirante Hermes Quijada, leer la versión oficial de los fusilamientos por Canal 13. “Dio más detalles pero esencialmente era lo mismo que nos habían dicho en la Plaza de Armas esa mañana”.

Esa semana ya había empezado rara para Vega. El 15 de agosto tenía franco y prefirió disfrutarlo en Trelew. “Al volver en un micro de línea nos pararon en la ruta y debimos volvernos”.

Buscó su ropa verde y partió a la Base. No lo vio pero estaba cuando llegó el micro con los 19 presos que terminaban de entregarse.

Tras la fuga de la U-6 le ordenaron participar de rastrillajes desde la ruta 3 hacia el lado de Gaiman en busca de subversivos que ayudaron al escape. “Estábamos en un conflicto muy delicado, casi en una guerra, y hacíamos mucha instrucción”.#

Chaleco, boina y lentes

-¿Cómo está, Marandino?

-Estoy muy bien, señor.

-¿No va a hablar con la prensa?

-Por ahora no, señor.

-¿Está detenido en Trelew?

-Sí señor.

-¿Por qué el martes llegó tarde al juicio? ¿No le avisaron de la audiencia?

-Estuve esperando listo desde las 9, señor. Pero no me pasaban a buscar.

-¿Va a declarar?

-Espero el consejo de mi abogado, señor.

-Cuando quiera hablar, estamos a disposición...

-Muchas gracias, señor.

“Señor” es la palabra que más usó el cabo venido de Entre Ríos, acusado de integrar el grupo

fusilador. **Jornada** lo encontró solo en una puerta lateral del recinto del juicio, a la espera del patrullero que le hacía de taxi tras una audiencia suspendida. Desconfiado, Marandino no daba la mano y miraba a los ojos muy de vez en cuando. No evitaba el diálogo pero lo convertía en un intercambio brevísimo, protocolar, como para cumplir y no ofender. No disimulaba su incomodidad. Avejentado, chaleco rojo inflable y boina negra infaltables, como sus lentes de sol. Gracias si saludaba a su defensor, Marcos González.

En las audiencias se hundía en la silla, agachaba la cabeza, no hablaba ni comentaba. Parecía dormir. Marandino es el hombre que confesó el fusilamiento.



PARA SIEMPRE. NEIRA QUEDÓ GOLPEADO POR AQUELLOS DÍAS DE AGOSTO QUE ATRAVESÓ COMO UN SIMPLE COLIMBA SIN SOSPECHAR QUE SERÍA PARTE DE LA PEOR HISTORIA ARGENTINA.

SENSACIONES DE PRIMERA MANO

“En la Base había olor a muerte y mucha gente nerviosa con un estado de ánimo alterado”

Carlos Neira era colimba en agosto del 72. Dijo que la llegada de los presos a los calabozos alteró la rutina militar. El clima que respiró esa semana lo golpeó muy fuerte por el resto de su vida. “Hubo cosas que no eran normales”, aseguró. “Había 1.200 uniformados, no podían escaparse”.

Yo nunca lo había sentido pero lo que había era olor a muerte y hasta se pudo ver un camión bajando los ataúdes”. Así relató el exconscripto Carlos Alberto Neira lo que vio la tarde del 22 de agosto, en la Base. También recordó la llegada a la zona de dos colectivos con familiares de

los 19 fusilados esa madrugada. “Fue un clima muy duro y lamentable porque había chiquitos y todos lloraban”.

A los presos los vio fugazmente, cuando alguna vez le tocó custodiar el pasillo mientras de a uno los conducían al baño desde los calabozos.

En 1972 Neira era un oficinista más de la Base. Pero el 21 de agosto le tocó hacer guardia en una entrada a Rawson. Como era local conocía a más gente que sus compañeros y controlaba mejor. Le llamó la atención el movimiento nocturno de vehículos de la Marina hacia la capital, que ha-

cían señas de luces para pasar. “Oí que llamaban al regimiento de Esquel para pedir refuerzos y custodiar el dique; eso me intrigó”, le dijo al tribunal.

Ya eran las 7 del 22 de agosto. Un tal teniente Galíndez llegó a ese puesto de guardia. Ansioso, Neira insistió en preguntarle qué había pasado. Insistió. “Lo único que me dijo fue que había un intento de evasión y varios muertos”.

Regresó a la Base y olió la muerte. Supo de los sobrevivientes porque le preguntaron su grupo sanguíneo. Habían donado marinos de todas las jerarquías.

“Había mil versiones, tantas como las que se dijeron en radio, televisión, revistas y diarios. Los oficiales decían que habían intentado escaparse y había gente con preocupaciones diferentes: algunos por lo que había pasado y otros porque se quedaban sin franco”, declaró.

Según su recuerdo los presos políticos “no podían escaparse a ningún lado porque el sector era cerrado y estaba siempre muy custodiado”. Neira calculó que entre todas las divisiones en la Base había 1.200 uniformados.

En la unidad todo cambió con la llegada de los detenidos tras su entrega en el aeropuerto. La rutina militar se disolvió y los tratos personales se endurecieron. “El clima era muy desagradable y había mucha gente nerviosa, con estados de ánimo alterados. Hubo cosas que no eran normales, como que un oficial rete a un suboficial a los gritos delante de la tropa; nunca había visto un trato así”.

Las órdenes y los horarios se trastocaron. “Yo mismo soy un ejemplo porque nunca había hecho guardia, pero la noche del 21 sí”. Neira casi se quebró al explicar que “tenía 21 años y hacía un servicio militar que no había elegido. Todo esto me golpeó muy fuerte porque me quedó la gran duda

de qué había pasado. Uno se siente muy mal y es desagradable”. Ni siquiera volvió a trabajar a su oficina, a la que definió como “zona intangible”. La habían usado para interrogar a los fusilados.

El 15 de agosto era feriado pero por la toma del aeropuerto Neira se tomó el primer vehículo militar que fue al lugar para ayudar a su jefe, el teniente Troitiño, que megáfono en mano exigía la entrega de los 19 fugados. De lo contrario su orden era atacarlos. “Me dijo que el tema estaba complicado. Había luz hacia afuera pero el interior del edificio estaba oscuro y por los parlantes del aeropuerto nos advertían que si avanzábamos, iban a disparar. Tampoco querían entregarse”.

Cuando todos dudaban llegó el capitán Luis Sosa. Le dijo a Troitiño que iba a parlamentar pero cuando escuchó la advertencia de los fugados retrocedió: “Si atacamos esto va a ser una masacre”.

Sosa se decidió, tiró al piso su casco y su cartuchera y se metió al aeropuerto pese a la amenaza de abrir fuego de los guerrilleros. Adentro les prometió regresarlos a la U-6. Neira fue testigo de la entrega de las armas y del acuerdo con los marinos.

El micro se desvió a la Base. “Al llegar a la guardia había lío porque les prometieron llevarlos al penal pero los fugados no sabían que estaba tomado. Estaban recalientes y recriminaban que no se había cumplido lo pactado. Por eso hubo revuelo”.

Neira aclaró que el operativo de esos días trágicos “no era algo muy organizado militarmente”. Él mismo seguía con pantalón de civil, por el apuro.

Jamás escuchó que los oficiales hablaran de la Masacre. Apenas recordó la insistencia del teniente Goff, uno de sus jefes, en pedir la baja. Luego del 22 fue más explícito: “Ahora con más razón la voy a pedir”, le dijo al colimba. #

EL DATO QUE APORTÓ WALTER STEINER

“Nos formaron frente a los féretros”

Pese a que repitió varias veces el “no me acuerdo” y “no tengo ni idea” ante las preguntas de las partes, Walter Carlos Steiner sorprendió a todos cuando aseguró que la mañana del 22 de agosto del 72, los jefes de la Base Zar colocaron los 16 féretros en un costado de la Plaza de Armas -que era de tierra- y explicaron a la formación de conscriptos la versión oficial de los fusilamientos.

“No recuerdo quiénes hablaron ni qué dijeron, pero éramos varios”, afirmó el exconscripto, que hacía trabajo administrativo en la Contaduría de la unidad militar. Según la acusación, colocar los ataúdes a la vista de los jóvenes fue un modo de intimidarlos para que repitieran la versión oficial.

El testigo declaró que los colimbas ya decían que “era difícil que intentaran escaparse, por lo chiquito y el limitado espacio que había en los calabozos”. Era un rumor a voces que dos protagonistas habían sido el capitán Luis Sosa y el teniente Roberto Bravo.

Steiner era el único de los chicos que estudiaba en la Universidad y por eso gozó de permisos excepcionales: por ser de Trelew dormía en su casa y cumplía horario de oficina.

Excepto el día de la fuga y de la toma del aeropuerto. Esa noche del 15 sus padres le avisaron que citaban a todos los conscriptos y regresó a la Base. Quedó acuartelado pero nunca vio a los 19 presos. Estuvo a punto de participar de una rueda de reconocimiento con los militantes. Un oficial hasta le pidió que no se afeitara, pero al final no lo convocaron.

“La noche del 21 llegué y hablé con Jorge Barreto, que estaba de guardia. Me fui a dormir pero esa madrugada no escuchamos absolutamente nada”. Sí le llamó la atención que los soldados se hayan despertado a las 10 y no entre las 7 y las 8, como era rutina.

Apenas se levantó supo de los disparos y las muertes. Todo eran comentarios y rumores. En los pasillos escuchó que había tres sobrevivientes y que pedían estufas eléctricas para calentarlos. Él donó la que usaba en su oficina.

“Luego del 22 y por varios días, en la Base hubo un parate. No hacíamos nada y tampoco sabíamos que hacer”. Steiner no duró demasiado más. Lo mandaron a Ushuaia por avión. Nunca supo por qué. “Era el único que iba a la Universidad y en esa época eso era medio complicado”, declaró. #



INTIMIDADOS. AUNQUE NO RECORDÓ DETALLES, STEINER SÍ DIO CUENTA DE UNA POSTAL QUE NADIE PODRÍA OLVIDAR.

Masacre de Trelew 50 AÑOS

Pasaron 50 años del fusilamiento a 16 presos políticos que se encontraban privados de su libertad en la base aeronaval Almirante Zar Trelew, renovamos nuestro compromiso con la memoria, la verdad y la justicia.

Juan Pablo Luque
Intendente de Comodoro Rivadavia



1972
22 agosto
2022



UN EPISODIO REVELADOR

Horas antes del fusilamiento les ordenaron a los colimbas dejar la guardia e irse a dormir

Lo dijo Carlos Juárez, un exconscripto que vigiló a los guerrilleros en la puerta de los calabozos durante una semana. Los cuidados con los detenidos eran extremos y duraban todo el día. Pero la noche del 21 de agosto una extraña orden mandó a la cama a todo el grupo de soldados.

Se miraron extrañados pero cumplieron la orden y levantaron la vigilancia permanente. Eran al menos 10 colimbas que vigilaban la puerta de los calabozos en la Base. Lo hicieron durante una semana hasta que la noche del 21 de agosto, un jefe les dijo que podían irse a dormir. Esa guardia había sido su trabajo desde que los 19 guerrilleros se rindieron en el aeropuerto y fueron encerrados. El operativo duraba las 24 horas y los concriptos tiraban colchones para dormir allí mismo. Era uno por puerta. Carlos Juárez integró ese grupo de soldados.

Ante el tribunal testimonió que los detenidos nunca fueron maltratados y que gozaban de las 4 comidas diarias, igual que el resto de la Base.

“Todos los días venían médicos para saber si necesitaban algo y les preguntábamos cómo estaban, aunque no había más diálogo que ese”.

Los colimbas sólo dejaban esa exigente guardia para bañarse y regresar. “Usábamos fusil FAL y la orden era custodiarlos y atender sus necesidades”.

Los presos iban al baño de a uno, manos en la nuca y siempre apuntados por los fusiles. También comían con un FAL en la cabeza. “Era norma tener la bala en boca y muchos le

sacábamos el seguro al arma porque no se sabía qué podía pasar”.

Juárez recalcó que “la situación era complicada y difícil y nuestro trabajo era el de cualquier soldado: evitar una fuga y mantenernos vivos”. Las celdas minúsculas estaban hechas para castigar colimbas pero no para alojar detenidos.

Luis Sosa y de Roberto Bravo dijeron que se vieron obligados a sacar a los militantes de sus celdas ya que no se estaban portando bien. Juárez lo desmintió: “Su comportamiento era tranquilo y nunca los escuché gritar ni causar disturbios, como sí pasaba en la Unidad 6 de Rawson”. El testigo vivía en la capital, cerca del penal, y aún recuerda el bochinche de los presos políticos cada noche. Nada de eso oyó en la Base, le aseguró al tribunal.

El 15 de agosto Juárez estaba en el cine de Trelew, de franco. Pero no proyectaron su película: el film venía en el mismo avión que ese día secuestraron los guerrilleros. Regresó de inmediato a la Base. Esa semana visitaron la unidad militar dos taxistas que llevaron a varios guerrilleros desde el penal al aeropuerto el día de la fuga. “Se asomaron por la mirilla de las celdas para reconocer a quienes habían viajado en sus coches y pusieron un cartón para que el detenido no los viera”.

Juárez aseguró que nunca sacaron a todos los presos de sus celdas al mismo tiempo y menos de madrugada. Sólo salían de a uno para estirar sus cuerpos, entumecidos por el encierro. Y que los calabozos tenían radiadores contra el frío patagónico.

Cuando llegó la extraña orden de levantar tanta vigilancia, el testigo se desmayó de cansancio en la cama. “Imagínese que la agarraba después de una semana”, sonrió.

Esa madrugada no escuchó nada. Le pareció raro fue despertarse por su cuenta la mañana del 22 de agosto, cuando la diana de las 6 sonaba siempre puntual para levantar a la tropa. “Había revuelo y yo no entendía nada, hasta que me enteré por los otros soldados”. Hubo un intento de fuga y los mataron a todos, le dijo alguien. Juárez estuvo en esa gran reunión en la Plaza de Armas donde los jóvenes escucharon la versión oficial. Vio las ambulancias y donó sangre para los sobrevivientes, una costumbre que le quedó para el resto de su vida.

“Nunca me enteré ni quise preguntar más acerca de esa madrugada. Siempre pensé que era imposible siquiera pensar en fugarse y yo en su lugar no lo hubiese intentado. Era imposible porque estaban rodeados por un grupo de combate”, concluyó.#



DESMENTIDA. JUÁREZ ASEGURÓ QUE LOS PRESOS NUNCA SE PORTARON MAL.

UNA REUNIÓN RESERVADA DE JEFES Y CONSCRIPTOS

“Al escalofrío lo siento como si fuese hoy”



PIELDE GALLINA. GONZÁLEZ QUEDÓ MUY IMPACTADO POR LOS EPISODIOS.

La noche del 21 de agosto, el conscripto de Infantería Héctor González hizo guardia fuera de la Base, en el polvorín. Pasó la madrugada del 22 despierto pero no escuchó disparos. Sí oyó el aterrizaje de un misterioso avión que no identificó. “Me llamó la atención que al terminar mi turno para irme, a los pies de mi cama había cabos durmiendo donde no era su lugar”. Les preguntó qué pasaba para que durmieran allí. “No sé, creo que mataron a 2 ó 3 de los presos”, contestó uno.

Le pareció raro que esa misma mañana del 22 nadie los despertó temprano, como era rutina. También que el jefe del Batallón de Infantería 4, capitán Alfredo José María Fernández, reuniera a su tropa en una oficina amplia de la Base. “Estaban todos los oficiales: Sosa, Bravo, Troitiño, Galíndez y Goff”, declaró.

Junto con otros colimbas escuchó la versión oficial del intento de fuga. “A mi lado estaba Ondícola y Rubén Zamorano, dos compañeros. Nos miramos con estupor por lo que de-

cía, ¿cómo se van a escapar si nosotros en persona los custodiábamos? Hasta hoy siento el escalofrío que nos corrió, parece que fuese ahora”. Reveló a otros dos guardiamarinas presentes esa tarde: Aristimuño y Menéndez. Y recordó a Jorge Campos y un tal Landriel, colimbas que escucharon lo mismo. Los concriptos dudaron de la explicación. “Los presos ni siquiera pensaron en escaparse por razones muy simples: lo estrecho del pasillo y la cantidad de hombres apostados en todos los puestos de guardia. Fugarse era un movimiento imposible”.

González vio mucho movimiento en la unidad, de hombres y de ambulancias. “Los días que siguieron el ánimo no estaba muy bueno, el asunto estaba medio bravo”, graficó. El malhumor de los oficiales era visible. “Una mañana el teniente Bravo nos pegó un baile en la Plaza de Armas que mamita querida”.

De a poco esos jefes fueron trasladados. Los reencontró un par de meses después. “Era un ejercicio militar

en Infierno Verde, en Bahía Blanca; parecía una película de guerra con todos los infantes juntos y allí volví a ver a Sosa, Bravo, Troitiño y Galíndez como jefes de otras divisiones”.

El 15 de agosto, por la toma del aeropuerto, González fue citado de urgencia como el resto de los colimbas. Vigiló fuera del edificio, en posición de tiro. Anotó en un cuaderno las armas que entregaron los guerrilleros y hasta borró de los vidrios de la confitería lo que escribieron los militantes con lápiz labial, leyendas como “ERP” y “Montoneros”.

Regresó a la Base y quedó acuartelado. Hizo guardias de tres horas en el primer pasillo, antes de llegar a las celdas. Nunca escuchó disturbios de los presos. “Cada vez que pasaban rumbo al baño los detenidos iban esposados y con las manos en la nuca. Me tocaba ir detrás apuntándoles con el fusil, con bala en boca y un cargador extra pegado con cinta adhesiva para recargar rápido por si ocurría algo. Era una orden superior”.#

LA AUDIENCIA CON MÁS CONTRADICCIONES EN EL JUICIO

El testigo que discutió con la querrela, negó haber estado en la Masacre y quedó al borde del careo

Jorge Barreto era guardiamarina y aseguró que ese día estaba de inspección en Madryn. Pero dos personas dijeron que charlaron con él la noche del 21 de agosto y la madrugada del 22, minutos después del fusilamiento. El tribunal hasta debió pedirle que no se fuera de la zona. Sosa y las copas de más.



PUNTO FIJO. BARRETO Y UNA DE LAS DECLARACIONES MÁS DISCUTIDAS.

Sólo en una ocasión vez en el juicio por la Masacre de Trelew, tras su extensa declaración el tribunal debió pedirle a un testigo que no abandonara la zona ya que podría ser convocado nuevamente para aclarar versiones contradictorias. Se trata de Jorge Barreto, exguardiamarina de la Base Zar que a punto estuvo de carearse con otro testigo.

El hombre aseguró que el 21 y el 22 de agosto no estuvo en la unidad militar ya que había sido enviado a inspeccionar el Apostadero Naval de Puerto Madryn. Pero otras dos personas advirtieron que por el contrario, la noche anterior y la madrugada de los fusilamientos Barreto hacía guardia y hasta habló con ellas.

Por un lado, el excolimba Carlos Steiner le dijo a los jueces que el 21 llegó a la Base y conversó unos minutos con Barreto antes de irse a dormir. Y en su declaración de 1973, el contador Raúl

Herrera contó que minutos después de los fusilamientos salió de la zona de calabozos y le pidió a su subordinado Barreto que alertara al resto de los oficiales. El dato figura en la causa civil que inició la familia de la fusilada María Berger, documento que halló y aportó la Armada Argentina.

El testigo negó ambas afirmaciones y las atribuyó a errores subsanales si se revisan los libros de guardia, que nunca aparecieron.

Finalmente no sucedió pero casi fue obligado a confrontar su versión con la de Steiner y con el testimonio de Herrera. "Le voy a pedir que no deje la zona porque es posible que lo necesitamos para otra diligencia de aclaración", le advirtió el presidente del tribunal, Enrique Guanziroli. "Vivo en Trelew hace 40 años y no pienso irme", sonrió el testigo.

En la audiencia en el Cine Teatro "José Hernández" de Rawson, Barreto mostró nerviosismo y cruzó discusiones e ironías con el querrelante Eduardo Hualpa. Es que el testigo no terminó de precisar si regresó de Madryn el mismo 22 o el 23. Tampoco definió en qué momento se enteró de la balacera. Esto generó contrapuntos.

-Me cuesta creer que ante un hecho tan importante no lo recuerde, dijo Hualpa.

-Pasaron 40 años y hasta hoy no sé qué sucedió ahí.

-Puede no saber lo que pasó en la Base, pero la pregunta es si sabe lo que hizo usted el 22, el 23 y el 24 de agosto...

-En términos generales sí pero no me pida la hora exacta que me levanté o que me enteré, o cuando me dieron las versiones. No es fácil contestar con precisión.

-Yo le pido la verdad, nada más. No puede no recordar si volvió el día de los hechos u otro día.

-Usted se está poniendo en mi lugar, le digo que yo no me acuerdo.

-No, le pregunto desde el lugar del querellante.

Barreto declaró que el jefe de la Base, Rubén Paccagnini, nunca quiso recibir al grupo de presos. Y que la noche del 15 de agosto discutió largo y tendido con un superior por teléfono antes de aceptar la orden. "Vi la llegada de los micros con los detenidos: era una larga columna de vehículos militares pero quedó parada largo rato en la barrera", dijo.

Un auto se estacionó en el playón y abrió su baúl. "Llevaba las armas que entregaron los guerrilleros y había pistolas Browning 9 milímetros que veíamos por primera vez. Ni nosotros teníamos ese armamento".

Paccagnini, según su versión, quería devolver al grupo a la Unidad 6 de Rawson porque la Base no estaba preparada para alojarlos. "Le dieron la orden o lo convencieron. Eso siempre le molestó porque trató de que no entraran", deslizó Barreto.

Desde ese día "se trastocó todo el sistema de guardia" en la unidad. Se montó un operativo inédito, reforzado como nunca antes. "Hubo jefes de guardia, médicos de guardia y hasta choferes de guardia, que nunca tuvimos. Todo el mundo estaba acuartelado y a la orden".

Esa vigilancia se dedicó exclusivamente a los presos y dependencia del Batallón de Infantería de Marina 4, cuyo segundo jefe era el capitán Luis Sosa. Funcionó en paralelo a la guardia de rutina y estaba "casi aislada del resto de la Base".

Esa semana un avión Hércules trajo a Trelew a policías federales. Comían con los oficiales locales y se distinguían del resto: "Sabían quiénes eran los presos, su prontuario y en qué enfrentamientos habían participado. Lo tenían totalmente claro y en cambio en la Base no teníamos idea de los guerrilleros".

El clima era "bastante extraño". La costumbre de los jefes más antiguos era estar con sus familias, no acuartelados para vigilar a guerrilleros. "Con los días se notó su malestar y el disgusto. Para los que éramos más jóvenes no era extraño porque casi vivíamos ahí".

Su hipótesis del 22 de agosto es que los jefes, acuartelados, no se dormían temprano y se aburrían de mirar TV, charlar y jugar a las cartas en la Cámara de Oficiales. Se decía que estaban hartos, "podridos" de estar ahí sin volver a casa.

"Quizás se tomaron un par de copas de más y para mí, Sosa les dijo vamos a inspeccionar los calabozos,

aunque quienes lo acompañaron no tenían nada que hacer ahí. No tuvo nada que ver con un procedimiento militar razonable. Era incomprensible que un jefe cometiera un error tan grosero de sacar a todos los presos juntos a un pasillo. Nunca se había hecho y llevó a ese resultado. Hasta hoy no me explico qué le pasó a ese hombre". Para Barreto algún chispazo con los presos causó el primer disparo.

Al jefe de la Base se lo vio abatido. Paccagnini sabía que por su jerarquía era responsable y "el más perjudicado", haya participado o no. "Estaba nervioso y apesadumbrado, no comprendía cómo había sucedido y al igual que el resto de los oficiales que no tuvieron nada que ver se preguntaba por qué había recibido a presos que no tenían que estar allí. Para nosotros y para los oficiales él no tenía la más mínima idea de lo que sucedería".

El testigo admitió que la versión oficial "nunca nos cerró ni nos quedó clara" ya que "era incomprensible que sucediera eso si se hubiesen seguido los procedimientos razonables para verificar celdas".

Barreto vio impactos en el fondo del pasillo y sus paredes laterales pero no aseguró que fuesen disparos "porque no soy experto". Pero en su primera declaración de 2007 había sido más contundente: "Eran más de 15 balazos en el fondo de más de un cargador". "¿Yo dije eso?," preguntó en voz alta cuando le leyeron el expediente. "Quizás me excedí", se justificó.

Conciencia

Y para terminar afirmó: "Mi conciencia me dice que debería decir algo pero no sé si conviene".

-Debe decirlo sin reticencia y más si se lo dicta su conciencia, lo miró el juez Pedro De Diego.

-Para mí todo esto fue una gran equivocación del capitán Sosa con la colaboración de uno o dos más, hasta le diría de uno nada más. El resto no tenía ni idea porque lo sucedido ni tuvo ningún viso de planificación de ningún tipo y no obedecieron ninguna directiva, más allá de la ocurrencia de Sosa de meterse en los calabozos y hacer eso. Fue todo tan improvisado y de tan poco profesionalismo que únicamente pudo ser un gran error de Sosa con ese tipo de procedimiento. Los otros oficiales ahí, como Herrera o Del Real, fueron porque se los pidió. Ahí se armó el despiole y terminaron involucrados cuando ni siquiera debían estar en ese lugar porque no correspondía. Es mi impresión tras 18 años en la Armada y 10 en la Base. #

UN TESTIMONIO EN CARNE PROPIA

“Vi cuerpos amontonados uno encima del otro, acribillados y hechos un colador de tiros”

Esa madrugada de agosto Agustín Magallanes se despertó por lo que describió como interminables ráfagas de metrallata. Quedó impactado al ver cuerpos baleados y sobrevivientes que se arrastraban por los calabozos con quejidos de dolor. Su confesión ante Ilda, la viuda de Rubén Toschi.

Desperto a la fuerza, la madrugada del 22 de agosto del '72 Agustín Magallanes vio un grupo de oficiales discutiendo a los gritos en la entrada de los calabozos de la Base. Aprovechó para colarse por el pasillo angosto y quedó mudo. “Vi los cuerpos amontonados tirados en el piso de la entrada, los detenidos inmóviles uno encima del otro, acribillados, hechos un colador de tiros. Al fondo del pasillo había sangre, algunos se arrastraban y se escuchaban quejidos de dolor”.

Se encontró a su jefe, el teniente Roberto Bravo, que prendía un cigarrillo sentado en un banco largo, ya fuera de la zona de los presos muertos. Habían pasado minutos de los disparos. Se llevaba mal con Magallanes. “Le pregunté qué había pasado y me contestó una incoherencia: ‘Acá se termina mi carrera’, me dijo. Luego me maltrató y me echó. Fue una cosa impactante y traumática que me afectó”.

El testigo declaró 3 horas y media con detalles clave para la causa. Era oficial de la Infantería de Marina y otro de sus superiores era el capitán Luis Emilio Sosa. Esa madrugada Magallanes dormía a pocos metros del lugar. Lo despertaron las ráfagas. “Fueron muchísimos tiros de secuencias muy largas, lo cual no era habitual porque lo que se aconseja son ráfagas cortas e interrumpidas. Era como si se hubiesen prendido al disparador de la ametralladora y no que a alguien se le haya escapado un disparo”.

Corrió a la guardia apenas vestido, junto con otros compañeros. Pensó que era un ataque a la Base. En el hall del edificio principal vio mucho desorden y gritos. Todos iban y venían. El lío era tal que a nadie se le ocurrió prender las luces. Se encontró con un suboficial de guardia. “Estaba refugiado en un rincón, arrinconado y asustado. Fue el primero que me dijo que los tiros venían del calabozo”.

Alguien alertó por teléfono al jefe de la unidad, Rubén Paccagnini, quien llegó y empezó a discutir y repartir órdenes a los gritos. “Entró rápido y exaltado. Nunca lo había visto así. Pidió desalojar porque había muchos curiosos, como si fuese un accidente”. Magallanes aseguró que el único que trató de tranquilizar a la tropa fue el jefe de la Infantería de Marina, Alfredo Fernández.

En cuanto pudo llegó a los calabozos. Atravesó la discusión de los oficiales. Ya había médicos y enfermeros. Y cadáveres tirados con los pies sobre el pasillo y el tronco dentro de la celda. “El médico iba persona por persona tomando el pulso con un estetoscopio y un maletín, me pidió ayuda y tuve que correr los cuerpos



DECLARACIÓN. MAGALLANES Y UN TESTIMONIO DE PRIMERÍSIMA MANO.

de la entrada para que pudiera pasar. Los corrí, el médico pasó y se dedicó a los que estaban heridos. Ninguno había salido del pasillo”.

La ropa de los guerrilleros estaba rota por varios impactos de bala. Era fácil darse cuenta porque no estaban muy abrigados. Colaboró en la escena hasta que alguien lo echó.

Primero el testigo fue contradictorio y casi no había dado estos detalles. Hasta que el fiscal federal Fernando Gélvez exigió que se leyera su primera declaración de la causa, repleta de datos. “No puede ser que le falle la memoria justo ahora”, se molestó. “Si lo dije en esa ocasión lo sostengo. Sucede que no quiero resultar perjudicado por una palabra mal dicha ni confundir lo que realmente recuerdo con lo que leí luego acerca de los hechos”, se justificó Magallanes, temeroso del falso testimonio.

Participó de la reconstrucción del episodio en los calabozos que ordenó el juez militar, Jorge Bautista, el 23 de agosto. Un fotógrafo subido a una escalera registró el simulacro y un uniformado lo escribió a máquina, paso por paso. Sobre una mesa, las armas que se usaron. Se ubicaron como tiradores fueron Bravo, Emilio Del Real, Carlos Marandino y Marchand. Los dos primeros con pistola, los otros con metrallata. Ni Sosa ni el contador Raúl Herrera portaron armas.

Ese día Sosa relató la versión oficial ante Bautista, que Magallanes escuchó de primera mano: el capitán había pasado entre la fila de presos, le manotearon el arma, forcejeó y ordenó a los otros cuatro disparar. Ante el juez militar esos cuatro admitieron haber abierto fuego. Sosa se zambulló en un calabozo para no ser herido. “Sin embargo el pasillo era muy angosto y hombro contra hombro no cabían 3 personas, de eso estoy seguro”, aclaró Magallanes. “Yo cerré los ojos porque simulaban apuntarme a mí y eso me impresionó”. Otros militares presenciaron la reconstrucción de Bautista.

El día de la Masacre, como sucedió con todas las jerarquías, Magallanes y otros oficiales fueron reunidos por Fernández en una oficina de la Base. Oyeron la versión oficial del intento de fuga. “La creí pero luego de la reconstrucción esa hipótesis entró en crisis. Yo no hubiese pasado armado entre dos filas de gente peligrosa”, le dijo al tribunal. “No es lógico porque la única forma de pasar era tocarse y el consejo es poner distancia siempre”.

El testigo describió a Sosa como un militar “de esos que les gusta mortificar el cuerpo del resto de la gente para forjarse y hacerse más duro”. Magallanes era responsable de mantener el parque automotor de la Base. Pero

igual el capitán lo hacía correr diez kilómetros cada mañana.

Sosa y Bravo se esfumaron de Trelew. Nadie se atrevió a preguntar por ellos. “Desaparecieron, dejaron de ejercer sus mandos y lo pude notar porque el contacto con ellos era parte de nuestra rutina y por ejemplo, Bravo era quien recibía mi parte diario”, graficó Magallanes.

Entre ambos jefes “había una relación muy estrecha y se llevaban muy bien; coincidían en la manera de conducirse y de hacer las cosas. Siempre estaban de acuerdo y Bravo solía apoyarse en Sosa, por lo cual no había posibilidad de modificar ni recurrir las decisiones que se tomaban”.

El personal de la Base se sorprendió al enterarse de la presencia de Herrera en los calabozos esa madrugada. “¿Qué hacía un contador en actividades ahí? Nos daba curiosidad porque no era habitual. Todo lo que pasaba era bastante anormal y traté de vivir en silencio todo lo que me tocó pasar”.

Magallanes confirmó lo que otros testigos contaron: Sosa fue el responsable de elegir y organizar a los hombres que serían parte de una guardia especial para los guerrilleros. Ese cuerpo sólo le respondía a él. “Separé a un grupo que se dedicaría a eso y no saldría de la Base. Él decidía quién saldría a rastrijos y controles de tránsito y quiénes se quedaría al control de los detenidos”.

Magallanes fue el primer testigo en confirmar que el día de los fusilamientos aterrizó en la Base el jefe del Estado Mayor Conjunto, vicealmirante Hermes Quijada. También el capitán de navío Horacio Mayorga, jefe de Operaciones en Puerto Belgrano. De él dependían las bases de esta parte del país. Otro que llegó a Trelew fue el comandante de la Infantería de Marina, cuyo nombre el testigo olvidó. No quedó claro si compartieron avión o llegaron por separado. Pero todos estuvieron unas pocas y misteriosas horas.

Ilda Toschi, la viuda de Rubén, una de las víctimas, encaró a Magallanes apenas bajó del escenario. Se presentó. El militar retirado se desorientó un poco. “Mire, disculpe que lo interpele así pero quiero saber cuál es su opinión de lo que pasó aunque los jueces no se lo hayan preguntado”. El hombre la miró y señaló un libro que llevó bajo el brazo en todo momento en su declaración. “Señora, lo que yo opino es exactamente lo que está escrito acá, que para mí es lo que pasó, no tengo dudas”. Era “La patria fusilada”, de Paco Urondo, la entrevistada a los 3 sobrevivientes, una especie rara en manos de un capitán de navío retirado. En varias ocasiones el testigo dijo que varios detalles del 22 “ahora los sé gracias a este libro” #

LA VERSIÓN DEL EXCOLIMBA HERALDO TORNÉ

“Una chica rubia daba impresión por cómo gritaba que por favor la mataran”

El excolimba Heraldo Torné aseguró que el 22 de agosto a las 17 estuvo 5 minutos en los calabozos y vio varios de los cuerpos. “Saltaba la sangre cuando los daban vuelta y me impresionó porque le tengo miedo a la sangre”. Los enfermeros los cargaban en camillas y se los llevaban al hospital de la Base en una ambulancia.

El testigo iba seguido al hospital. Su próximo destino era la Antártida y estaba obligado a operarse de apéndice. “Vi a una de las presas, una chica rubia llena de sondas que gritaba que por favor la mataran, de una forma tal que daba impresión”, relató. “Parecía sedada y bastante deteriorada”.

Los jefes del Batallón de Infantería solían reunir a los colimbas para preguntarles su opinión de lo sucedido. “Un chico porteño lo encaró al capitán Sosa y le preguntó por qué los habían fusilado. No lo volví a ver. Por eso nunca pregunté nada. El pato lo pagaban los colimbas”.

Recordó a Rubén Paccagnini, el jefe de la Base, como “una persona correctísima que no tuvo nada que ver”. En cambio, “Sosa y Bravo eran insoportables cuando estaban de guardia”.

La Infantería hizo circular internamente la versión oficial del intento de fuga. Hubo reuniones diarias. “Era imposible que se escapen y más con la seguridad que había. Intentaron inculcar esa versión entre la gente para salvarse ellos, porque decían que en 5 años nadie se acordaría”.

La Infantería tenía como cabezas visibles a Sosa y Bravo. Trabajaban independientes del resto de la Base. “La Infantería es la clave de lo que pasó”, dijo. Torné advirtió que “el 90 por ciento” de los conscriptos debió ver los calabozos baleados. “En el 73 yo los vi y las marcas aún estaban. Tenemos que ser bien claros: todos los colimbas tenían que pasar por ahí porque estaba la oficina de armas y tienen que haber visto las celdas. Incluso algunos se sacaron fotos”. Ob-

servó marcas de balazos dentro de los calabozos, en los laterales y el fondo del pasillo, “a la altura de la cintura”.

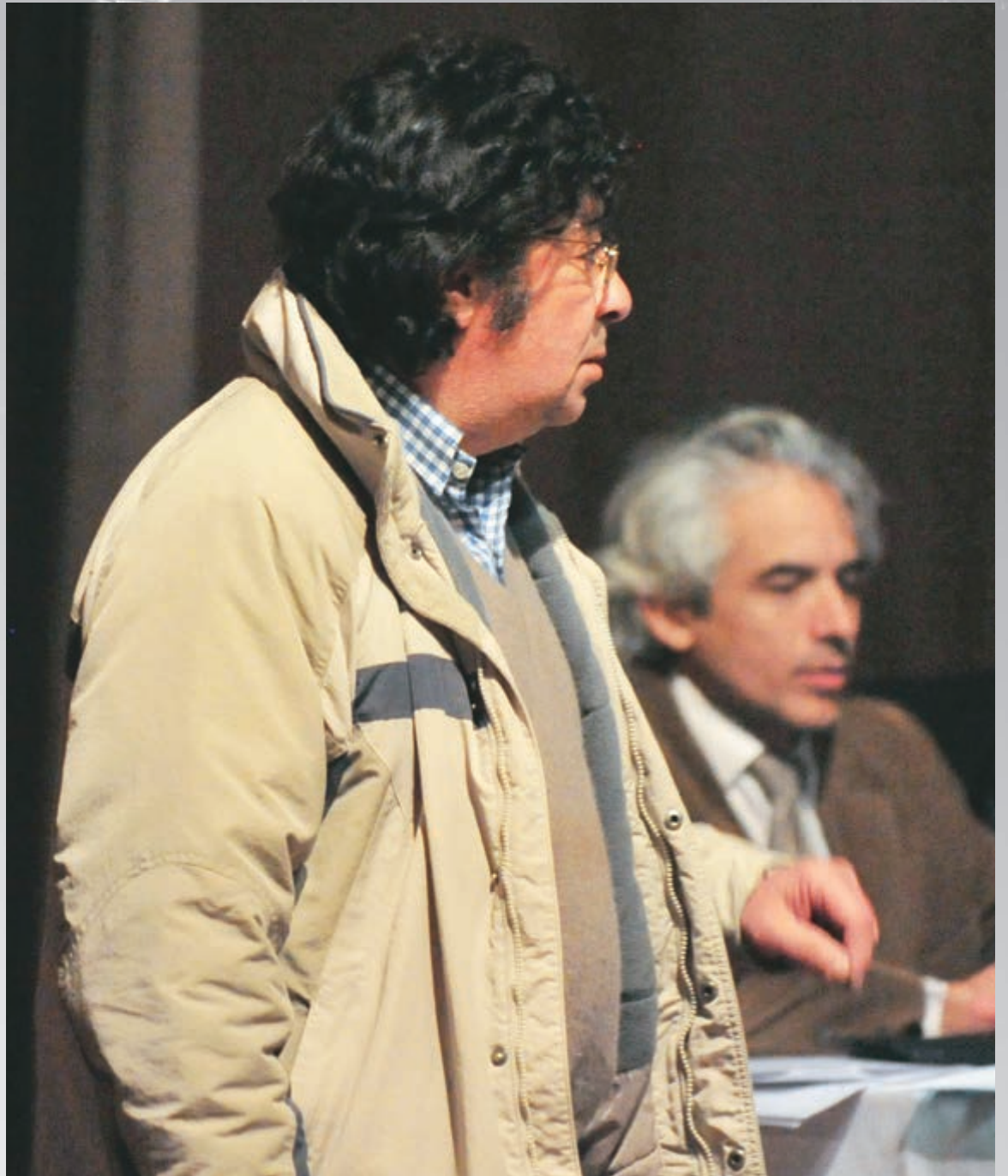
Cuando los guerrilleros quedaron encarcelados en la Base “la convivencia tomó otro color”. El personal completo “se abocó a recargar las guardias”. Notó “susto y nerviosismo” entre los suboficiales. “Había descontrol y anarquía al organizar las guardias porque no sabían a quién poner”. Por eso hubo soldados que hicieron turnos de hasta 24 horas. “Hubo un movimiento distinto al de otros días”.

Torné escuchó el rumor interno de que se había levantado la guardia especial en los calabozos. “La madrugada del 22 no escuché nada y a las 8 otro conscripto me despertó y me avisó: Mataron a los muchachos. Yo no lo podía creer”.

Torné insistió con la existencia de un tal “Morales, capitán de corbeta o de fragata” que estuvo involucrado. “Me llama la atención no haber leído su nombre en ningún lado. Esa noche estaba con Bravo. Siempre andaban juntos y les decíamos Trique y Traque (personajes de historieta de la época)”.

El tal Morales integraba el grupo de Infantería de Sosa y se preocupó por saber la opinión de los colimbas sobre los fusilamientos. “Era una de las cabezas visibles y no sé si no manejaba el tema incluso más que Sosa. Con ellos de guardia la Base se manejaba de forma más estricta y muy militar”.

El testigo también reveló el nombre de Rogelio Luna, un colimba que era el carpintero de la Base. Trabajaba en un sótano donde muchos iban a matear. “Contó que tras la masacre, un cabo 2° se rechifló. Esa noche levantaron la guardia y quedaron los oficiales pero con él dentro. Al otro día fue a tomar mate con Luna y lo notó fuera de sí, enloquecido, descontrolado por ver el desastre que le había pasado. No era el mismo”. Ese cabo era Carlos Marandino. #



INOLVIDABLE. TORNÉ VIO A UNA “CHICA RUBIA, LLENA DE SONDAS” QUE PEDÍA QUE POR FAVOR LA MATARAN.



DESCRIPCIÓN. SILVETTI DIJO QUE EN LA UNIDAD MILITAR FLOTÓ UNA “PSICOSIS” TRAS LOS FUSILAMIENTOS.

LAS MARCAS DE LOS BALAZOS

“El tamaño de un dedo chico”

En 1972 Alberto Silveti era radiooperador aeronaval de la Base. Aunque esa semana trágica le tocó vacaciones, es uno de los pocos testigos que conoció los calabozos antes y después de la balacera. Los describió atravesados por “un pasillo angosto de no más de dos metros y sin mucho espacio”. Tras su descanso regresó al trabajo en septiembre. Dentro de la unidad militar “eran todos comentarios y la psicosis se mantenía fuerte; me imagino lo que habrán sido los primeros días si cuando volví ya había reticencia para hablar del tema”.

Visitó el lugar de las muertes y vio las huellas de balazos en el fondo de ese fino pasillo y en la parte superior de los calabozos. “El hueco de las marcas tenía el tamaño de un dedo chico”, describió. Según Silveti, “en el aire se notaba que de eso no se hablaba”. Una especie de “nos llevamos todos bien mientras no hablemos de eso”. Explicó que desde el punto de vista humano “se percibía que algo había pasado, era inevitable sentirlo entre los compañeros y el personal de cuadro, algo que no era de agrado ni para comentarlo. Era una imagen de silencio”. #



BOQUIABIERTOS. ASÍ QUEDARON CELI Y OTROS CONSCRIPTOS AL PRESENCIAR EL MANEJO DE LOS CADÁVERES PARA LLEVÁRSELOS DE LA BASE LUEGO DE HABER SIDO ACRIBILLADOS DE MADRUGADA.

OTRO RELATO IMPACTANTE

Para sacarlos de las celdas a los cadáveres los apilaron en la caja de dos camiones militares

Lo aseguró el exconscripto Carlos Celi. Dijo que los cuerpos de los guerrilleros fueron sacados a mano por la puerta trasera del edificio, sin camillas y sin mayor cuidado. Algunos iban vivos. Por el olor que despedían, el avión que los sacó de Trelew debió despegar con una puerta menos.

Los cadáveres los sacaron del edificio de guardia uno por uno, por la puerta trasera. Un cabo los tomaba de las piernas y otro de los hombros. Los apilaron desordenados en las cajas de dos camiones verde militar. Se acomodaban como se podía. Carlos Celi y muchos otros colimbas acuartelados miraban boquiabiertos, parados en la Plaza de Armas de la Base. “Ya está, váyanse, se terminó el espectáculo”, les gritó un oficial cuando el trabajo acabó y antes de subirse a un camión. Era el mediodía del 22 de agosto.

La noche del 21 Celi durmió bien. Lo despertó temprano el murmullo de la cantidad de gente revolucionada afuera. Cruzó la plaza cuando se iniciaba el operativo de despeje de cuerpos. “Iban apilados uno encima del otro, vestidos, y se notaban los balazos”. Contó al menos 18 cuerpos; los sobrevivientes iban mezclados con el resto.

Reconoció a María Antonia Berger. “Se la distinguía por su gran contextura física y tenía puesto su gamulán. Me llamó la atención porque la lana de la tela estaba salida hacia fuera por efecto de los disparos”. No la identificó por su nombre pero también vio a Ana María Villarreal de Santucho. “Era una chica muy bajita que iba de encargue”. Su forma de decir embarrada. El testigo los veía pasar al baño, de a uno y custodiados con armas, frente a su oficina de guardia, enfrentada a los calabozos. Todo a cargo de la Infantería de Marina, responsable de la guardia de los guerrilleros. “No era para nada habitual”, afirmó.

Desde la torre de control el testigo contempló cómo cargaban los féretros en un DC 3 de la Armada Argentina. “Sacaron la puerta del avión y mi compañero me dijo: es la primera vez que veo despegar un avión sin la puerta. Quizás era por el olor que despedían los cuerpos”.

Desde la misma torre, el día de la balacera vio bajar al vicealmirante Hermes Quijada, jefe del Estado Mayor Conjunto. Fue el único alto jefe militar que observó aterrizar. “¿Cómo sabe que era él?”, le preguntaron en el juicio. “Uno se da cuenta porque estaba lleno de galones”, graficó.

Una semana antes de los fusilamientos le habían pedido que se vistiera de civil para mezclarlo con los presos en una fila de 20 personas, en el hall, para una rueda de reconocimiento. Los marinos sellaron las ventanas de una oficina con papel e improvisaron una mirilla para mirar la fila desde adentro. “Nadie de ellos habló y estaba todo en silencio”. Por esta participación Celi pudo reconocer sus cuerpos luego.

Al capitán Luis Sosa y al teniente Roberto Bravo no se los encontró más. En cambio al jefe de la Base, Rubén Paccagnini, “lo vimos muy mal anímicamente y desde afuera

de su oficina se lo escuchaba solo como reputaba y gritaba: cómo me va a pasar esto a mí. Los concriptos siempre creímos que no tuvo nada que ver ni tuvo idea de nada de lo que iba a pasar”.

Celi solía hacer guardia cerca de los calabozos. Jamás observó maltrato a los guerrilleros. El día que pudo regresar “vi el revoque de las paredes saltado y destruido, y marcas de tiros por todos lados”. El testigo los ubicó en las paredes, en los costados y hasta en el techo. “Había cerca de 50 picaduras”.

La tragedia cambió todo para los colimbas. “Antes de eso salíamos a Trelew de uniforme y los vecinos nos trataban bien, pero después nos reputaban, nos decían de todo y nos escupían. Tuvimos que empezar a salir de civil”.

Un mes después él y otros concriptos se iban de baja. Un superior los reunió en el comedor de la Base

cuando ya estaban cambiados para irse para siempre. “Nos sentaron y nos leyeron un diario local con la versión oficial de la fuga”. El tribunal le hizo escuchar el comunicado oficial que el Estado Mayor Conjunto distribuyó por esos días. Celi reconoció el texto. “Nos dijeron que eso era lo que había pasado y que era lo que teníamos que decir. Se caía de maduro que era una orden”. Esa instrucción se las dio el segundo jefe de la Base, Hipólito Colombo.

“Íntimamente siempre pensé que nunca se podrían haber escapado porque la Base era un lugar cerrado, sin salida –reflexionó-. Era imposible porque la guardia se reforzó. Me queda la bronca de que ninguno de ellos esté en cana y que los hayan fusilado así. Esa bronca me duró siempre y aún hoy. Para mí la orden vino de Buenos Aires porque todos los operativos pertenecieron a la Infantería de Marina y todo lo manejó Sosa”.#

UNA CRONOLOGÍA INÉDITA

Un túnel de escape que nunca se terminó y la increíble historia del fusilado que no fue

De la cárcel de Rawson escaparon 25 personas. El número 26 era Luis Ortolani, que se salvó de la Base Zar gracias a la única falla de la fuga. Escuchó el relato de los sobrevivientes y le contó al tribunal cuál fue el primer plan de los presos. Fue el hombre que negoció la entrega del penal capitalino.



EL DESTINO. ORTOLANI ESTUVO A UN PASO DE QUEDAR PRESO EN LA BASE ZAR PERO UNA SEÑAL MAL INTERPRETADA PARADÓJICAMENTE LE SALVÓ LA VIDA. LUEGO DEBIÓ NEGOCIAR LA ENTREGA DEL PENAL.

Luis Ortolani fue preso político en mil cárceles hasta que tras su fuga frustrada de la U-6 de Rawson, en el penal de Villa Devoto se encontró con Ricardo Haidar y Alberto Camps, sobrevivientes de la Masacre de Trelew. Se los notaba distintos del resto de los detenidos. Por separado, cada uno le contó su versión de la madrugada del 22 de agosto. Y el testigo se lo reveló al tribunal.

“Ambos me relataron lo mismo: de madrugada les ordenan hacer el mono y formar porque los trasladaban a Rawson. Habían sufrido muchas vejaciones, como barrer desnudos”, describió. El “mono” era el montón de ropa y mantas anudadas.

Formaron fila. “En la penúltima celda estaba Camps con Mario Delfino, mi cuñado; Carlos Astudillo estaba con Haidar”. Desde el fondo, Haidar y Camps oyeron la metralla. “Creyeron que era una intimidación hasta que vieron caer a quienes estaban delante”. Pensaron “es un asesinato en serio” y se tiraron en sus celdas.

Vino silencio, lamentos e insultos. Luego tiros de .45. “Están rematando”, supieron. No tenían salida. “Camps me dijo que se despidieron de una manera sencilla. Tirados en el piso se dijeron Chau compañero, esta es la boleta”.

Alguien entró y les preguntó si iban a declarar. “Se les ocurrió decirle que sí y le rompieron el esquema al oficial, que no tiró; pero entró otro y disparó sin preguntar”. Haidar, muy corto de vista, usaba culos de botella. “El tiro me hizo girar completamente sobre mí y caí de rodillas con el cuerpo sobre la cucheta”, le contó a Ortolani. “Vio cómo se formaba un charco de sangre debajo de él y escuchó silbar el aire de sus pulmones. Se dio cuenta de que un tiro se los había atravesado”. Dudó: si estiro la mano para buscar los lentes, me rematan.

Un segundo después oyó voces nuevas, recién llegadas pero de gente de la Base. “Preguntaban qué pasó y les respondían que hubo un intento de fuga”.

Haidar notó a alguien de guardapolvo blanco y se quejó para que notaran que vivía. Se desmayó sobre una camilla y se despertó en el Hospital Naval de Bahía Blanca, donde “se portaron muy bien y gracias a eso sobrevivieron”.

¿Los presos políticos pudieron pensar en una fuga espontánea?, preguntó el juez Enrique Guanziroli.

—No, en absoluto, no improvisan nada. Nunca se hace una fuga sin planificar y sin apoyo y aprobación del exterior.

Otro dato estremeció al público del Cine Teatro “José Hernández” de Rawson: el 15 de agosto, cada preso político tenía un número de orden para la fuga. Eran 116 en total. Los 6 primeros eran los líderes guerrilleros que volaron a Chile. Los siguientes 19, el grupo fusilado. El siguiente, el número 26, era Ortolani, que salvó su pellejo gracias a que el camión de escape nunca llegó. Un fusilado que no fue. El número 25 lo llevó Delfino, su cuñado, hermano de su esposa Liliana Delfino.

El testigo recordó que cuando llegó preso a la U-6 el plan de escape era otro: un túnel que comenzaba en la celda de Humberto Toschi. “Era el calabozo más austral y cercano al muro, pero cavar era muy difícil por el suelo gredoso”. Las presas cosieron bolsas de tela para guardar la tierra, en forma de mochilas al revés. En el fútbol del recreo los hombres la tiraban en la cancha, disimuladamente, como en las películas. “Se anuló porque ese plan era absolutamente inviable: con tanta tierra se hubiese formado un paredón y muy pocos hubiesen logrado escapar”. Ese túnel se descubrió intacto años más tarde, en una requisita a presos comunes.

Se decidió tomar el penal desde adentro. Los detalles eran claves. “De-

bía haber luz y por eso no se podía hacer en pleno invierno; debía ser un feriado para que haya taxis y remises disponibles y menos personal en el penal. Por eso se eligió el 15 de agosto, Día de la Virgen”, le contó al tribunal. Y debía trabajar el guardiacárcel Facio, el celador que ayudó a los guerrilleros a cambio de plata.

Llegó el día. Astudillo tocó en la guitarra la zamba “Luis Burela” y fue la señal del inicio del operativo. Mario Santucho y Marcos Osatinsky tomaron de rehén a un guardia y abrieron puerta tras puerta. Afuera del penal esperaron el transporte convenido.

“El primer camión lo manejó Jorge Lewinger. Según su versión retrocedió porque vio la señal del fracaso de la fuga. Pero tuvo miedo o se confundió porque no existía tal señal”.

El segundo camión lo manejó Jorge Marcos. “No supo qué le pasó a Lewinger y lo obligó a volver, pero el penal ya estaba rodeado”.

En la salida abrazó a su cuñado Delfino antes de subirlo al taxi. “Le dije de mi alegría de que pudiera irse aunque luego la realidad determinó lo contrario y hace 40 años que descansa en el cementerio La Piedad, de Rosario. Este testimonio es en su homenaje”.

La noche del 15 de agosto Ortolani negoció con la represión la entrega de la cárcel de los que quedaban. Se armó una barricada con muebles. Hubo 25 penitenciarios rehenes. “Si decidían tomar el penal por asalto yo era el primer muerto”. Parlamentó toda la madrugada. “Si los militares entraban hubiese sido una masacre; los presos decidimos que esa noche no muriera nadie pero si asaltaban estábamos dispuestos a resistir y sabíamos hacerlo. Era una tensión infernal”. Él de un lado de la barricada; del otro los militares y un capellán. Se escuchaban sin verse.

A las 7.30 del 16 de agosto los militares aceptaron sus condiciones. A las 8 volverían a sus celdas y entregarían las armas a cambio de vivir. “Nos advirtieron que entrarían a las 8.15 y si veían alguno afuera, abrirían fuego”. Ambas partes cumplieron.

El régimen carcelario se volvió durísimo. Las requisas fueron a fondo y los guardiacárceles quemaron guitarras, libros y muebles en la canchita de fútbol. Los dejaron con lo puesto.

Ortolani fue un cuadro del Partido Revolucionario del Pueblo, con historia de picana y simulacro de fusilamiento. De Rawson terminó en Devoto, donde escuchó a los dos sobrevivientes. #

PIEZA CLAVE PARA LA CAUSA

Miguel Marileo, el funebre

Los recuerdos del cadáver cosido de Pujadas, los tres balazos en un vientre embarazado y el tiro de gracia en la nuca de María Sabelli.



“NO ME VOYA CALLAR NUNCA MÁS”. MARILEO, EL HOMBRE QUE COLOCÓ LOS CUERPOS Y SELLÓ LOS CAJONES, TRAS OBSERVAR LAS TREMENDAS HERIDAS DE MUERTE QUE DEJARON LAS AMETRALLADORAS.

En 1972 Melluso era la única empresa fúnebre de Trelew. La tarde del 22 de agosto, su empleado Miguel Marileo escuchó que un grupo militar entró al local y compró 16 ataúdes. Ayudó a cargarlos en el camión de culata de la Base Zar. “Pagaron y se fueron”, le contó al tribunal. “Miguel, seguro que esta noche te voy a necesitar así que te busco”, le anticipó su jefe.

Dicho y hecho: esa medianoche un colimba golpeó la persiana de su casa. “¿Qué macana te mandaste?”, preguntó su esposa. “Ninguna, debe ser por los muchachos muertos”, respondió. El pueblo ya conocía la balacera. Lo subieron a un camión con toldo y muchos colimbas. Un chico le preguntó qué opinaba la gente del episodio. “Dicen que los mataron ustedes, los milicos. Así de simple”, contestó.

Un viaje oscuro a la Base. En la guardia le pidieron DNI. Ofreció un

carnet de OSECAC, su obra social. “Me lo devolvieron sin foto”, contó. Bajó la garrafa y la caja de herramientas para soldar. “Yo ya sabía a qué iba, nadie nos dijo nada y al entrar sabía qué tenía que hacer”.

En el hall de entrada ubicó los cajones en dos filas de 8. “Noté a todos muy nerviosos y que esa noche era un momento muy difícil”.

Pasó a la antesala de los calabozos y se chocó dos filas de 8 cadáveres baleados cada una. “Sentí impotencia y bronca porque la mayoría eran muchachos de mi edad”.

Junto a cada cabeza había una bolsita de nylon con el nombre del muerto y los plomos que le sacaron, “gruesos, no eran ni balines ni .22”.

La que más le llamó la atención fue la mujer de Santucho. “Pobrecita, se notaba que estaba por tener un bebé”. Era Ana María Villarreal con tres balazos en el vientre. “El que hizo eso no tiene perdón de Dios”,

murmuró ante el tribunal y el silencio del recinto.

Todos tenían más de un impacto. La única sin balazos visibles era Sabelli. “No le veía sangre por ningún lado. Hasta que la revisé, le levanté el pelo larguísimo y le toqué la nuca”. Trabajaba sin guantes y sacó la mano empapada de sangre. Había tocado el orificio del tiro de gracia.

Según Marileo, “al que más tiros le pegaron fue a Mariano Pujadas”. Su bolsa tenía al menos 11 proyectiles. “Se notaba que alguien que sabía, un médico o un enfermero, lo abrió para sacarle los plomos y luego lo cosió del cuello hasta el ombligo”.

El testigo y su jefe esperaron largo rato. “Nadie quería dar la orden de encajonar los cuerpos”. Los jefes iban y venían. Marileo dialogó corto con un colimba: “Un muchacho me dice Jefe, nosotros no los matamos, los mató el capitán Sosa y su pandilla, los de la tiritita. Por ese co-

mentario, a ese pobre gaucho se lo llevaron”.

Al fin, uno que parecía de jerarquía les ordenó encajonar los cadáveres, desnudos. La sangre corría sobre las baldosas. Pusieron a cada guerrillero sobre una camilla y de a uno los acomodaron en la mortaja. Arriba de cada féretro puso la bolsita con el nombre, para identificarlo. “Tras tantos años de funebre, lo que vi esa noche fue para no olvidarse jamás”.

Muy cerca observó a los tres sobrevivientes de la Masacre, cubiertos con sábanas blancas en camillas, sin atención médica. A la media hora no los vio más.

Cerca de las 4 otro superior que no identificó llegó al lugar. “¿Desde qué hora están acá? ¿No les dieron nada de tomar?”. Marileo pidió un café. “Mi jefe no abrió la boca ni para pedir un vaso de agua”. Soldaron los cajones y acabaron el trabajo. Se pre-

guntó si alguien notaría que debían regresar a Trelew. “Pedí ir al baño y me llevaron con el fusil en la espalda. Le dije Flaco, bajá eso que andás nervioso y se te va a escapar un tiro. Recién ahí lo bajó”.

A las 17, casi quince horas después de llegar, los subieron a un jeep rumbo a Trelew. Lo bajaron en Sarmiento 426, el local de la funeraria. “Me bajé y un militar de ropa verde, bastante prepotente, me dijo Vos no viste nada y nunca estuviste en la Base, cuidáte porque tenés un hijo muy chico”. El nene de Marileo tenía 2 años. “Se notaba que sabían todo. Lo hablé con mi señora y me dijo: Si te dijeron que no viste nada, no viste nada; te amenazaron así que tenemos una familia y una vida por delante. Me callé la boca y me quedé en el molde durante 30 años. Pero no me voy a callar nunca más”. Supo por conocidos de la Base que lo tuvieron vigilado 3 años más. #



DESDE BRASIL. MAIDA, UN REFERENTE DE LA ÉPOCA, DIO SU VERSIÓN DE AQUELAGOSTO POR VIDEOCONFERENCIA Y DESDE BRASIL, ANTE LA ATENTA MIRADA DEL TRIBUNAL DEL JUICIO EN RAWSON.

UN PERFIL DE LA REPRESIÓN

Años después de la Masacre, la Marina todavía seguía torturando para conseguir información

Lo aseguró Sergio Maida, exapoderado del guerrillero Roberto Quieto. Dijo que junto con Ángel Bel fueron secuestrados por haber representado a los dos jefes máximos de la fuga guerrillera de Rawson. “El tema obsesivo de los interrogatorios eran los hechos de Trelew”, le dijo al tribunal.

Incluso cuatro años después de la fuga de la Unidad 6 de Rawson y de la Masacre de Trelew, la Armada Argentina seguía torturando para conseguir más información acerca de los dirigentes políticos involucrados en esa semana trágica de 1972 y de sus conexiones con la guerrilla. “En los interrogatorios era prácticamente el tema central y obsesivo”, aseguró Sergio Maida ante el tribunal.

Desde su exilio el testigo vive en San Pablo, Brasil. Declaró por videoconferencia que fue parte de la Comisión de Solidaridad que ayudó a los presos políticos que llegaron al penal de la capital chubutense. Fue apoderado de Roberto Quieto, el jefe de las Fuerzas Armadas Revolucionarias.

Tras los hechos de la Base Maida fue secuestrado y liberado junto con otras 18 personas en el “Trelewazo”.

Testimonió que haber sido apoderado de Quieto e integrar esa Comisión “marcó definitivamente toda mi vida”. El 5 de noviembre de 1976 lo capturaron junto con su esposa en su casa de Trelew, frente a sus niñas de 2 y 3 años. Ya había recibido amenazas de la Triple A. Lo encapucharon, lo durmieron con una inyección y lo subieron a un avión en la Base. De ese operativo de secuestro participó la Policía provincial al mando del mayor Carlos Alberto Barbot, ya fallecido. “Me ataron con un nudo desde el pescuezo hasta las piernas y las muñecas, como se usó en Vietnam: si uno estiraba las piernas se ahorcaba”.

Maida pasó 40 días en la Base Baterías, en Puerto Belgrano. Lo colgaron de una pared encapuchado y desnu-

do. “Sufrí tortura física y psicológica, me vendaron los ojos y me sacaron la motricidad con esposas y cadenas en los pies”.

El mismo día de su secuestro desapareció un amigo suyo de Trelew, el maestro rural Elvio Ángel Bel, exapoderado de Mario Roberto Santucho, líder del Ejército Revolucionario del Pueblo. “Después entendí que ambos fuimos seleccionados de un grupo más grande de personas secuestrables que tuvo relación con los presos. Nos eligieron por haber sido apoderados de los mayores jefes de las jerarquías armadas”.

Maida asoció ambos operativos y concluyó que “evidentemente optaron por quienes habían sido representantes de los dos presos con más autoridad jerárquica dentro de las organizaciones armadas y los dos que armaron y dirigieron la fuga”.

A fines del 76, los marinos que lo vejaron “demostraron tener un conocimiento mucho mayor de la región, de Trelew y de sus habitantes del que yo mismo podía tener viviendo allí”.

Un detalle lo impactó: le preguntaron por qué no había estado en el acto de homenaje y entierro de otro de sus amigos, el abogado radical Mario Abel Amaya. “Ese día no me sentí en condiciones de ir; sabían ese dato y eso reveló un grado de conocimiento bastante avanzado de lo que sucedía en la zona, ya que también querían saber de mi relación con él”.

“Eran insistentes con los acontecimientos del 72 y mi relación con Quieto, que estaba desaparecido hacía ya un año”, relató. Los marinos

levantaron la venda de sus ojos y le mostraron varias fotos que no identificó. Excepto una: la imagen de la médica Celia Negrín, otra secuestrada en el Trelewazo. “Todo el interrogatorio se refería a la fuga, a mi relación con esos presos y a la Comisión”.

Lo picaneaban y le gritaban nombres que no conocía, direcciones, vinculaciones. “Me preguntaban por fulanito, que vivía a la vuelta de manganito, conocían relaciones íntimas y por Bel me preguntaron varias veces”. Para Maida, ese episodio “reveló que desde el 72 hubo en Trelew un trabajo de inteligencia muy sutil, profundo y cotidiano de las fuerzas represivas”.

Pese a que ayudaron a sus jefes, ni él ni el maestro rural apoyaron nunca la violencia armada de los grupos guerrilleros. “Bel no tenía nada de guerrillero y como militante del Partido Comunista había tomado distancia de la vía violenta. Yo era del Partido Socialista y tampoco adhería a ese método de lucha”, aclaró. Era así para la mayoría de los miembros de la Comisión que ayudó a los detenidos de la U-6. “El 99% no tenía relación con las organizaciones ni poseía alguna identidad política con los métodos revolucionarios de los presos. Sí teníamos una identidad estratégica con sus fines: construir una sociedad socialista, aunque en los métodos había un disenso total. La mayoría eran vecinos comunes conmovidos por la situación de los presos, lejos de sus familias y de sus abogados, y tenían estrictos motivos de solidaridad”, explicó Maida.

Su última visita como apoderado de Quieto fue dos semanas antes del 15 de agosto del 72. “Me pidió que la semana siguiente no lo vaya a ver y no entendí ni tampoco pregunté. Nadie en la Comisión sabía nada del plan”. Tras la fuga “resignifiqué ese episodio y calculo que no quiso comprometerme”.

Se enteraron por Canal 3. Desde el escape “noté gran movimiento militar en la ciudad, con muchos abogados y familiares de los presos”. El control armado se endureció. “Fueron días de gran ansiedad y preocupación que se transformaron en una sensación de mucho miedo por la brutalidad y la violencia que habían demostrado en la Base, que no sabíamos cómo terminaría”.

“Fue profundamente traumático –graficó Maida-. Trelew era un típico pueblo chico del interior, de mucha paz y donde todos se conocían, lejos de todo centro urbano en el medio de la Patagonia. El 22 de agosto interrumpió violentamente ese clima y por eso la Comisión trató de volcar solidaridad, para saber qué hacer ante tanta incertidumbre, angustia y peligro”.

Antes de cortar la comunicación con Brasil, el juez Enrique Guanziroli le pidió a Maida agregar cualquier dato extra y de utilidad sobre 1972 que no le hubiesen preguntado. El testigo miró a los marinos imputados en la pantalla compartida y se despachó: “Sería muy importante que estos señores que observo constantemente y que no se han manifestado ni personalmente ni a través de sus abo-

gados, esclarecieran lo que sucedió. Trelew quedó en la historia como un acontecimiento emblemático y sería importante que también sea el lugar desde donde poder comenzar a escribir la historia argentina de una manera verdadera. Fue un fusilamiento y hay muchas cosas que no se saben y precisamos saber, con relación a la conducta de la dictadura y de sus agentes como con la conducta de las organizaciones armadas”.

Los defensores de los marinos mostraron molestia por la intervención. Pero Maida levantó la voz. “Les podría decir a estos señores que están ahí en silencio, y que durante tantos años fueron para nosotros figuras terroríficas, demoníacas, asesinos, que sería bueno para ellos, para la historia y para todos, que de la misma manera que tuvieron el coraje o la cobardía de disparar contra 19 jóvenes indefensos tengan ahora el coraje de poder decir la verdad...”

-Agradecemos sus reflexiones pero el interrogatorio cesó, el resto serán conclusiones que tomará oportunamente el tribunal, lo interrumpió bruscamente Guanziroli.

“Le pido disculpas, juez, sucede que me emocioné.”

-Comprendemos su emoción por los sucesos que vivió como la comprendemos de todos los testigos que hemos oído pasar.

Antes del final, el testigo pidió destacar a la Comisión de Solidaridad del 72, “un precedente en la lucha por los Derechos Humanos en el país”, y demostró “mi dolor al recordar a mis amigos Amaya y Bel”. #

MARIANA ARRUTI, REALIZADORA DE "TRELEW, LA FUGA QUE FUE MASACRE"

Una cineasta espiada por la Armada por buscar registros de los fusilamientos

Jorge Godoy, exjefe de la Armada, le admitió a la cineasta que el 22 de agosto era un tema de "alta sensibilidad" para la fuerza. La testigo reveló la actitud de un médico de la Base que nunca olvidó la agonía de Carlos Astudillo en los calabozos: "Giraba en el piso como las agujas de un reloj".



HACER HISTORIA. ARRUTI BUSCÓ EN VARIAS PERSONAS QUE HABÍAN VIVIDO LOS EPISODIOS PERO NUNCA HABÍAN HABLADO DEL TEMA. A MUCHOS PUDO CONVENCERLOS DE ROMPER SU SILENCIO.

La cineasta Mariana Arruti contó anécdotas reveladoras de la producción de su film. Como el día que se entrevistó con el vicealmirante Jorge Godoy, el exjefe de la Armada Argentina que entonces estaba a cargo de Relaciones Institucionales. "Buscábamos una declaración oficial de los hechos y nos contestó que esa versión había que buscarla en 1972 porque no había otra cosa para decir".

El militar le aseguró que la fuerza ya no tenía relación con Luis Sosa, Emilio Del Real ni Carlos Marandino. "También nos dijo que no existía ninguna documentación sobre esa madrugada". Arruti llegó tarde a la charla y encontró a Godoy "bastante ofuscado" y vestido de gala ya que tenía un acto programado.

"No fue fácil hablar con él y fue un encuentro muy tenso. Tenía mucho apuro y nunca me miró a los ojos. Varias veces repitió que 'Trelew es un tema de alta sensibilidad para la

Marina". Según la testigo, "sentía que le pedíamos demasiadas cosas y después, con el episodio del espionaje, supimos que habíamos sido observados por nuestro trabajo con la película".

Lo único que Godoy le concedió en la reunión fue filmar la Base Zar desde afuera del alambrado, vigilados por un marino y sin ingresar al sector de calabozos.

Según la mujer, otra entrevista que quedó en el camino fue con Talavera, el médico que atendió a las víctimas esa madrugada. Arruti lo rastreó en Trelew. Lo halló gracias a que el hijo del testigo es conocido del exdirector de Cultura, Juan Arcuri. "Nos recibió en su casa, charlamos y tuvo una actitud receptiva". El anciano les contó que llegó a los calabozos de inmediato y vio mucha sangre. "Nos confesó que nunca olvidó la imagen de Carlos Astudillo girando como las agujas de un reloj mientras moría en el pasillo".

Talavera evitó agregar más datos. "Decía que si no habían hablado sus superiores, él tampoco". Según Arruti, "me quedé con la sensación de que tenía necesidad de contar". Intentó convencerlo y Talavera le propuso un trato: "Accedía a grabar la entrevista pero a cambio se quedaría con la cinta porque era la única manera en que hablaría. Le dije que no y hoy me arrepiento muchísimo porque pudimos haber accedido a un elemento más, pero nunca imaginé que un día estaría sentada ante el tribunal". Talavera fue el único miembro de la fuerza al cual accedió para un detalle de esa noche. "Fue un encuentro intenso porque claramente había algo para contar que no tenía que ver con lo que sus superiores habían dicho".

Arruti también recordó al excabo de la Base, Oscar Díaz, que declaró en el juicio. "Tuvimos varios encuentros pero de ninguna manera quiso que lo filmáramos". Aseguró que el

hombre "quedó muy afectado por el episodio e iba muy seguido al aeropuerto".

A la cineasta le llevó 4 años el documental. Describió su búsqueda de archivos disponibles. Y su primer aterrizaje en Trelew, en junio de 2000. "Mi sensación inicial fue que esa historia estaba muy viva en la gente y que había mucho dolor". Sin embargo, "prácticamente a todos fue muy difícil convencerlos de hacer una entrevista filmada y varios se negaron. No había problemas para conversar pero no querían exponerse a la cámara. Eso luego se aflojó pero era muy distinto a la apertura de hoy".

Era peor con los exmiembros de la Marina. "Eran de sumo interés para nosotros pero era prácticamente imposible. Encontrar a testigos directos fue muy complicado".

La audiencia reveló otro dato: la bala que destrozó la mandíbula de Berger cuando la mujer estaba casi

desmayada en el piso de los calabozos tras las ráfagas del fusilamiento fue disparada por la pistola del teniente Roberto Bravo. Así consta en un peritaje incluido en las antiguas carpetas sobre la Masacre que aportó la Armada desde sus archivos.

Arruti contó que "Chela" Lema, la tía de María Angélica Sabelli, logró la autopsia de su sobrina y descubrió que murió por "un tiro mortal en la nuca y a 10 centímetros".

Antes de despedirse del tribunal, Arruti pidió que los marinos esperaran el fallo en la cárcel. "Salvo Marandino están todos en libertad y eso me duele como ciudadana. Ustedes tienen el enorme privilegio de hacer justicia con esta causa histórica y a veces siento que uno tiene más acceso a la equidad si tiene poder, dinero e influencias".

El juez Enrique Guanziróli sólo le agradeció su testimonio.

Ella bajó y la felicitó un aplauso general. #



EVIDENCIA IMPACTANTE. LA FAMILIA DE JORGE ULLA SOSPECHABAY POR ESO GUARDÓ ESTA IMAGEN DEL BALAZO A QUEMARROPA DEBAJO DE LA TETILLA IZQUIERDA QUE PRUEBA UN TIRO DE GRACIA.

LA IMAGEN SE CONOCIÓ EN EL JUICIO EN RAWSON

La foto histórica que muestra el tiro de gracia a uno de los fusilados del 72

Jorge Ulla fue rematado a quemarropa en su calabozo de la Base. Su familia lo fotografió en el féretro y su hermano Julio guardó el registro durante 40 años hasta que la aportó al tribunal. Tras el 22 de agosto, los sobrevivientes le contaron cómo fue su último instante. Las persecuciones al testigo.

Tirá, asesino hijo de puta". Fue el último grito de Jorge Ulla, fusilado en la Base. Ricardo Haidar, sobreviviente de la Masacre, lo escuchó y un año después se lo contó a Julio, el hermano. La misma versión dio María Antonia Berger para "La Patria Fusilada" y Alberto Camps a un amigo común en la cárcel de Devoto. Después de esa frase, también escucharon el tiro que lo mató.

El impacto de ese disparo fue fotografiado en el pecho de Jorge, minutos antes de su entierro. Su familia ya sospechaba. A todo color y de un altísimo valor histórico y judicial, es la imagen más nítida de uno de los 19 fusilados y se conoció después de 40 años. Se observa el halo negro que deja la pólvora cuando el disparo es cercano, a quemarropa.

Haidar salió vivo del 22 de agosto y tras la amnistía de presos políticos, visitó a la familia de Jorge en el piso de sus padres, un número 15 de un

edificio de Santa Fe. "Nos dio su relato personal, muy dramático. Él estaba casi indemne, sin heridas, y ante los disparos se zambulló en su calabozo sin saber qué pasaba. Después de las ráfagas oyó quejidos, estertores y alguien muriendo delante suyo. Me dijo 'Venían rematando y esperaba mi turno hasta que escuché la voz de tu hermano, que reconocí perfectamente por haber estado detenido con él'. Entonces, el insulto y el final.

De hablar pausado, Julio Ulla viajó desde Santa Fe y construyó silencios conmovedores en el Cine Teatro "José Hernández", en el día de más concurrencia desde el inicio del juicio.

"Toda mi vida repasé e imaginé esa escena. ¿Cómo habrá recibido mi hermano el tiro de gracia a quemarropa? Ya estaba herido en un muslo así que seguro, conociéndolo como lo conocía, intentó pararse para morir de pie, con una sonrisa a lo mejor cínica, a lo mejor de miedo".

Julio es cirujano. Por eso supo que el disparo en el pecho debió ser a centímetros. En cambio, el tiro en el muslo de su hermano era limpio.

"Recibimos su cuerpo y al cambiarlo de cajón vimos que estaba desnudo y ensangrentado, sucio de tierra y pedregullo porque lo habían arrastrado", le relató al tribunal. Sólo conservaba su cinto y un atado de cigarrillos Jockey Club. "La ropa se la quitaron porque seguramente era una prueba".

El cuerpo lo recibió su padre en la cabecera de pista del aeropuerto de Santa Fe. "No hubo posibilidades de autopsia porque por temor nadie accedió -explicó Jorge-. Mi padre quería enterrarlo lo más pronto posible para acabar con la tristeza". Ninguno pensaba en que alguna vez habría un proceso. Igual decidieron fotografiarlo. "Fue con diapositivas y luego digitalizamos las imágenes para poder aportarlas al juicio".

La familia debió negociar con la Policía cómo sería la marcha rumbo al cementerio. Pactaron pero no contaron con miles de personas en la plaza para la despedida. Las tanquetas reaccionaron apuntando a la casa de los Ulla. "Le dije a mi padre que su cuerpo ya no nos pertenecía. Subimos el cajón al coche fúnebre pero se recalentó y debimos empujarlo". Los militares irrumpieron con su repertorio: gases, bastones, balas de goma. Ulla se agarró fuerte del cajón por miedo a perderlo y llegó al cementerio en un carro de asalto de la Policía. "Había un verdadero ejército y un enjambre de gente sobre los panteones". A Julio lo enterraron junto con su madre, entre discursos.

Después de agosto Jorge y su familia sufrieron persecuciones debido a su vinculación con la Masacre. Le pusieron un FAL en la nuca, amenazaron con desaparecer a su nene, lo torturaron, lo aislaron durante horas, lo

interrogaron, agredieron a su círculo cercano. Se salvó de milagro por una credencial que acreditaba su empleo en una cárcel de mujeres. "Ser familiar nos hacía participar, queriéndolo o no, y todo podía ser interpretación de complicidad".

Tras su testimonio miró a los ojos al tribunal y le deseó "capacidad y temple para afinar la espada y medir la balanza de modo que las heridas puedan ser cerradas".

Quien aportó las cuatro fotos fue Ilda Bonardi, la viuda de Humberto Toschi. Julio Ulla se las facilitó a inicios de junio de 2012.

La mayoría de las partes, incluido el tribunal, desconocía su existencia. Y tomó por sorpresa a las defensas. "Es la primera vez que me hacen conocer estas fotos", declaró Bonardi. "Esto demuestra que este proceso abrió muchas puertas ya que el hermano de Ulla jamás las había mostrado hasta que me las mandó".#

EL RELATO DE ANA BIGI, CUÑADA DEL MONTONERO

“Pujadas estaba cosido como un matambre y tenía 16 tiros”

La mujer declaró que vivió muy de cerca la tragedia y la persecución que durante años rodeó a la familia de Mariano.

El cadáver de Mariano Pujadas tenía un rostro en paz, sereno. Así lo describió su cuñada Ana María Bigi, que declaró en Rawson. “Pero tenía 16 tiros, estaba desnudo y lo habían cosido como un matambre, como si hubiese habido una autopsia”, agregó ante el silencio del recinto del Cine de Rawson. Habían abierto el cajón para verificar el cuerpo. El dato coincidió con los dichos de Miguel Marileo, el funebrero que encajonó los cuerpos.

A Pujadas lo velaron en la granja familiar de Córdoba. “El entierro fue impresionante porque la ruta desbordaba de gente hasta llegar al cementerio y el campo estaba frente al Liceo Militar”, recordó. Bigi fue pareja de José, hermano de Mariano. Por teléfono, Vaca Narvaja padre les avisó de los fusilamientos. “José atendió, se sentó y quedó pálido, fue una situación muy rara y confusa. Dijo que algo había pasado y que habían matado a Mariano”. Una semana antes la radio les había avisado del intento de fuga.

En agosto del 75 estaba separada de José. Igual la perseguían. “Hubo más de 10 allanamientos en mi casa pero por una suerte particular no estuve en ninguno. Molestaban todo el tiempo”.

La noche del 13 de agosto del 75 un grupo militar entró a la granja de los Pujadas. Se los llevaron de madrugada: eran Josefa y José María, los padres; sus hijos José, María José y Víctor; la esposa de José y la beba de ambos, María Eugenia. “Nos matan”, se dijeron los más jóvenes apenas los subieron al auto. Víctor, de 11 años, y María Eugenia, de 3 meses, se salvaron. La esposa de José quedó hemipléjica y murió en 1985.

A Josefa le rompieron la cabeza de un culatazo, la ahorcaron y la subieron muerta al coche. José María padre murió último y vio cómo vejaban a su familia. Los torturaron y arrojaron sus cuerpos en el pozo de un viejo aljibe, con tiros de gracia. Tiraron granadas pero sus cuerpos quedaron reconocibles. Un busto de Mariano fue a parar al inodoro y un cuadro con su rostro quedó pintarrajeado por un tal Comando Libertadores de América. Los velaron en la granja.

“Quise ir enseguida pero mi papá me convenció de que era muy peligroso. Seguro que los mataron, me decía. Llamé varias veces por teléfono y me atendían voces desconocidas. Me dio miedo”, relató entre lágrimas.

Antes de esto los tres sobrevivientes de Trelew habían visitado la granja disfrazados de turistas para hablar. “Su relato es el conocido: varios murieron desangrados y no los atendieron, los hicieron salir de las celdas, formar y mirar al piso. Y empezaron a tirar. Berger creyó que era otro simulacro de fusilamiento con balas de foguero pero al ver caer a Mariano se dio cuenta de que eran balas de verdad”.

Bigi escapó a Italia y le costó vivir sin terror. “A los Pujadas les perdí el rastro porque así habíamos quedado, no traté de comunicarme. Tenía hasta temor de hablar por teléfono por si alguien escuchaba”. Nadie de la familia de Mariano se quedó en el país. “Vine muchas veces a Trelew, la última 15 días antes de la fuga. Nos abrieron el comedor del penal y fue muy emotivo. Todo lo que sucedió después tuvo conexión con la Masacre –admitió ante el tribunal-. Hubo muchas consecuencias para todos y Pujadas era una mala palabra”.#



DÍAS DE MIEDO. BIGI VIVIÓ MUY DE CERCA EL CLIMA DE LA REPRESIÓN PERO LOGRÓ SALVAR SU VIDA Y DECLARÓ LO QUE SUCEDIÓ CON SU ENTORNO.

UN PUNTO DE INFLEXIÓN EN LAS AUDIENCIAS

Por primera vez un militar admitió que la versión de la fuga “no tiene ningún asidero”

El coronel retirado Horacio Ballester dijo que “desde el punto de vista militar” no era posible creer la historia oficial. Explicó que la orden la dio el expresidente Agustín Lanusse y que el 22 de agosto fue la puesta en práctica de la doctrina de seguridad nacional. Discusiones por una historiadora.



VIDEOCONFERENCIA. A LA IZQUIERDA, EL CORONEL RETIRADO BALLESTER JUNTO CON LA HISTORIADORA CARNOVALE; A LA DERECHA, CUATRO DE LOS CINCO IMPUTADOS QUE YA NO IBAN A RAWSON.

El coronel retirado Horacio Ballester admitió que “analizado desde el punto de vista militar la versión oficial del intento de fuga no tiene ningún asidero”. Fue el primer uniformado de alto rango que en el juicio por la Masacre de Trelew dio por entendido que hubo 19 fusilamientos a sangre fría.

Declaró que las ejecuciones del 22 de agosto de 1972 fueron la primera aplicación plena en Argentina de la doctrina de la seguridad nacional, que auspició la eliminación del “enemigo interno”, aunque fueran compatriotas, en los países donde se practicó. “Esa teoría ya estaba escrita y los cursos ya estaban hechos. Restaba su aplicación práctica, que sucedió en Trelew, y después la continuaron”, le aseguró al tribunal.

Según su visión, “todos los que estuvieran en contra del sistema eran considerados enemigos”. Esto incluyó a los militantes políticos

detenidos tras la fuga de la Unidad 6. “Esto sucedió a todo nivel y por cualquier cosa”. Ballester ingresó al Ejército en 1943 y fue parte de una camada de miembros de las fuerzas de seguridad que no apoyaban la represión como método. Fue dado de baja justamente por la dictadura de Alejandro Lanusse. “Sin ser muchos, éramos un sector que estaba en contra de esos métodos. A mí me secuestró la Policía Federal, me mandaron a un Consejo de Guerra y tuve tres meses de prisión”. Lo echaron de todos sus cargos y sufrió arrestos domiciliarios.

Recuperó su grado y su antigüedad con la amnistía de 1973 y se dedicó al estudio de temas político-militares. Presidió el Centro de Militares para la Democracia Argentina y ya declaró

en 27 juicios en todo el país, como el proceso contra las Juntas y contra el capitán Adolfo Scilingo, en España.

Ballester consideró que la orden de los fusilamientos la dio el expresidente de facto Alejandro Lanusse. “En esta doctrina las decisiones las toma y vienen del más alto nivel de conducción y la transmite por las vías jerárquicas”, explicó.

Sobre el marco ideológico que permitió los hechos de Trelew, interpretó que “se dio un razonamiento perverso: en nuestra economía, dominada por transnacionales de EE.UU, todo aquel que intentara mejorar la distribución de la riqueza y defender nuestra industria, automáticamente estaba atacando los intereses de esas empresas; si lo hacían porque atacan los intereses de EE.UU; si atacan esos intereses defienden los de Unión Soviética, entonces son comunistas y si son comunistas automáticamente pierden todos los derechos humanos. Así es el criterio que siguieron todas las dictaduras en todos los países”.

Historiadora

Otra testigo fue la historiadora Vera Carnovale, quien explicó cómo se configuró el escenario de represión militar y el origen de las organizaciones armadas en Argentina. “La primera consecuencia de la Masacre fue el estupor y una fuerte indignación pública, ya que la versión oficial no se creyó”. Además, los fusilamientos generaron que “aumente enormemente la cantidad de militantes políticos”.

Según Carnovale, personas que eran militantes gremiales o sociales, tras el 22 de agosto decidieron sumarse a las organizaciones políticas. Se calcula que ese año había 1.500 presos políticos. “Existía el sentimiento de que había que hacer algo y esto nutrió a los grupos, que tuvieron un fuerte impacto moral ya que los fusilamientos fueron inespere-

rados”. También hubo efecto boomerang para Lanusse, ya que “fue una gota más que alimentó la crisis de legitimidad de su gobierno”.

La única discusión de la audiencia se produjo cuando la historiadora ofreció como evidencia el libro “Proceso de explotación y represión en Argentina”. El defensor Gerardo Ibáñez se quejó: “Ella no es testigo de nada en este juicio y es intolerable que haga un alegato adelantado y aporte documentación. Esto desborda el derecho a la defensa en juicio y no lo podemos permitir”.

Los querellantes Germán Kexel y Horacio Arranz retrucaron que el aporte histórico de Carnovale era vital para definir si la Masacre fue un delito de lesa humanidad y así poder juzgarlo. El juez Enrique Guanziroli avaló la postura de los acusadores y aceptó los materiales de la historiadora, que le sirvieron al tribunal para decidir. #

DISCUSIÓN Y SORPRESA EN EL JUICIO

El inesperado giro de un militar que obligó a la defensa a dar marcha atrás en su estrategia

Ricardo Hirsch admitió que la Armada Argentina se dedicó a crear un “enemigo interno” para aniquilar.

Luego de que Ricardo Hirsch, un testigo que presuntamente iba a declarar a su favor, terminó perjudicando inesperadamente la situación de los marinos, la defensa de Luis Sosa y Emilio Del Real pidió que no declaran otras tres personas que tenía previstas para desvincular a sus clientes de la acusación. Lo lograría parcialmente: dos de los testigos fueron desestimados y no viajaron a Rawson: Mario Actis y Aníbal Acosta.

Por videoconferencia Hirsch declaró que en noviembre de 1972 protagonizó una sublevación en la Escuela de Mecánica de la Armada en defensa de la democracia. “Fue por los intereses del pueblo y para reivindicar a una Armada muy desprestigiada por lo sucedido”.

Por esa desobediencia a sus mandos el teniente retirado quedó procesado a disposición de la justicia militar. Lo favoreció la ley de amnistía de Héctor Cámpora, un año más tarde, aunque recién recuperó su grado con el gobierno de Néstor Kirchner tras probarse que fue un perseguido político del régimen militar.

Con el testimonio de Hirsch, la defensa de Sosa y Del Real intentó demostrar que también entre los militares hubo perseguidos políticos, que no todos los afectados fueron militantes políticos y que la amnistía camporista incluyó a los acusados por la Masacre. Supuestamente, gracias a ese perdón general no podrían ser juzgados.

Pero la estrategia se quebró cuando preguntó la querellante Daiana Fusca, del Centro de Estudios Legales

y Sociales, que representa a los familiares. Hirsch admitió que con el inicio de las protestas sociales y gremiales, la Armada cambió sus objetivos originales e inició la aplicación de la doctrina de seguridad nacional contra un “enemigo interno”.

La defensa percibió que estos datos ya no ayudaban a los acusados e intentó que el testigo no siguiera hablando. Objetó que la querrela le preguntaba por temas ajenos a la convocatoria original. Pero el recurso no prosperó.

Hirsch recordó que ya como egresado de la Escuela Naval y tras los hechos de la Base participó de un ejercicio militar desde Puerto Belgrano. El operativo de entrenamiento incluyó una sugestiva etapa final: desembarcar una noche en Puerto Madryn y allanar domicilios particulares en busca de militantes políticos vinculados a los hechos de Trelew. Ocurrió entre agosto y noviembre de 1972.

Además fue parte del fuerte operativo de seguridad que custodió a los sobrevivientes María Antonia Berger, Alberto Camps y Ricardo Haidar en el Hospital Naval de Puerto Belgrano. “Se quería evitar que fuesen recuperados por un grupo comando de los guerrilleros”, contó.

“Fueron hechos muy significativos ya que la coyuntura indicaba que el objetivo de la Marina ya apuntaba a buscar y arrestar militantes políticos. Evidentemente la intención ya no era defender los intereses del pueblo de una agresión exterior sino entrometerse en asuntos internos con la formación de grupos de tareas”, agregó.

Hirsch insistió con aclarar su honor “por haber sido formado militar y culturalmente en la Armada”. Y explicó que si el objetivo final de esa fuerza “cambiaba de rumbo, evidentemente ya no me representaba porque no iba a involucrarme en operaciones ilegales contra nuestro pueblo”. Este concepto favorece la tesis de que la Masacre fue un delito de lesa humanidad y no un accidente.

Ante el giro de su testigo y para no repetir la jugada desafortunada, la defensa pidió urgente desestimar a Julio Urien, Actis y Acosta, militares retirados que también participaron del levantamiento en la ESMA. Tras una larga deliberación, los acusadores aceptaron que Actis y Acosta no fuesen convocados pero sí exigieron el testimonio de Urien, jefe de aquella sublevación. El tribunal aceptó el criterio.#

OSCAR DÍAZ, EL PRIMERO QUE ADMITIÓ QUE ESCUCHÓ DISPAROS

“Nos despertó un sonido de detonaciones y explosiones”

Oscar Díaz se convirtió en el primer testigo en el juicio que reveló haber escuchado los disparos la madrugada del 22 de agosto. El testigo era suboficial y dormía en la otra punta del edificio de la Base. El 21 de agosto le tocó una ronda de inspección fuera de la unidad y regresó cerca de las 2 de la madrugada trágica. “Me despertó un compañero a las patadas y un sonido de detonaciones y explosiones que identificamos como disparos”, relató.

El grupo de militares saltó sobresaltado de las camas preguntando qué había pasado. Un superior los detuvo en el pasillo y así como estaban, en calzoncillos, los mandó al Casino de Suboficiales, atravesando la Plaza de Armas.

“Hubo orden de desalojar y era una confusión total porque nos despertamos de un modo muy violento”. Díaz no escuchó ráfagas sino ruidos discontinuos. Por eso la querrela creía que lo que había oído eran los tiros de gracia a los fusilados.

Contó que nadie pudo ver más porque “un cortinado” separaba el pasillo de calabozos del resto del edificio. El dato pareció jugar a favor del excabo Carlos Marandino, quien siempre sostuvo que se ocultó detrás de ese biombo mientras sus jefes ejecutaban a los presos.

Horas después, el teniente Troitiño reunió a un grupo de 20 suboficiales y les explicó la versión oficial. Otro teniente, Roberto Bravo, acompañó pero no habló. “En su timbre de voz

no se notaba pero se lo veía nervioso y compungido”, dijo el testigo.

“Era un momento de confusión y llegamos a la conclusión masiva de que lo que pasó estaba dentro de esa puerta. El resto eran trascendidos y conjeturas que podíamos armar pero nunca en ningún momento tuve el orden de lo que tenía que decir”.

A modo de dato curioso, el jefe de la Base, Rubén Paccagnini, es el padrino de casamiento de Díaz. Quiso el destino que el 15 de agosto, día de la fuga, el suboficial cumpliera su primer aniversario de casado. Pese a esta cercanía “franca y directa”, como la definió, el testigo aseguró que jamás le pidió detalles de aquella noche. “De eso no se habló”, aseguró ante el tribunal.#



RECUERDOS DE LA MUERTE. OSCAR DÍAZ, EL PRIMERO QUE DIJO HABER ESCUCHADO LAS RÁFAGAS EN LA BASE.

PRENSA TIROTEADA

Rawson era Vietnam

Armando Vidal fue el periodista de Clarín que cubrió la fuga para ese medio porteño. Declaró por videoconferencia. Al intentar fotografiar la U-6 de Rawson fue baleado junto con dos cronistas de Associated Press y el dueño de LU 17, Héctor “Pepe” Castro. Le pidieron explicaciones al general Eduardo Betti, responsable militar de la zona. “La falta de garantías para su trabajo hace de este lugar algo parecido a Vietnam”, les contestó.

UNA DEFINICIÓN CONTUNDENTE

“Estaban dispuestos a matar a un millón de personas para que no hubiera una revolución”

Se lo dijo un capitán de la Armada Argentina a Julio Urien, un militar ya retirado que declaró en el juicio. En el 72 el testigo encabezó una sublevación en la ESMA, indignado con la política de torturas y secuestros que habían adoptado las FF.AA. “Lo que pasó en Trelew fue un asesinato”, dijo.



PARADOJA. URIEN FUE CONVOCADO POR LAS DEFENSAS DE LOS FUSILADORES PERO EL CUADRO QUE TRAZÓ TERMINÓ FAVORECIENDO LA TESIS DE LA VIOLENCIA INSTALADA EN LAS FUERZAS ARMADAS.

Ya no podíamos salir a la calle de uniforme porque la gente nos insultaba. Ante la posibilidad de que nos agredieran, los desfiles militares de cada año se transformaban en la práctica de ir con munición de guerra y cargar con bayoneta contra la gente”. Así sintetizó Julio Urien el cambio que sufrió la formación de los militares en la Escuela Naval luego del Cordobazo de 1969.

Se recibió en diciembre de 1971 y fue el uniformado que encabezó la sublevación del 17 de noviembre de 1972 en la Escuela de Mecánica de la Armada. Junto con un grupo de militares, se opuso al modelo de torturas y desapariciones que auspició la dictadura de Agustín Lanusse para intentar sofocar las nacientes protestas sociales, gremiales y políticas de aquel país.

Curiosamente en el juicio por la Masacre Urien era testigo propuesto por la defensa de Luis Sosa y Emilio Del Real, acusados por los fusilamientos del 22 de agosto. Pero su relato terminó favoreciendo a la querrela, según la cual esa balacera fue un delito de lesa humanidad que formó parte de un esquema de represión general.

El militar retirado presenció cómo en la ESMA se inició la formación de

grupos de tareas paramilitares con la tortura de militantes políticos como método para obtener información. Todo bajo el paraguas de la doctrina de seguridad nacional. Para los acusadores, los fusilados de Trelew fueron las primeras víctimas de la aplicación práctica de esta doctrina contra un “enemigo interno”.

Urien admitió que “nos generaba una contradicción que siendo militares el pueblo nos repudiara”. La instrucción militar que recibió a fines de los 70 se basó en “la lucha contra el pueblo”. Ante el tribunal recordó una clase en el cine de la Escuela, bendecida por el capellán militar, obispo Victorio Bonamin. “Nos pasaron un film sobre la batalla de Argelia donde el ejército colonial francés tortura a los argelinos que luchaban por su liberación. Así se justificaba la tortura”.

Esta enseñanza generó dudas y discusión en el grupo de futuros oficiales acerca del rol de los militares. “Soy de Infantería de Marina y una vez recibidos, en febrero del 72, en el primer curso comando que nos dictan los norteamericanos, el cuadro de situación es una infiltración en la lucha contra el comunismo”.

En el ejercicio, Urien y su gente simulaban haber sido capturados y torturados. “Eso generó una gran in-

dignación en parte de quienes participamos”, subrayó.

Luego pasó a Puerto Belgrano. “Nuestro batallón actuaría en cualquier lugar del país como reserva, pero nuestra función era repeler una probable insurrección popular en Bahía Blanca”. Con armas de guerra y no de disuasión, estaban listos para salir a la calle. Tras los incidentes populares en Córdoba, Rosario y Mendoza “se esperaba un levantamiento popular y por eso toda nuestra instrucción era la represión interna”.

Hubo prácticas en Ingeniero White simulando tomar la población y hasta desembarcaron en Puerto Madryn. “Tomamos la ciudad con allanamientos al azar como una práctica militar: entrábamos a la casa, sacábamos a la gente y eso en un grupo de oficiales y suboficiales generó un debate interno”.

En este marco llega el 22 de agosto. El jefe de su batallón, Iriberry, “muy compungido”, les leyó el parte con la versión oficial del intento de fuga. “Nuestra impresión fue que había sido un asesinato. Un intento de fuga era imposible en esas condiciones”.

Al mes fue enviado a la ESMA. “Allí nos dan como objetivo la defensa de la Escuela. Pero en noviembre ya estructuran grupos paramilitares para actuar de civil, sin documentos, se-

cuestrar a una lista del Servicio de Inteligencia y entregarlos. No queríamos ser parte de eso pero como militares no podíamos decir que no estábamos de acuerdo sino que nos sentíamos obligados a revertir esa situación. Queríamos a la Armada y demostrar que había otros militares que no estaban con la política de secuestrar y matar prisioneros”.

Los rebeldes como él fueron desarmados y detenidos. Pero alcanzaron a sublevarse en apoyo al regreso del general Juan Perón y a favor de la democracia.

El 11 de marzo de 1973 seguía preso en un calabozo. El 12 gana las elecciones Héctor Cámpora. Lo sacan de su cárcel y le presentan a un capitán de la Armada. “Me saluda y me dice que me venía a conocer y a hacerme una pregunta: si una vez que triunfó el gobierno popular nosotros pensábamos que íbamos a hacer una revolución. Antes de contestarle me dijo que la Armada estaba dispuesta a matar a un millón de personas pero que acá no se iba a hacer ninguna revolución. Me da la mano y se va”.

La sublevación no fue gratis: secuestraron al guardiamarina Mario Galli con su esposa, madre y su nena, la única que reapareció. También desapareció el cabo segundo Juan Tejerina, de Infantería de Marina, y

asesinaron en Tucumán al teniente de navío Carlos Lebrón.

“En la Marina se piensa de esa manera y si no, uno se tiene que ir -graficó Urien-. Habíamos planteado que si nos mandaban a reprimir no lo íbamos a hacer, nos íbamos a abrazar con el pueblo y que sea lo que Dios quiera. Una vez en la ESMA ya no teníamos opción y esa negativa fue el detonante del levantamiento”, le dijo al tribunal.

“Había una política que ya se venía manifestando y en el caso concreto de Trelew era parte de lo que el gobierno militar implementaba. No queríamos quedar pegados con esta política de matar presos”. Los manuales de la Marina ya decían que “el mejor prisionero es el prisionero muerto”.

Pese a ser un militar peronista, Urien fue favorecido parcialmente por la amnistía de Cámpora. Quedó libre pero en disponibilidad y dado de baja. En los años de plomo salvó su vida porque su madre era militar y le pidió por su hijo al general Albano Harguindeguy. El exministro del Interior también fue amigo del abuelo de Urien. Pidió que no mataran al conocido. Militó en la Juventud Peronista y en Montoneros. Recién el gobierno de Néstor Kirchner lo ascendió dos grados. #

INSPECCIÓN CON LA ÚLTIMA TECNOLOGÍA DISPONIBLE

Repararon las paredes de la Base Zar para borrar las huellas del fusilamiento

Un doctor en Física peritó la zona de calabozos y detectó una capa de revoque en la pared donde impactaron las ráfagas. El arreglo sólo se hizo en esa parte a la altura de los hombros hacia abajo, lo cual coincidió con la versión acusadora. El aporte de la ciencia para el esclarecimiento.

La Armada Argentina borró de las paredes de la Base Almirante Zar de Trelew toda huella de las ráfagas de ametralladora que los marinos dispararon la madrugada del 22 de agosto de 1972. El dato lo deslizó el doctor en Física Rodolfo Pregliasco, que con la más alta tecnología disponible peritó el sector de los calabozos en busca de los rastros del fusilamiento. También encontró el orificio de un balazo en una puerta exterior, que revelaría un disparo desde los calabozos hacia fuera y avalaría la versión oficial. Pero no es posible saber si ocurrió en la misma fecha.

El científico explicó sus conclusiones en el lugar de los episodios, acompañado por el tribunal y la prensa. Trabaja en el Centro Atómico de Bariloche y en la época del juicio hacía ya más de 20 años que asesoraba a la justicia. Usó rayos gamma para una suerte de "radiografía" de las paredes y reconstruyó el plano de cómo debió ser el lugar trágico, la ubicación esa noche de los 19 guerrilleros y de los marinos acusados.

Pregliasco reveló que tras varias re-facciones y repintados en la unidad militar del 72 a la época, la única pared intacta es la del fondo del pasillo de los calabozos. Testimonios dicen que allí hubo impactos porque se ubica detrás de la posición de los presos. El forense no encontró orificios de bala pero sí detectó una capa de revoque que data

de los 70. Esa reparación sólo apareció en la parte de la pared que recibió las ráfagas. Este trabajo albañil eliminó toda posible evidencia.

"Se picó hasta el ladrillo original, se revocó y se pintó de vuelta -explicó-. Al fondo del pasillo, desde los 1,60 metros de altura hacia arriba no hay impactos en la pared, está intacta. Debajo de ese nivel fue picada hasta el ladrillo y pintada de vuelta. La huella de los disparos se borró deliberadamente pero la manera en que fue borrada nos indica la zona en la que estaban. No hay indicios del número de disparos al no haber huellas. Sabemos que hay una zona reparada y que el resto está intacto, con lo cual todos los disparos deben haber estado en esa región. La fecha de la modificación coincide e implica disparos de la altura de hombros hacia abajo".

La medición reveló que el pasillo tenía 1,50 metros de ancho y 10 de largo y que los diez calabozos medían 2,80 metros de largo por 2 de ancho.

El perito halló un disparo en la puerta de lo que era el baño, frente a los calabozos. La atravesó y dio en la bisagra de una letrina. El dato pudo haber avalado la versión oficial según la cual desde esa posición Mariano Pujadas disparó a la guardia tras quitarle la pistola al capitán Luis Sosa. La información entusiasmó a las defensas ese día. Pero Pregliasco advirtió que no es posible fechar ese impacto. #



MEDICIONES. EL DOCTOR EN FÍSICA QUE HIZO LOS PERITAJES QUE MOSTRARON CÓMO FUERON LOS MOVIMIENTOS.

EL MENSAJE PREMONITORIO DE MARIANO PUJADAS

“Preocúpense por nosotros pero en unos días”



TESTIMONIO. CARRERAS FUE UN PERIODISTA EN EL MOMENTO MÁS INDICADO.

La guardó durante años hasta que los militares la descubrieron en un allanamiento: la púa que abrió la primera celda de la Unidad 6 de Rawson el día de la fuga. El monotonero Mariano Pujadas se la regaló al periodista Daniel Carreras luego de que el cronista de Canal 3 cubriera la toma del aeropuerto viejo de Trelew, que duró 4 horas. Carreras la conservó en un cuadro con fondo de terciopelo, con una chapa debajo que explicaba su historia. El día de su secuestro la perdió para siempre.

El cronista perdió 17 kilos y pasó 17 días esposado y desnudo. Lo picanearon de 22 a 6. Un llamado nocturno y anónimo a su esposa le salvó la vida. Años después terminaron pidiéndole disculpas porque su relato no pudo ser incluido en el "Nunca más".

Tantas anécdotas forman parte de la entrevista que la cineasta Mariana Arruti le hizo para su documental "Trelew, la fuga que fue masacre". En el Cine Teatro "José Hernández" se es-

cuchó la nota entera, con los datos que no se vieron en la película. Carreras -ya fallecido- aseguró que aquel agosto del 72 y su inesperado protagonismo "me dejaron muy golpeado".

Tras entrevistar a Pujadas, Rubén Bonet y María Antonia Berger no se le ocurrió enviar las cintas a las agencias internacionales de noticias para difundir que había 19 guerrilleros detenidos por una dictadura. Se autocrítica y dice que también las debió recibir el general Juan Perón en su exilio español. "No le dimos la proyección que debimos y eso permitió que sucediera lo que sucedió; de haberlo hecho hubiese aumentado su valía como prisioneros y los hubiesen tenido que cuidar", le confesó a Arruti.

El periodista describió a los guerrilleros como "personas comunes y silvestres, que si caminaban en cualquier calle eran uno más".

Nunca se alejó a más de 5 metros de ellos. Cuando dejaron las armas Carreras le dijo a la cámara que "se en-

tregan a las fuerzas de la represión". Alguien le tocó el hombro: "Fuerzas de la represión no. Soy el capitán Sosa, Infantería de Marina de Guerra".

En cuanto a la madrugada del 22 de agosto, Carreras opinó que "fue un fusilamiento a mansalva" y recordó que "más miraba los mapas que difundió la Marina y más cuenta te dabas de que no pudo haber intento de fuga".

Los 19 militantes pudieron tomar a familias enteras como rehenes en el aeropuerto y exigir un avión. Pero se entregaron.

"Si no intentaron irse en ese momento, ¿cómo iban a querer hacerlo tres días después de una unidad militar, casi desnudos, en agosto y en la Patagonia? Alguien obedeció una orden de arriba porque es imposible que un simple capitán (por Sosa) haya tomado tamaña decisión. Todavía recuerdo lo que con tanta claridad me dijo Pujadas en el aeropuerto: 'No se preocupen por nosotros ahora, pero sí preocupense en unos días'". #



ENCUENTRO EN RAWSON. JORNADA FUE EL ÚNICO MEDIO QUE PUDO CHARLAR CON LOS ACUSADOS, AUNQUE FUERON MUY CAUTOS PARA REFERIRSE A SU RESPONSABILIDAD EN LA HISTÓRICA CAUSA.

MANO A MANO CON JORNADA

Una charla casual con tres marinos

Amables pero muy cansados de las fotos y de tener que viajar a Chubut, Sosa, Del Real y Paccagnini prefirieron no hablar de aquella madrugada.

Ydígame una cosa, ¿la playa todavía tiene esas piedritas que parecen canto rodado o ahora tiene arena en serio?”. Cosas así le interesaron a Emilio Del Real en su regreso al Valle 40 años después del 22 de agosto. **Jornada** se lo encontró casualmente en una sala lateral del Cine Teatro “José Hernández” de Rawson.

No estaba solo: “Sosa, buenas tardes, cómo le va”, se presentó Luis Emilio y dio la mano, muy educado, con una mirada que perforaba. Llamaban la atención sus labios finísimos y sus ojos: un hilo blanco le recorre el borde de las pupilas, les da un raro efecto rojizo. Si se quisiera alimentar el mito, un militante de izquierda hubiese dicho que su mirada es “tenebrosa”. O que con esa mano que saludó, disparó.

Tanto leer sobre “el capitán Sosa” y está allí, manos en los bolsillos, sonriente y disponible. Pregunta de

qué diario es el cronista. Para escuchar la respuesta se inclina y acerca la oreja, como un sordo. “¿Les puede decir que aflojen un poco con las fotos –suspira mientras hace gesto de click con los dedos– al principio me gustó pero ahora ya cansa”. Uno le explica el trabajo de un fotógrafo. Sosa, usted sabe que esto es histórico. No concede. De buena manera pero igual pide que aflojen.

El tercero está sentado. A Rubén Paccagnini el sol del atardecer le pega justo en los ojos. Pálido, encorvado frente a la puerta se cubre el reflejo con la mano, casi una venia militar. Un gusto, dice. Se interesa por el apellido Feldman y pregunta en qué anda esa familia. Los otros dos lo señalan, dicen que él de verdad conocía mucho al fundador de este diario. El exjefe de la Base Almirante Zar de Trelew recordó que fue a su entierro, en el 71. Con una bocha en la mano sería un abuelo más.

Alquilan en Playa Unión. Por eso a Del Real le interesó la arena. Hace cuatro décadas que no hablan con un periodista. Pero ninguno mostró prevención ni eludió la charla cuando lo vieron entrar. Muy alto, Del Real parece amigable, accesible, correcto. “Le agradezco mucho la gentileza pero en el proceso no podemos hablar”, advierte cuando se les ofrece una entrevista mano a mano.

Sosa pone cara de fastidio por única vez, como si hablar no le sirviera. Mira fijo: “Escúcheme, no nos dejan hablar ni entre nosotros y menos durante el juicio”. Es la única referencia a la Masacre. Mejor no insistir para no perder la charla.

-¿Y ustedes cómo están con todo esto?

La respuesta es nada, encogerse de hombros. Más que el juicio los molestó haberse quedado varados en Rawson una tarde de frío y llovizna. Nadie les avisó que una audiencia se

suspendía. “Y yo de acá no me voy hasta que el juez no me notifique”, les avisa Sosa, que no quería problemas con la ley. Hacen cuentas y Del Real no puede hacerle entender a Paccagnini que si la audiencia se suspende hay que volver a Chubut.

En eso estaban cuando llegó el juez Enrique Guanziroli, informal, ni saco ni corbata. Se firmó un acta de la suspensión.

El que metió la pata fue otro acusado, Jorge Bautista. Sacó pasajes de avión para él y para su defensor, Gerardo Ibáñez. Pero leyó mal la hora: eran para la tarde del jueves, no para la noche. Se fueron volando, en todo sentido. El resto se enteró sobre el pucho.

En un recinto vacío pero igual con micrófono para que todo quedara grabado, Guanziroli les pidió disculpas e insistió con la necesidad de resguardar las garantías para los marinos. El trío asintió con la cabe-

za. “Y ahora pueden irse, quedan en libertad”. Sonó raro.

Se levantaron y se pararon en la puerta abierta. Se abrigaron. Usaban traje de telas gruesas.

Sosa sacó un celular, habló a los gritos, llamó un taxi. Estaban acusados de fusilar a 19 jóvenes y enfrentaban una prisión de por vida. Pero hablaban de cualquier otra cosa. No les molestó que el periodista siga allí. El coche llegó. Paccagnini quedó entusiasmado con la charla por los Feldman. Los recordó en voz alta, algo inconexo a veces. Si de joven fue un militar duro, no quedan rastros.

Del Real dio la mano y agradeció dos veces más.

El capitán Sosa se fue con su aura de mito.

Fue un gusto, señor. “Dígale a la lechuza que me deje de sacar fotos, ya no puedo ni salir a cenar. ¡Y no sabe qué lindo sería irse ahora a comer una parrillada!”.#

TOMÁS MAZA, EXSECRETARIO PENAL CON HERMANO MONTONERO

“El juez Godoy quedó muy afectado”

Tomás Maza era secretario penal del Juzgado Federal de Rawson esa semana de agosto del '72. Hermano del montonero Emilio Maza, que participó en el secuestro de Pedro Eugenio Aramburu y lideró la toma de La Calera, admitió en el juicio en Rawson que este parentesco dificultó su trabajo y pesó para que no interviniera en la toma del aeropuerto y en los fusilamientos ni manejara documentos vinculados. “No me cabe duda de que influyó”, graficó.

Al único que no le importó esta vinculación fue a su jefe, el juez Alejandro Godoy. “Mi hermano murió el 8 de julio del 70 y cuando volví de su sepelio, Godoy me dijo que no acordaba con lo que él hacía, pero que yo siguiera mi trabajo y que él seguiría con el suyo”, le dijo al tribunal.

“Emilio no vino nunca a Rawson y sólo de vez en cuando nos escribíamos o le mandaba dinero. Con el tiempo entendí que no vernos fue una medida de protección de su parte”.

El 15 de agosto Godoy le pidió que fuera al aeropuerto de Trelew. No

logró ingresar y optó por ir a la U-6. Allí le avisaron la orden del presidente Lanusse: era zona de emergencia y ni él ni Godoy podían actuar. Maza aseguró que no observó grandes controles militares tras los hechos ni movimientos anormales en la cárcel. Y que tampoco el juez le comentó más detalles.

“Fue el único caso en el que nos ordenaron no intervenir. Estos hechos a Godoy lo afectaron muchísimo y se volvió más taciturno. Se jubiló y se fue. Quiero reivindicar su memoria porque si no hizo más, fue porque realmente no pudo. No tengo dudas de que de haber tenido la chance, lo hubiese hecho”, dijo Maza.

Le llamó la atención que los abogados que declararon hayan dicho que nadie recibía sus hábeas corpus. “Rodolfo Ortega Peña sabía perfectamente dónde vivía yo porque Trelew era muy chico. Quiero aclararlo”.

El exfuncionario judicial recordó que esa semana “nadie creyó que se hubiese tratado de una fuga: el único caso de alguien que intentó escaparse lo hallaron medio muerto a 30 kilómetros. Era imposible”.#



TESTIMONIO. MAZA REIVINDICÓ LA MEMORIA DE GODOY Y ADMITIÓ QUE TENER UN HERMANO MONTONERO PESÓ.

22 de agosto de 1972

50 AÑOS DE LA MASACRE DE TRELEW

LA MEMORIA DEL PUEBLO QUE NO OLVIDA



MUNICIPALIDAD DE TRELEW

EDUARDO TOSCHI, HERMANO DE UN FUSILADO

Ni actos ni homenajes

Eduardo Toschi fue otro de los familiares que tuvo la prudencia de revisar el cuerpo que le enviaron desde Trelew. El 23 de agosto del 72 convenció al comisario cordobés responsable de la entrega, quien tenía orden de no abrir el féretro: le sacó la tapa sin soldar y chequeó que el cuerpo de su hermano Humberto “estaba desnudo y con la mortaja ensangrentada”. Al moverlo detectó dos orificios de bala en el abdomen. “El médico me dijo que eran de un arma grande; además tenía los dedos de pies y manos morados e inflamados”. Todo consta en un acta que firmaron el comisario, un testigo, el médico y él mismo. La conservó 40 años porque le pareció útil si un día había juicio.

Esa noche lo velaron en casa de sus padres. El lugar se llenó de familiares y amigos y la avenida se cortó al tránsito. “A las 9 llegó la Policía y nos pidió que lo enterremos; nos negamos pero nos obligaron a sacarlo de la casa”.

Cargaron el cajón por la calle durante 150 metros hasta que les cortaron el paso y no quedó más remedio que meterlo en el coche fúnebre hasta el cementerio. Los militares no permitieron actos ni homenajes en el camposanto.

El 19 de agosto la madre de Toschi había logrado llegar a la puerta de la Base Zar para ver a su hijo. Le pidieron retirarse y le prometieron que estaba todo bien. Eduardo contó 19 allanamientos en su perjuicio luego de los hechos de Tre-



EDUARDO REVISÓ EL CUERPO.

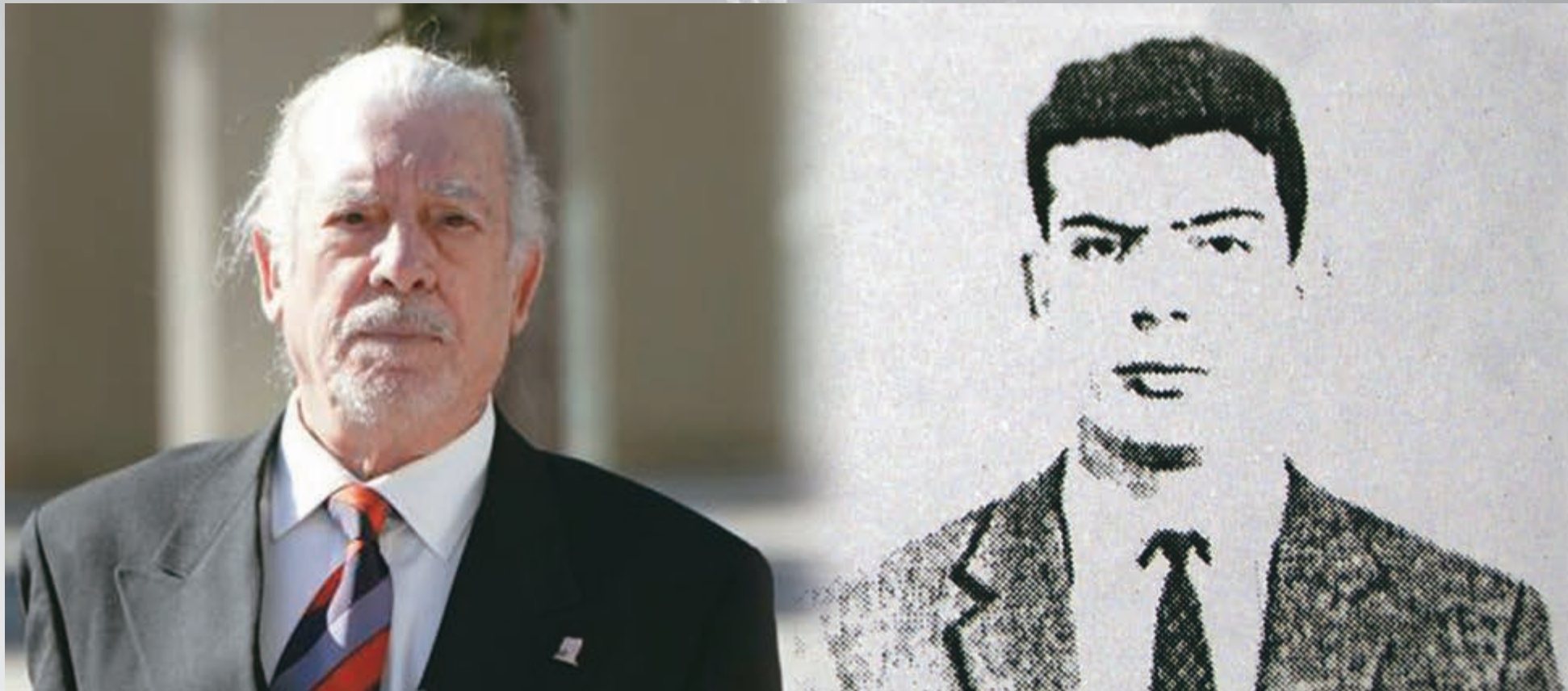
lew. “Rompián todo lo que podían”, sintetizó. Sus padres huyeron a La Rioja; él prefirió Concordia, en Entre Ríos.

Nunca tuvo militancia política. En febrero del 76 el jefe de la Policía lo detuvo por una orden de captura emitida desde el III Cuerpo del Ejército, en Córdoba. “Decían que era el jefe de un grupo extremista y después de 19 días preso me liberaron con disculpas porque no tenía nada que ver”.#

EL ÚLTIMO FUSILADOR

Un fantasma llamado Bravo

Del teniente más duro de la Base Zar al multimillonario ciudadano estadounidense: un recorrido y una búsqueda de medio siglo que culminó con la condena de un jurado popular. En un extenso testimonio en inglés confesó que esa madrugada vació su cargador pero en defensa propia.



APARECIÓ. BRAVO, ELEGANTE EN UNA DE LAS MAÑANAS DEL JUICIO CIVIL EN SU CONTRA EN MIAMI; EL OTRO BRAVO, JOVEN, EN BLANCO Y NEGRO YA PUNTO DE INGRESAR A LA ARMADA ARGENTINA.

Yo ordené iniciar los tiros y disparé primero. Dije disparen dos veces y disparé a todo lo que se movía y venía hacia nosotros". Medio siglo después, toda una vida, el teniente Roberto Guillermo Bravo resumió en inglés su rol la madrugada del 22 de agosto de 1972. Fue en el juicio civil del 27 de junio al 1º de julio en Miami. Ante 7 jurados populares reveló que disparó unas 30 balas.

El proceso permitió conocer su rostro de 80 años, uno de los secretos mejor guardados de la Armada Argentina, y escuchar su versión bajo juramento de los fusilamientos.

Bravo llegó a Estados Unidos en 1973 como agregado a la Embajada argentina en Washington DC. Es ciudadano estadounidense desde 1987. En Florida fundó la empresa RGB Group Inc. para brindar servicios médicos a las fuerzas armadas de ese país. Construyó un patrimonio multimillonario.

En octubre de 2020 fue demandado por cuatro familiares de las víctimas: Eduardo Capello, Raquel Camps, Alicia Krueger y Marcela Santucho.

En las audiencias se conoció el encubrimiento de los militares argentinos y los años de persecución soportados por las víctimas.

Hubo evidencia fotográfica y documental de las heridas, informes sobre la Masacre de las FFAA y peritajes de expertos legales, históricos,

forenses y médicos, que el jurado popular pudo evaluar.

Lo interrogaron uno de los abogados demandantes, Ajay Krishnan, y su defensor, Steven Davis. Habló tres horas y lució tranquilo, con voz firme. En varias ocasiones dudó y se desdijo con respecto a un testimonio anterior que había ofrecido en 2021 frente a los abogados, como qué soldados estaban presentes, quién abrió las puertas de las celdas, cuántos tiros presuntamente hizo un prisionero y la posición de cada soldado. Varias veces dijo que no recordaba bien los hechos.

Bravo admitió la existencia de inconsistencias pero aclaró que hacía todo lo posible para dar un relato preciso de eventos de hace 50 años. Cuando un abogado demandante le preguntó sobre su dificultad para recordar la cantidad de balas disparadas, Bravo le reclamó: "¡No juegues con mi mente!".

Había comenzado a trabajar en la Base en enero del 72. El 15 de agosto de 1972, día de la fuga de la prisión de Rawson, mientras estaba de vacaciones con su familia en Buenos Aires, recibió una llamada telefónica ordenándole regresar a la Base para la custodia de los 19 prisioneros. Su vínculo con los guerrilleros fueron mínimas hasta el 22 de agosto.

Bravo explicó que la noche de la Masacre cenaba en la Base Zar, completaba papeleo y había tomado dos copas de vino cuando a las 3 llegó un

marinero a avisarle que dos guardias que custodiaban las celdas estaban preocupados y lo querían ver. Se levantó, ató su arma y caminó hacia el bloque de celdas.

Dibujando sus posiciones ante el jurado, Bravo testificó que cuando entró, los cabos Carlos Marandino y Juan Marchan custodiaban a los prisioneros. Marchan le preguntó si podía irse porque se sentía enfermo. Salió casi al mismo tiempo que entraban Luis Sosa, Emilio Del Real y Juan Carlos Herrera. Marandino le dijo a Bravo que los prisioneros estaban tratando de comunicarse entre sí.

Sosa ordenó que Marandino quitara las trabas de las puertas y que los presos salieran y formaran una fila, dijo Bravo. Declaró que se sintió incómodo y recogió la metralleta PAM dejada por Marchan. Su temor era por la fuga de la U-6, donde ya había sido asesinado un guardia. Del Real tomó la pistola de Bravo.

Sosa -relató-, caminó ida y vuelta entre las dos filas de presos por el estrecho pasillo que separaba las celdas "dándole sermones en voz alta". Cuando regresaba al frente en un momento se cayó de rodillas. Uno de los presos, Mariano Pujadas, tomó su pistola .45 y efectuó dos disparos, dijo Bravo. "Las cosas se intensificaron rápidamente", graficó. "Vi la llama explotar dos veces desde el extremo de la pistola y creí que apuntaba en mi dirección". Por eso ordenó

"¡fuego!" dos veces. "Parecía como si todos los prisioneros se movieran hacia mí a la vez, sin dejarle tiempo para deliberar; mi pensamiento fue 'Tengo que detenerlos'. Recuerdo que había una masa de personas que se nos venían encima".

Bravo describió su disparo como una reacción de una fracción de segundo, y explicó que disparó alto para evitar golpear a Sosa.

"Todo pasó tan rápido que lo único que recuerdo es que mi adrenalina estaba en un nivel muy alto. No tuve tiempo para pensar", relató. "Tenía que parar eso", dijo y explicó que los presos avanzaban hacia donde él y los otros militares estaban en la otra punta del pasillo.

Tras el tiroteo, Bravo estaba "abrumado por el hedor a pólvora y humo". Llamó a guardias y médicos. Y estuvo aislado durante días en espera de una investigación.

El jurado le mostró un documento, confirmado por Bravo, que iluminó su patrimonio neto actual de más de U\$S 6 millones.

El acusado estuvo en Argentina 4 meses antes de ser trasladado a EE.UU. por capacitación. Cree que esa mudanza fue por las amenazas a su familia. Tomó la "difícil decisión" de quedarse en otro país por el bien de su familia, y con trabajos ocasionales pagó la universidad y un abogado de inmigración. Fundó varias empresas que se registraron públicamente a su nombre y dirección.

Cuando se le mostró un informe del Ejército argentino en diciembre de 1972 que concluía que cumplió con sus deberes y no debía ser sancionado, Bravo dijo que no participó en la redacción del documento "ultrasecreto" ni tuvo acceso a él hasta 2009. Y cuestionó la exactitud de varias partes del informe, incluida su afirmación de que él, y no Sosa, fue el oficial que ordenó abrir las celdas.

Testificó que los oficiales involucrados fueron separados durante la investigación e incluso cuando se reunieron para la reconstrucción, no hablaron de nada. Cuando se le preguntó si la investigación y el informe fueron bajo el dictador militar Alejandro Agustín Lanusse, Bravo se molestó con el uso del término "dictador" y subrayó que Lanusse era un dictador "sólo para la oposición".

Aunque el fallo se puede apelar, el jurado consideró que el marino retirado torturó y fusiló a los presos, y debe pagar más de U\$S 24 millones a las cuatro familias que lo demandaron. Bravo permaneció en silencio al escuchar el veredicto. Al salir de la sala de audiencias dijo: "Estoy feliz por ellos" mientras observaba a Raquel Camps llorando acongojada en el hombro de un abogado.

Edwin Torres se llama el juez que tiene en sus manos extraditarlo para que sea juzgado en Rawson, como a sus excompañeros de armas.

Bravo espera. No hay fantasma que dure 100 años. #

UNA GRABACIÓN INÉDITA DE LOS SOBREVIVIENTES

Cínicos, prepotentes y muy cancheros

Así describieron al capitán Sosa y al teniente Bravo. Un testimonio histórico y revelador de esa semana de encierro que terminó en fusilamiento.



RELATO CLAVE. HAIDAR (DE LENTES NEGROS), MARÍA BERGER Y CAMPS, DE POLERA NEGRA, TRAS LA CONFERENCIA DE PRENSA EN EL HOTEL TOURING CLUB DE TRELEW UN AÑO DESPUÉS DE LA MASACRE.

Cínicos, prepotentes y cancheros. Así eran el capitán Luis Emilio Sosa y el teniente Roberto Bravo según la descripción de María Antonia Berger, Ricardo Haidar y Alberto Camps, los sobrevivientes de la Masacre de Trelew. Sus voces llenaron el Cine Teatro "José Hernández" de Rawson los 25 minutos que duró el audio de una entrevista inédita, aceptada como prueba en el juicio.

El material lo aportó el sonidista Jorge Kuschnir, que grabó el testimonio histórico para un film que el cineasta Fernando "Pino" Solanas nunca terminó.

Kuschnir -que integró el grupo "Cine Debate"- conservó ese registro histórico y ante la apertura del juicio se lo ofreció a Eduardo Hualpa, el abogado de las familias de las víctimas. La gestión se realizó a través de Alicia Bonet, la viuda de Rubén, que vive en Francia.

La calidad es excelente y el registro pareció tomado ayer, aunque data del 22 de junio de 1973, a 10 meses de la balacera. Cuentan su pasado militante y por qué se sumaron a la lucha armada. Lo más sabroso es el relato de su presidio en la Base tras su fuga frustrada.

Según Camps, "el régimen era intimidatorio y buscaban nuestra reacción: quienes nos custodiaban tenían orden de hacerlo constantemente con bala en recámara y sin seguro; nos trasladaban a todos lados con las manos en la nuca y apuntados por varias armas".

La edición del relato sonó impecable. Y aunque hay situaciones conocidas, escucharlos le dio cuerpo a la tragedia leída. "Claramente vimos las palabras que dijo Sosa al día siguiente de la fuga, cuando dijo que 'La próxima no va a haber negociación y los vamos a cagar a tiros'", dice Haidar.

"La intimidación era alarmante, con disparos al aire: al compañero (Mariano) Pujadas lo hicieron barrer desnudo y apuntado el pasillo. Nos hacían acostar desnudos en el piso con 10° bajo cero".

Ya estaban a cargo de Sosa y Bravo. El marino prófugo en EE.UU era responsable de uno de los equipos de guardia. "Era verdugo típico, el tipo que constantemente provoca; buscaba estar en 3 de las 4 guardias diarias y constantemente nos sancionaba". Según el relato, "nos hacía desnudar, tirarnos al piso o ponernos desnudos contra la pared sin motivo. Era el pro-

totipo del cínic porque después venía y buscaba charla amable".

De Bravo recordaron "frases típicas" como cuando los presos comían: "Decía 'A estos en vez de alimentarlos deberíamos matarlos' o 'Ya van a ver que al terror de la guerrilla se lo combate con el terror antiguerrilla'; era el prototipo del cancherito, del sobrador".

Usaba una cartuchera clara con las iniciales U.S., Estados Unidos. "Llevaba un cuchillo comando, a lo muchachito. Su cinismo era característico; en todo momento que podía nos azuzaba".

En cuanto a Sosa, "mostró dos caras: una la de las negociaciones y otra a partir que pasamos a estar en sus manos". Lo recordaron "prepotente, mostró realmente decisión de matarnos". Se asomaba a las celdas para ver las condiciones del encierro. "Gozando con el espectáculo; mostraba con sus actitudes estar a distancias siderales de lo que sentía y pensaba el pueblo".

"Tenía una mentalidad enfermiza, producto de su aislamiento y de su mentalidad reaccionaria y gorila. Directamente nos puteaba y decía: '¿Cómo van a ser combatientes del

pueblo?, ustedes son asesinos y delincuentes'".

"Nunca nos reconocían como parte del pueblo. Sosa y Bravo siempre trataban de mostrarnos como los asesinos o los delincuentes, en ese sentido no nos respetaban". Sin embargo, los marinos "tenían una especie de admiración porque pese a que nos gritaban y a todas las amenazas teníamos el ánimo alto: nos reíamos y estábamos contentos. No lo podían soportar ni comprender".

Un dato que los militares no entendían era, por ejemplo, que el fusilado Humberto Toschi haya estudiado en un liceo militar. "Bravo no podía comprender cómo habiendo estudiado para militar llegó a ser guerrillero; le preguntaba cómo miércoles había llegado a eso y se ensañaba con él".

Bravo era un "verduguito" treintañero, alto y delgado. "No soportaba que estuviéramos con una moral alta".

Por su parte, "Sosa nos cuestionaba como tipos irredimibles; todo lo que pasó en nuestro pueblo no les importaba ni cinco".

Berger reveló detalles que le parecieron "ridículos" del encierro. "Una mañana nos despertan con un clarín

y dicen 'Esto es la Marina y ahora los vamos a despertar siempre así'. No sé qué buscaban porque estar en las celdas y ser despertados por un instrumento musical era absurdo".

Eran 5 mujeres y al principio los marinos no sabían si tratarlas igual que a los hombres. "Queríamos que nos trataran igual, no queríamos que no hicieran diferencias y efectivamente, después no hicieron ningún tipo de diferencia. Nos trataban igual que a los muchachos". La única diferencia fue no desnudarlas. "Con nosotros Bravo se quería hacer el muchachito: presumía y trataba de mirarnos fijo; no sé si buscaría impresionarnos. Nos trataron con el mismo rigor y no escatimaron ninguna vejación".

El relato de la madrugada del 22 de agosto fue el conocido. Los despertaron a las 3.30 con patadas en las puertas y los hicieron formar en dos filas. "De ninguna manera suponíamos ni pensábamos lo que sucedería -contó Berger-.

Comienzan los disparos, me sorprenden mucho y me siento herida. Lo primero que atino es tirarme dentro de la celda para salir de la línea de fuego y ya escucho quejidos de dolor". Detrás suyo cae María Angélica Sabelli. "Me dice que se siente

herida y que 'Estos hijos de puta me pegaron', le digo que se tire al piso".

Berger vio tirada en el pasillo a Ana María Villarreal de Santucho. "Al verla muerta es cuando realmente me doy plena cuenta de lo que está pasando porque en un primer momento no lo podía creer: directamente nos estaban fusilando".

Oyó disparos aislados cada vez más cerca. "Me doy cuenta de que están rematando, se pone un oficial en mi puerta, me apunta y me tira. Me da en la boca, siento una gran explosión en la cabeza y no pierdo el sentido. Tengo 5 tiros: 4 en el cuerpo y uno en la cabeza, el de remate". Pasó más de 9 horas desangrándose sin atención médica.

Camps fue de los últimos en formar, al fondo del pasillo. "Suenan las ráfagas y comprendo inmediatamente que es una masacre, que es la muerte para todos". Se tira cuerpo a tierra en la celda junto con Mario Delfino. "Escucho quejidos, estertores y disparos, me doy cuenta que están rematando y hasta una voz que dice 'Este todavía vive' y de inmediato un tiro".

Bravo llega a su celda. "Nos hace parar manos en la nuca y tras preguntarnos si vamos a contestar el interrogatorio le decimos que no, dispara y al caer escucho otro tiro sobre Delfino, que muere instantáneamente porque lo toco y no se mueve ni se queja". Oyó más remates y otra voz: "Ustedes ya saben lo que pasó, como diciendo 'Ya saben lo que acordamos'. Luego tuve recuerdos personales, las escenas pasaban muy rápido. Era la satisfacción de combatiente de morir contra el enemigo".

Haidar se zambulló en su celda con Alfredo Kohn. Escuchó ráfagas, remates y gritos de dolor. "Pensaba cómo salir de esa situación, cómo sobrevivir. Aparece Bravo delante de la puerta, nos hace parar en medio de la celda y nos pregunta si íbamos a declarar; le decimos que sí, pero estaba con brazo caído, pistola en la mano y no nos dispara. Se va y de inmediato aparece una tercera persona que habíamos visto en otras pocas ocasiones y se mostró de la misma calaña. Este personaje ni bien aparece en el umbral de la celda apunta y me dispara en el pecho, caigo, finjo estar muerto y le tira a Alfredo más de un disparo".

Según los tres, se salvaron gracias al personal de la Base que llegó tras escuchar los balazos. "Haber sobrevivido de una encerrona, de una ratonera donde se mirara para donde se mirara estaba todo cubierto, y luego gozar de la libertad es algo que ciertamente no estaba en nuestras cabezas ese 22 de agosto", dicen al final de la entrevista.

"No fue casualidad: fue producto de las limitaciones de la dictadura, que debió realizar una operación comando y clandestina aún dentro de su misma fuerza. Tienen contradicciones internas y no todos son como Bravo y Sosa, aunque muchos sí, entre los que se destaca el comandante de Aviación Naval Mayorga". Se trata de Horacio, el militar que por razones de salud quedó fuera del juicio.

Sosa y el resto escucharon el relato por videoconferencia. El capitán se mostró impasible ante la descripción de su perfil duro. #

ANTES DE LA HISTÓRICA SENTENCIA

Los marinos pidieron bendiciones para el tribunal y "paz para Argentina"

Sólo dos de los cinco marinos acusados aprovecharon para decir sus últimas palabras antes del fallo. Fueron muy breves y se declararon inocentes ante el tribunal. Sosa, Del Real y Paccagnini se mantuvieron en silencio.



BANQUILLO. DESDE LA IZQUIERDA, BAUTISTA, PACCAGNINI, SOSA, DEL REAL Y MARANDINO DURANTE LA PENÚLTIMA AUDIENCIA ANTES DEL FALLO EN LA CAPITAL.

Que haya paz para nuestra querida República Argentina". Eso pidió Jorge Bautista, uno de los acusados por la Masacre. "Yo soy inocente, señor juez, y que Dios lo bendiga", susurró Carlos Marandino, otro de los marinos imputados. Luis Sosa, Emilio Del Real y Rubén Paccagnini prefirieron el silencio. Todos tuvieron la chance de decir sus últimas palabras antes de la sentencia, en octubre de 2012.

Bautista estuvo acusado de encubrir la Masacre y para él habían pedido dos años de prisión. Sentado frente al tribunal que preside Enrique Guanziroli, el anciano aclaró que su defensor, Gerardo Ibáñez, nunca intentó retrasar las audiencias. "Tratando de no molestar a nadie, días atrás se suscitó una cuestión sobre el horario de un vuelo, que resultó

equivocado y de lo cual el responsable soy: fue un error involuntario". Es que Bautista sacó un pasaje anticipado que obligó a suspender una audiencia, lo cual enojó a los fiscales.

"Es poco lo que voy a decir -advirtió- porque previamente mi abogado desarrolló con precisión y en forma ordenada el pedido de mi absolución. Y producto del dominio de sus cualidades profesionales produjo y dio la claridad necesaria sobre mi honesto proceder".

Según Bautista, que fue el juez militar que investigó aquella balacera, su inocencia "no ha podido debilitarse a pesar de los esfuerzos notorios de querellantes y fiscalía, cuyas réplicas finalmente resultaron prácticamente inexistentes".

Tras pedir su absolución, dijo estar "completamente seguro de mi ino-

encia, que quedó palmariamente demostrada en este juicio". Machete en mano, remató con un pedido a Dios "y a cada una de las creencias que se profesan en nuestro país: que haya paz en nuestra querida República Argentina, y que sea justicia".

Paccagnini era el jefe de la Base Zar esa madrugada de agosto. Lo acusaron de retransmitir la orden del presidente Alejandro Lanusse de fusilar a los presos. Para él habían pedido prisión perpetua. "No tengo ninguna palabra final, señor", dijo.

Envuelto en expectativa, ese símbolo llamado Sosa caminó lento al micrófono. Le imputaban haberles disparado a los detenidos y enfrentaba un pedido de perpetua. "¿Desea decir algo?", le preguntó Guanziroli. Negativo, contestó con lenguaje militar.

Con una curita en su sien, siguió Del Real. También lo acusaban de apretar el gatillo y enfrentaba prisión de por vida. "No tengo nada que decir", aclaró. Es el único de los marinos que nunca habló, ni siquiera en la etapa de instrucción.

Bajito, con su eterno chaleco inflable rojo, se plantó Marandino, que casi no deja hablar al juez. "En primera instancia doy gracias a Dios que hoy estoy con vida acá y poder hacer mi testimonio y contar esto", dijo, apurado por terminar. "Yo no tengo nada que ver con los hechos; sí me presenté voluntariamente y estoy acá y en este día para dar testimonio de lo que se me acusa". El cabo retirado ratificó: "Soy inocente, señor juez, nada más. Que Dios lo bendiga". Luego todos se retiraron para aguardar el veredicto. #

Postales de las audiencias en Rawson



SALUDOS. DESDE LA IZQUIERDA, SOLARI YRIGROYEN, EL ABOGADO IBAÑEZ, BAUTISTA, EL DEFENSOR PÚBLICO ORIBONES Y SOSA DURANTE UN CUARTO INTERMEDIO DEL JUICIO EN EL CINE TEATRO.

A 50 años de la Masacre de Trelew, recordamos a los y las militantes que fueron asesinados bajo la dictadura cívico-militar de Lanusse. Presentes, ahora y siempre.



CONCEJO DELIBERANTE DE TRELEW



HISTORIA. HILDA FREDER, YA FALLECIDA, A LA DERECHA DE ENCARNACIÓN.



PESQUISA. MARIANO MIQUELARENAY HUGO SASTRE, CLAVES EN LA CAUSA.



REFLEXIÓN. JULIO ULLA, QUE APORTÓ AL PROCESO UNA FOTOGRAFÍA DEL CUERPO ACRIBILLADO DE SU HERMANO, LUEGO PUDO SENTARSE A PROCESAR LA EXPERIENCIA Y ESCUCHAR LOS TESTIMONIOS.



JÓVENES. UNA POSTAL DE LA MILITANCIA FESTEJANDO LAS CONDENAS.



GRITO. A LA IZQUIERDA, RAQUEL CAMPS Y ALICIA BONET EN EL FALLO.



1972 - 22 DE AGOSTO - 2022

50 AÑOS DE LA MASACRE DE TRELEW



HONORABLE
LEGISLATURA
DE LA PROVINCIA
DEL CHUBUT



PRESENTES. LAS IMÁGENES DE DUHALDEY DE MARIO ABEL AMAYA, Y LA MIRADA DE "PEPE" CASTRO JUNTO CON ENCARNACIÓN DÍAZ DE MULHALL, EN UNA DE LAS AUDIENCIAS DEL JUICIO.

1972 - 2022
- 50 años -

“Que el presente lleve anclada en la Memoria la Masacre de Trelew, para que la Verdad y la Justicia sean mandato ético y político desde donde mirar hacia el futuro y recuperar todo lo que nos han arrebatado”

22 de agosto de 2022



Santa Cruz
Gobierno de la provincia





CONCIENCIA. CARLOS MARANDINO RODEADO DE ALUMNOS EN EL CINE TEATRO, LA MAÑANA QUE SE PROYECTARON DOS DOCUMENTALES SOBRE LA MASACRE QUE TAMBIÉN FUERON EVIDENCIA.

Masacre de TRELEW
22 DE AGOSTO

gobierno **chubut**



RECONSTRUCCIÓN. LOS ESPACIOS QUE OCUPABAN LOS CALABOZOS DE LA MATANZA EN TRELEW, MARCADOS PARA EL PERITAJE CIENTÍFICO QUE VERIFICÓ CÓMO FUERON LOS DISPAROS ESA NOCHE.



NOMBRES. EL TRÍO QUE OCUPÓ ESE ESPACIO EN LAS CELDAS QUE YA NO EXISTEN, EN UNA IMAGEN DE UNA RECORRIDA DEL TRIBUNAL DURANTE UNA MAÑANA DE TRABAJO EN LA BASE ZAR DE TRELEW.



LO QUE QUEDA. LOS NOMBRES DE LOS DOS GUERRILLEROS QUE DURMIERON UNA SEMANA EN ESTE ESPACIO DE LOS CALABOZOS HASTA QUE LLEGÓ LA ORDEN DE SU ANIQUILACIÓN FÍSICA.



POR FIN. LAS LÁGRIMAS DE ILDA BONARDI, LA VIUDA DE HUMBERTO TOSCHI, BAÑADA POR EL CARÍÑO MILITANTE TRAS ESCUCHAR EL FALLO QUE CONDENÓ A TRES DE LOS MARINOS EN RAWSON.

UNA SENTENCIA HISTÓRICA

Tres penas perpetuas y dos absoluciones en un mediodía de frío y llovizna en Rawson

El Tribunal Oral Federal definió a la Masacre como un crimen de lesa humanidad y condenó a prisión perpetua a Luis Sosa, Emilio del Real y Carlos Marandino. Liberó a Jorge Bautista y sorprendió a todos al absolver a Rubén Paccagnini. Además recomendó insistir con la extradición de Bravo.

A las 13.25 del 15 de octubre de 2012, en un mediodía con algo de frío y llovizna, el Tribunal Oral Federal de Comodoro Rivadavia condenó a prisión perpetua a Luis Sosa, Emilio Del Real y Carlos Marandino, al considerar que la madrugada del 22 de agosto de 1972 fusilaron a 16 presos políticos en la Base Almirante Zar de Trelew, e hirieron de gravedad a otros tres. Eran 19 guerrilleros que no habían podido fugarse de la Unidad 6 de Rawson, el 15 de agosto de ese año.

El Cine Teatro "José Hernández" de Rawson estaba repleto. Hubo murmullos, silbidos y hasta lágrimas cuando el presidente del TOF, Enrique Guanziroli, leyó las absoluciones de Jorge Bautista y Rubén Paccagnini. Todo trocó en suspiros de alivio, aplausos, mil insultos y gritos y más lágrimas cuando el falló calificó a la Masacre de Trelew como un crimen de lesa humanidad, ordenado por el presidente de facto Alejandro Agustín Lanusse; un delito imprescriptible por ser

parte de un plan generalizado de represión de la sociedad civil.

Aunque la orden fue encerrar al trío en un penal federal común, ese día sólo quedó preso Marandino ya que restaba el sinuoso sendero de las apelaciones.

Ese día la sorpresa fue la absolución de Paccagnini, el jefe de la Base Zar. Los acusadores no entendían cómo es que no quedó involucrado en la cadena de mando: era el superior de los tres condenados. Para querellantes y fiscales, el hombre que recibió la orden de fusilamiento de parte de Lanusse.

Fue menor el impacto de la absolución de Bautista, el juez militar que investigó los fusilamientos y que estaba imputado de encubrimiento. Para el tribunal, si Bautista cometió errores no se probó que lo hizo para favorecer a los marinos.

Guanziroli, Juan Velásquez y Nora Cabrera de Monella coincidieron en las tres perpetuas y en la absolución de Bautista. Pero la magistrada opinó diferente de sus pares al con-

siderar que Paccagnini era culpable, y que los marinos debían ser detenidos de inmediato.

A pedido de Gerardo Ibañez, defensor de Bautista, el tribunal sólo leyó la decisión y no las 270 páginas de fundamentos de la sentencia.

El fallo pidió insistir con el pedido de extradición de Roberto Guillermo Bravo, acusado de disparar aquella madrugada. En 2008 había fracasado el primer intento ante la justicia de Estados Unidos. Se creía que con la sentencia había más argumentos de peso para su entrega a la Argentina.

El tribunal ordenó exámenes médicos para los condenados y para el contraalmirante retirado Horacio Mayorga, que ese año evitó el banquillo de los acusados por su mala salud. Moriría en 2016, a los 91 años.

Los jueces no incluyeron la "aplicación de tormentos" en la pena, ya que fue una acusación de último momento, que no figuraba en los cargos originales.

Guanziroli explicó que los marinos no quedaron presos por su buena conducta en el proceso: no faltaron a las audiencias y aún ex-carcelados, no entorpecieron el proceso ni intentaron fugarse.

De la absolución de Bautista, dijo que según "una doctrina jurídica muy fuerte, no hay delito hasta que un juez no lo dice, y por ende no hay delincuente". Según este criterio, Bautista mal pudo encubrir un crimen que por esos días no era tal.

A lo sumo su actuación fue "negligente, puede ser que no haya hecho todo lo que debía, pero de ahí a decir que tuvo la intención de encubrir algo, que además en ese momento no se sabía bien qué era, hay un largo trecho".

En cuanto a la absolución de Paccagnini, "no necesariamente el plan represivo siguió la cadena de mandos que el imputado representa. Máxime cuando la custodia de estas personas era de la Infantería de Marina y había otros jefes navales importantes en la zona". Según el

juez federal ya jubilado, no se probó que el exjefe de la Base haya liderado el operativo fusilamiento. "En la toma del aeropuerto, Paccagnini dijo 'Vayan y tomen el aeropuerto' pero la Infantería no lo hizo. Hay una autonomía de la voluntad muy grande respecto a los actores". Casi como decir que no le hacían mucho caso.

En cuanto a la situación de Bravo, hace 10 años Guanziroli evaluaba que con las condenas "hay elementos de juicio más importantes y desde ya el pedido de extradición se tiene que concretar: Argentina debe pedirla". Todavía no sospechaba lo largo del camino.

Sin gesto alguno, Sosa, Del Real y Marandino terminaron de escuchar la sentencia y se fueron caminando en silencio por una puerta lateral del recinto. Separados por vallas, soportaron otro par de minutos de insultos de la militancia. Se los llevaron en coches policiales. Ya no volverían a pisar Rawson.

Ni Trelew. #



*16 Rosas rojas nacidas de madrugada regresarán
cada noche de la tierra liberada*

A 50 AÑOS DE LA MASACRE DE TRELEW

Por aquellos días...

El 15 de agosto de 1972, durante la dictadura encabezada por Alejandro Lanusse, veinticinco presos políticos de diversas organizaciones políticas se fugaron del penal de máxima seguridad de Rawson y recorrieron 21 kilómetros hasta llegar al Viejo Aeropuerto de Trelew.

El objetivo era llegar hacia Chile, gobernado por Salvador Allende. Solo seis lograron tomar el vuelo hacia el país limítrofe. El resto del grupo no llegó a abordar el avión y se entregó a las autoridades militares, bajo la condición de que los retornaran al penal y que se garantizara la seguridad de los presos.

En lugar de llevarlos a Rawson, los trasladaron a la Base Aeronaval "Almirante Zar", dependiente de la Armada, con las manos atadas a las espaldas, a un campamento improvisado junto a un avión Hércules C-130. Fueron 16, en una simetría que parece simbólica.

En la madrugada del 22 de agosto, la guardia los obligó a salir de sus celdas y fueron asesinados.

La brutalidad, la obscenidad del fusilamiento, fue resultado del odio y la venganza, porque los compañeros de Rawson demostraron la importancia de la determinación y la solidaridad contra el cerco represor.

El fusilamiento fue la matriz letal que tendió las líneas por las que ya transcurría en el '72 la dictadura que llegaría en el '76. A partir de allí, ningún militante que se considerara revolucionario iba a ignorar que en su actividad política se estaba jugando la vida.

Dieciséis fueron fusilados: Carlos Astudillo, Rubén Pedro Bonnet,

Eduardo Capello, Mario Emilio Delfino, Alfredo Kohon, Susana Lesgart, José Ricardo Mena, Clarisa Lea Place, Miguel Ángel Polti, Mariano Pujadas, Carlos Alberto del Rey, María Angélica Sabelli, Humberto Suárez, Humberto Toschi, Alejandro Ulla y Ana María Villarreal de Santucho. Diez de ellos nacieron, vivieron, cursaron sus estudios y militaron en Córdoba. Tres de los prisioneros lograron sobrevivir, pero luego del golpe de 1976 fueron secuestrados y aún continúan desaparecidos: Alberto Miguel Camps, María Antonia Berger y Ricardo René Haidar.

"La Masacre de Trelew" significó por un lado la antesala de lo vendría después: el uso de las fuerzas represivas del Estado para secuestrar, asesinar y desaparecer a militantes políticos y sociales. Trelew también signó un momento en donde los jóvenes que se incorporaron a la militancia, afianzaron compromisos políticos con sus organizaciones, sus ideales y sus objetivos de Revolución luego de estos fusilamientos.

"Gloria a los muertos de Trelew", "A los muertos no se les llora, se los reemplaza en la lucha", eran algunos de los cánticos y banderas que marcaron el pulso de la época en asambleas, movilizaciones y actos. Sin dudas, lo que sucedió en Trelew se convirtió en un signo de representación de todos aquellos que combatían por derrocar a gobiernos dictatoriales y lograr esa sociedad igualitaria tan soñada.

A 50 años de la Masacre de Trelew, seguimos exigiendo Memoria, Verdad y Justicia por los compañeros asesinados.

Claudia Lorenzo
Secretaría Organización, Prensa
y Relaciones Institucionales

Juan Domingo Espinoza
Secretario Adjunto
Sindicato Regional de Luz y Fuerza de la Patagonia

Héctor Rubén González
Secretario General
Sindicato Regional de Luz y Fuerza de la Patagonia



Sindicato Regional de Luz y Fuerza de la Patagonia

Fundado el 21 de Enero de 1961 - Personería Gremial N° 1.185

"Por los Derechos del Trabajador y su Familia"

CHUBUT - SANTA CRUZ - TIERRA DEL FUEGO - ISLAS DEL ATLÁNTICO SUR